

**OMAR
TORRIJOS**

**RANGO
Y
JERARQUIA**

*José de Jesús Martínez
Dalys Vargas
Jesús A. Pérez Rodríguez*

**OMAR
TORRIJOS**

**RANGO
Y
JERARQUIA**

© Fundación Omar Torrijos, 1986

Apartado 1935
Balboa, Ancón
República de Panamá

**OMAR
TORRIJOS**

**RANGO
Y
JERARQUIA**

Monografías del
Premio Literario Omar Torrijos
1985



Panamá, 1986

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ
ERNESTO J. CASTILLERO R.

“Algunos me dicen: ‘Omar, no te vayas a vender a los gringos’, o me dicen: ‘Omar, no vayas a darle la razón a los ricos’. Ese es el cambio más grande”.

I N D I C E

PROLOGO	11
RANGO Y JERARQUIA Y EL PRINCIPIO DE OMAR <i>José de Jesús Martínez</i>	13
OMAR TORRIJOS Y LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL <i>Dalys Vargas</i>	59
SEMBLANZA DE UN LIDER <i>Jesús Alfredo Pérez Rodríguez</i>	117

P R O L O G O

Sigue apareciendo, de perfil, Omar Torrijos Herrera. Pero comienza a volver su rostro hacia nosotros. Y vamos apreciando otras dimensiones: anchura, profundidad. Un día no muy lejano, lo veremos de cuerpo entero, como ya lo vio el hombre rústico de la canción de Luis Enrique Mejía Godoy:

En Coclesito, llorando,
a un cholo se oyó decir:
"Con Victoriano Lorenzo
lo vimos cerca de aquí".

Y es que los seres que han echado su suerte con los pobres de la tierra son vistos primero, y a plena luz del día, por los ojos —y con los ojos— de aquellos por cuya redención (liberación) murieron. Tal como lo expresa José de Jesús Martínez, en Rango y jerarquía y el principio de Omar: "El pueblo del General Torrijos lo sabe suyo, de su bando, en sus filas, y esta relación de pertenencia se acentúa y explicita en su muerte y después de ella. Los pobres toman cada día más conciencia de que ellos son los guardianes que deben proteger, por sus propios intereses de clase, el pensamiento del General Torrijos, y, sobre todo, dejarlo crecer, dejarlo que se desarrolle hasta sus últimas consecuencias revolucionarias". En forma todavía intuitiva, esas grandes mayorías están imbuidas de lo que Chuchú ha identificado como "el principio de Omar": el hecho de que la Historia está de parte de ellas. El torrijismo será una fuerza de transformación social arrolladora e incontenible el día en que las masas, plenamente conscientes de esa verdad, pasen a la acción.

Dalys Vargas, en su trabajo Omar Torrijos y la Doctrina de Seguridad Nacional, asegura también haber visto a Torrijos . . . , en arreos de combate, disparando contra quienes esclavizan, y no contra quienes liberan. No sólo lo vio, sino que oyó su voz —y todos podemos oírla, además, en un disco editado por el Centro de Estudios Torrijista—, exhortando a los soldados de América Latina a “actuar colectivamente contra las fuerzas regresivas, contra la oligarquía explotadora . . . , grupos políticos adueñados de un país, que se apoyaron en estas Fuerzas Armadas para enseñorear su imperio antisocial y someter a los pueblos, so pretexto de que estos no fueran sometidos por el comunismo”.

En Semblanza de un líder, Jesús Alfredo Pérez Rodríguez trata de hacer un inventario de las realizaciones del General. Nos parece, sin embargo, que se pierde un poco en el laberinto de lo que algunos estudiosos del torrijismo han considerado como meros fenómenos de una modernización capitalista, operada, inevitablemente, al desbordarse las aguas de la lucha nacional, acumulación que arrasó con los diques del atraso oligárquico.

Los tres autores son obreros en la gran empresa de propiedad colectiva dedicada a desentrañar en qué consiste, verdaderamente, “el fenómeno que ha dado en llamarse torrijismo” (palabras de Benjamín Ramón, otro de los concursantes). El balance histórico lo haremos más temprano que tarde, en páginas satinadas, o en simple papel de periódico, pero reproduciendo dramáticas fotos de un torrijismo que ya se habrá tomado las calles, vencedor en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo panameño.

CONSEJO EDITORIAL DE LA
FUNDACIÓN OMAR TORRIJOS

Panamá, julio de 1986.

RANGO Y JERARQUIA Y EL PRINCIPIO DE OMAR

*por José de Jesús Martínez
(Primer Premio)*

El autor, uno de los hombres de letras más completos de Panamá y de América Latina, se ha destacado como dramaturgo y como poeta, con una extensa obra en su haber. Estuvo estrechamente vinculado con el General Torrijos desde 1974, año en el que ingresó como recluta en la Guardia Nacional. En la actualidad es profesor de matemática en la Universidad de Panamá, Director del Centro de Estudios Torrijista y Subteniente en la Escolta del General Omar Torrijos.

RANGO Y JERARQUIA

El componente militar del General Torrijos ocupa bastante espacio en su personalidad y su pensamiento. El General era general en el pleno sentido de la palabra. En América Latina, para que eso no sea un insulto, necesita de muchas precisiones. El mismo contaba el chiste de: "Había una vez un militar estúpido. . ., perdonen la redundancia. . ." En boca de él no podía ser más que un chiste que inmediatamente lo ponía a uno a pensar en héroes brillantes como Simón Bolívar, San Martín, Caa-maño . . ., y tantos otros militares, de carrera también, que se distinguieron como patriotas.

Contrariamente a lo que se dice muchas veces, de que "el hábito no hace al monje", más cerca de la verdad está quien ve esa relación estrecha entre los dos significados que tiene en español la palabra "hábito": Por una parte, significa vestido, y por otra, costumbre. No es gratuito que esas dos cosas se llamen igual. Pocas cosas lo son en el lenguaje. O son parientes cercanos o se parecen mucho. Y no porque la costumbre sea una cosa superficial, epidérmica, como una ropa que se quita y se pone. La costumbre no es naturaleza, decía un psicólogo muy serio, es diez veces la naturaleza. Qué bien lo sabe esto el que ha tratado de quitarse la costumbre, el hábito de fumar, por ejemplo. El hábito, el uniforme, y muy particularmente el militar, se cuele hasta muy hondo en la personalidad de quien lo usa. Vestirse es casi una manera de ser.

La forma como conocí al General Torrijos es una buena entrada a su pensamiento militar. Además, se hace coincidir así el orden temático con el temporal. Lo co-

noí en la plaza de armas de Río Hato, base militar que antes era de los norteamericanos, de quienes todavía conserva una presencia fantasmal. En el pueblo cercano, del mismo nombre, hay un montón de cantinas cerradas. En las calles, gente desocupada viendo pasar los carros por la carretera panamericana que les corta al pueblo por la mitad. En otra época vivían de venderles, a un precio desorbitado, pipas a los soldados yanquis. Ahora han perdido su oficio de labradores de la tierra, y se dedican a ver la vida pasar, sin ellos. En las calles también, niños rubios.

El General estaba uniformado y le dirigía la palabra a unos mil reclutas que formaban el batallón que después se llamaría "Liberación". Yo había llegado unas horas antes a inscribirme como recluta. Me cortaron el pelo. La barba me la había cortado yo mismo para no darles ese gusto. Me uniformaron: camiseta color verde-sucio, *blue jeans*, unas botas que me quedaban enormes, y un gorrito ridículo. Me preguntaron si había desayunado. Como dije que no, me enviaron al comedor. Desayunándome estaba cuando llegó un sargento a decirme que el General Torrijos quería verme.

Con mi ropa de civil todavía debajo del brazo, me dirigí a la plaza donde estaba el General. Como iba caminando, el sargento me dio un puñetazo en los riñones, diciéndome en un lenguaje muy soez que cuando el General llamaba había que ir corriendo. Estudié en un colegio medio que militar en los Estados Unidos y más o menos sabía las reglas del juego en el que me había metido, de manera que fui corriendo a la plaza donde estaba el General.

Toda la impresión que tuve procedía del pequeño estrado sobre el cual él estaba, del mástil de la bandera, junto al cual estaba, y del enorme espacio vacío con un si-

lencio de mil reclutas callando. No de él. De él no tuve ninguna impresión. Allí me dijo frente a todo el mundo: "¡Crítíquenos! ¡Crítíquenos todo lo que quieral! Pero venga a conocernos! ¡Vamos a ver si aguanta! ¡Vamos a ver si todavía está aquí cuando regrese!".

El General iba de viaje, a la Argentina. Y yo habría querido decirle que quien a lo mejor no estaría allí, cuando él regresara, iba a ser él mismo. No importa que no tuviera sentido. El me estaba retando y yo aceptaba el reto. Pero no pude, me había quedado sin aliento por la carrera que acababa de pegar desde el comedor. Mi observación se refería a los señorones del CONEP, Consejo Nacional de la Empresa Privada, que estaban revueltos y amenazantes en su avispero, corroborando aquello de Don Quijote que le decía a Sancho: "Si los perros ladrar es porque cabalgamos". Porque Torrijos ya estaba cabalgando, y la derecha, más inteligente que yo, se había dado perfecta cuenta de ello.

No entré a la Guardia Nacional atraído por el General Torrijos. Me habría gustado que así hubiese sido. Lo reconocería con mucho orgullo. Pero el caso es que en un principio lo vi como un dictador de derecha más, que seguía el mismo patrón que otros regímenes militares de América Latina. Participé en la última manifestación de la Universidad contra el golpe de Estado del 11 de octubre de 1968, en el que los militares, encabezados por el Teniente Coronel Omar Torrijos y el Mayor Boris Martínez, le arrebataron el poder a Arnulfo Arias. Junto con ahora conspicuos miembros de la oposición, como Carlos Iván Zúñiga, canté el himno nacional llorando por los efectos de los gases lacrimógenos, pero también de rabia y de impotencia. Al final, terminamos sitiados en el Hospital del Seguro Social, donde habíamos corrido a refugiarnos. Perdí mi trabajo en la Universidad y tuve que irme a trabajar a la de Honduras.

Cuando regresé, el perfil auténtico de Torrijos comenzaba a dibujarse, pero todavía no lo pude reconocer. A todo esto, la vida había metido su mano en la mía y mi mujer se había casado con un gringo. Por eso, años después, le bromeaba al General diciéndole que me debía una mujer, porque por culpa suya había perdido la mía. Y que mi antimperialismo no era solamente político, sino que, además, un asunto personal.

Me fui becado a Francia por dos años a estudiar matemática. Allí me empaché de arte, de café, de vino. . . Hoy me doy cuenta de que en París llegué a una esquina, y que la angustia de mirar por todos lados era la de quien busca valores como puntos de referencia . . ., la de quien busca una dirección, un sentido . . ., aunque fuese un pretexto. . . No encontré nada. Sólo Panamá, allá en la lejanía. Regresé a Panamá porque no tenía dónde ir.

De nuevo en la Universidad, ya no como profesor de filosofía sino de matemática, me refugié en un grupo de cine experimental. Con ellos fui un día a Río Hato a filmar la llegada de un grupo de estudiantes para una jornada de trabajo voluntario. Como llegaban temprano en la mañana, nosotros nos fuimos desde la tarde anterior. Nos alojaron en unas barracas, muy cómodamente, pero dormí mal esa noche. Como a las cuatro o cinco de la madrugada me levanté y salí afuera a fumarme un cigarrillo. Era una noche muy hermosa. Tranquila pero despierta. Oí entonces un como rumor de mar lejano, pero que no procedía del mar, que tenía allí mismo, a unos cuantos metros. El rumor, en cambio, lo traía el viento desde lejos. Cuando por fin lo pude enfocar bien con el oído, resultó ser los cantos de los mil reclutas recién llegados a la base que, para llevar el paso, iban cantando con ritmo de trote:

*Yo me acuerdo
de ese 9,*

*9 de Enero.
 Masacraron
 a mi pueblo
 en la Zona
 del Canal.
 Esos yanquis
 no los quiero.
 Puerto Rico
 no los quiere.
 En Viet Nam,
 ahí los matan.
 Fuera yanqui,
 go home.
 Ay mamita,
 mi bandera
 en la Zona
 del Canal.
 Mi General,
 dénos la orden
 de penetrar
 en la Zona
 del Canal.*

.....

De pronto tenía allí, en todo el centro de una noche estrelladísima, un gran chorro de todo aquello que no había encontrado en París: Sentido, valores, inteligencia, entusiasmo. Cuando amaneció les manifesté a los compañeros cineastas mis deseos de entrar al reclutamiento, pero también mis dudas sobre si podría yo, a mis 45 años, aguantar un régimen de vida y de ejercicios tan violentos. Ellos prefirieron no opinar. En eso acertó a pasar por allí un oficial, el entonces Mayor Roberto Díaz, y yo le dije que quería hacerme recluta. Me dijo que lo consultaría, mirándome inquisitorialmente. Y yo pensé que todo quedaría allí.

Seguramente mi audacia y mi desenvoltura verbal cuentan con mi habitual fracaso de embonar con la realidad y de ver realizados mis proyectos. Por eso puedo darme el lujo de tenerlos audaces. No solamente estoy acostumbrado a fracasar sino que incluso cuento con esos fracasos. Pero esa vez también eso fracasó, porque media hora más tarde me dijo el Mayor Díaz que había hablado con el General Torrijos y que éste le había dado el visto bueno para que yo pudiera ingresar al reclutamiento. A condición de que me cortara la barba. Una larga barba de *clochard* que yo siempre he considerado que me hace parecerme a mí.

Después supe que el General había dicho, al enterarse de mi solicitud, que seguramente yo andaba buscando tema para escribir una novela. Y de verdad que en esos meses que duró el reclutamiento tuve unas experiencias buenísimas que andaban buscando autor. Pero el hecho, bueno o malo, más bien malo, es que a mí la vida me inspira poco. Los temas que he tratado en mis poemas y mis obras de teatro, han salido de otros poemas y otras obras de teatro, no de la vida. La vida, como literatura, es cursi. Y la literatura, como vida, es mentira, una cómoda, pero bien triste, sustitución de la realidad de carne y hueso por la de papel. Yo siempre he querido mantenerlas bien aparte, por respeto a ambas.

Grabé esos cantos que los reclutas improvisaban para llevar el paso y que surgían muy espontáneamente en ellos. Después, cuando conocí por dentro esos trotes de madrugada, observé que ahí no iba ningún oficial. A esa hora es cosa de sargento segundo para abajo. Observé también que al principio la letra que sale no es patriótica. Más bien es humorística y grosera:

*Viva, viva la jarana
a las seis de la mañana.
Yo me culié a tu hermana
en casa de doña Juana.*

Pero conforme se corría, el cuerpo se iba calentando, el espíritu se iba calentando, y comenzaba a surgir entonces, con toda naturalidad, una letra madura, sudada, con esa madurez política que sólo el pueblo tiene.

*Sin producción
no hay soberanía.
Sin producción
no hay liberación.
¡Producir! ¡Producir!
¡Liberación! ¡Revolución!*

Una vez, cuando comenzaba a conocerlo, le puse la grabación al General Torrijos. Se le salieron dos lagrimones. “¿Quién es éste?”, me preguntó, refiriéndose al soldado que daba la letra. “Ese es mi Sargento Sánchez —le dije—, de la Sexta Compañía. No me hizo ningún comentario, pero al día siguiente, camino del aeropuerto, paró en el cuartel de la Sexta Compañía y preguntó: “¿Quién es el Sargento Sánchez?”. Hubo un pequeño revuelo buscando al sargento. Cuando apareció y se le cuadró, el General le dijo: “Lo felicito, tiene usted muy buena voz”. Fue su forma de firmar el pensamiento y el sentimiento de esa tropa suya que lo apoyaba y lo inspiraba. A partir de ese día, el General comenzó a hablar más de producción. Y a partir de ese día también, cada vez que pasaba por la Sexta Compañía, la tropa quería correr conmigo para grabar consignas, y que se las pasara al General. “Venga a correr con nosotros, mi Sargento —me decían—, que ahora tenemos una letra bien cachimbona”.

Una vez, ya muerto el General, me fui a correr, pero con otra compañía, la Quinta. En esa ocasión se referían al General Torrijos como “mi General Omar”, y hay una pequeña contradicción entre “mi General”, que es una fórmula militar de respeto, y “Omar”, que implica mucha confianza, porque es un primer nombre. Hay que

conocer bien el mundo de lo militar para darse cuenta del gran cariño que hay en esa expresión absolutamente inusual: "Mi General Omar".

Ya no era Torrijos, a veces ni siquiera General. Ahora era Omar. ¡Y cómo se citaban sus pensamientos!: "Dijo Omar. . . Dijo Omar . . . Dijo Omar. . ." Y los pensamientos de Omar salían volando como palomas de las canciones de los soldados. Y lo que parecía un batir de alas, de una gran bandada de alas, era el sonido rítmico de botas trotando fuerte sobre lo que era la Zona del Canal. Estábamos en Fuerte Amador, una base militar de los gringos que gracias a la conducción de Omar ha regresado a Panamá. En vida del General Torrijos, yo nunca le llamé Omar.

En ningún momento me imaginé siquiera que se me plantearía como imperativo moral, y seguramente también político, escribir sobre mis experiencias en la Guardia Nacional al lado del General Torrijos, como lo estoy haciendo ahora. No tengo pretensiones históricas. A lo sumo biográficas. Pero como trato a un personaje con dimensiones históricas, sin duda que los detalles también tienen de algún modo esas dimensiones.

El lunes siguiente llegué temprano a la base en mi avioneta, y me reporté al entonces Capitán Herrera. Me cortaron el pelo, me uniformaron y me mandaron a desayunar. Luego el General me llamó, y allí, frente a todo el batallón, cuando me dijo: "Vamos a ver si aguanta", sin darse cuenta (¿sin darse cuenta?), terminó de un tajo todas mis dudas sobre si iba o no a aguantar.

No volví a tratarlo en los próximos meses. De cuando en cuando lo veíamos pasar de lejos, del aeropuerto a su casa y de su casa al aeropuerto. Era una cabecita de perfil que pasaba en carro. Encontrarlo era un juego entre los reclutas, porque siempre iba en un carro diferen-

te. Una vez pasó en chiva. En una de esas chivitas viejas toda pintada como para una fiesta, que en esa ocasión lo era. Físicamente, pues, no era mucha su realidad.

Un día me mandó a llamar. Tuve un poco de pesar porque ese día mi compañía se había conseguido, no sé cómo, una vaca, y nos la íbamos a comer asada en la playa. En lugar de estar en la playa, donde ya estaba mi pensamiento, comiendo y divirtiéndome con los compañeros, iba a estar en la casa del General con un montón de ministros.

El General estaba en la puerta de su casa, comiéndose un mango, y al verme me dijo: "Entre. Quiero que vea cómo se gobierna un país". Dentro estaba el Ministro de Trabajo, Murgas. No recuerdo ahora si para entonces ya se había hecho el nuevo Código de Trabajo. También estaba el Ministro de Economía, Barletta, que años después, ya muerto el General, sería Presidente. Precisamente Barletta leía un informe técnico sobre algo de economía. Después de un rato el General lo interrumpió para preguntarme si yo estaba entendiendo. Dije que no. En primer lugar, porque no soy economista. Y en segundo lugar, yo llegué cuando el informe ya iba por la mitad. Entonces el General le dijo al Ministro que si yo, que era profesor de matemática, no entendía, menos podría entender él. Le dijo que se lo tradujera al español y dio por terminada la reunión.

Por dicha todavía era temprano y podía ir a la playa, de manera que me levanté con todo el mundo. Pero, por desgracia, el General me pidió que me quedara con él. Salimos a la terraza y él se instaló en su querida hamaca. Se quedó en silencio un rato, fumando su puro lentamente y viendo y pensando a lo lejos. El sabía callar muy bien. Uno no se sentía en necesidad de decir cualquier cosa para romper un silencio que, con él, era valio-

so y cargado de sentido y de ideas. De pronto me preguntó, como continuando una conversación, que cómo me iba en el curso. Le dije que bien, pero no extraordinariamente bien. En un ejercicio de historia, emulando a Keats, no recordé el primer nombre de Balboa. Dije que se llamaba Francisco, Francisco Balboa. Y en los ejercicios de aritmética me equivocaba sumando fracciones. Yo, profesor universitario, no era el primero de un salón en donde sólo uno de mis compañeros había terminado la secundaria. Justamente lo apodaban "el bachiller". Más me distinguía en el campo de tiro y, a pesar de mi edad, en los largos trotes que hacíamos en la madrugada, y que unos meses atrás me habían tirado una tabla de salvación en mi naufragio existencial.

Entonces me preguntó por la disciplina, y yo le comenté, honradamente, que nos estaban inculcando una disciplina ciega, mecánica. Que si allí llegaba un oficial de mayor rango que él, y nos ordenaba que lo cogiéramos preso, ninguno vacilaría en hacerlo. No me respondió nada. Cuando regresé al campamento la fiesta ya había terminado. La vaca, me dijeron, había quedado muy sabrosa.

Al día siguiente, el General Torrijos hizo una cosa insólita. En lugar de pasar por el campamento, se detuvo y convocó a todo el batallón en la misma plaza de armas donde lo había conocido. Allí hizo el discurso más hermoso de todos los que le conozco. Desgraciadamente no fue grabado ni nadie tomó nota. Comenzaba así: "Yo sé que a ustedes se les enseña a obedecer al rango superior. Pero distinguan entre 'rango' y 'jerarquía' ". Y a continuación pasó a poner ejemplos que ilustraban lo que quería comunicarnos.

El rango se da por decreto. La jerarquía se conquista con actos ejemplares.

Tiene rango quien dice "Vayan". Tiene jerarquía quien dice "Sígueme".

La razón tiene rango. La necesidad tiene jerarquía.

Los estudiantes, los obreros, los campesinos, los niños. . ., son las jerarquías a cuyas órdenes ustedes deben ponerse.

Y terminó:

Y en Panamá, la jerarquía máxima la tiene el hambre.

Para mí fueron unas palabras decisivas. Tanto el contenido de ellas como su contexto. Allí estaba dándole nombres claros y precisos a muchos pensamientos confusos.

Luego de su discurso el General me llamó aparte y me pidió que le recogiera los comentarios de los reclutas. Al día siguiente le di el informe, exagerándole bastante el entusiasmo con que recibieron su mensaje. Yo comenzaba a cuidarlo.

Después, muchas veces, tuve la ocasión de comprobar la poca importancia que él le daba al rango, al título. . . No "la poca importancia" sino la importancia justa, sólo que en el caso de él, que siempre estaba atento a la jerarquía, la importancia del rango, en comparación con la de la jerarquía, parecía poca.

Por ejemplo, cuando viajaba con él, a pesar de no ser yo más que cabo, y después sargento, automáticamente adquiría el rango, sólo nominalmente por supuesto, del oficial de enlace que le asignaban en el país que visitábamos. Siempre me tocaba ser Mayor, y hasta Coronel.

Es que si no, no había forma de hablar con el dicho oficial. La distancia que hay entre el rango de sargento y el de coronel, hace toda comunicación punto menos que imposible. Es como la que hay entre un campesino y un latifundista. No es "como", es la misma, porque los ejércitos reflejan la diferenciación de clases de la sociedad en la que existen. E incluso la acentúan, como si para proteger un sistema social fuese conveniente subrayar sus características. Por ejemplo, la comida del oficial es diferente a la del soldado, y el comedor también. Y su mierda también debe ser diferente porque la deposita en un excusado diferente. El soldado debe estar tan atento a la obediencia del oficial, que se le hace practicar el oír y obedecer el susurro de su amo. Por eso, en vida del General, yo nunca quise ser oficial, a pesar de que tenía derecho al rango por mis grados universitarios. Milito en un bando y no es el de los amos. Además, primero como cabo, y después como sargento, tenía más proximidad física al General, aunque esto último yo nunca lo calculé.

Recuerdo, sonreído, que una vez que se entrevistaba en Colombia con el Presidente de México, le dije al General: "El escolta del Presidente Portillo es un general, mi General". "Ah, no —me dijo en broma y en serio—, hasta ahí no".

En otra ocasión visitábamos al Papa en el Vaticano. El embajador nuestro ante la Santa Sede presentó al General y entonces comenzaron a desfilar los miembros de la comitiva panameña frente al Papa. El General, ya presentado él mismo, los iba presentando conforme pasaban de uno en uno. A Rory González, gerente del proyecto minero de Cerro Colorado, lo presentó como Ministro de Minas. Un ministerio que en Panamá ni siquiera existe. A Ricardo de la Espriella, gerente del Banco Nacional, lo presentó como Ministro de Finanzas. Eso tampoco hay en Panamá. A Fernando Manfredo lo

presentó como Ministro de la Presidencia. Pero ese sí lo era realmente. Yo me había quedado discretamente cerca de la puerta, puesto que como escolta no pertenecía a la comitiva. De pronto el Papa me vio, se me quedó mirando y comenzó a caminar hacia mí. Entonces yo me adelanté y le di la mano, esperando que el General me presentara. Como no lo hacía. . . , pensé que quizás le daba vergüenza presentarme como sargento, y habiéndome confirmado segundos atrás la poca importancia que él le daba a los títulos, yo mismo me presenté al Papa: "José de Jesús Martínez, Ministro de la Defensa".

A partir de ese momento me dieron protocolo de ministro. Al final nos pusimos todos en fila para recibir una medallita, supongo que sagrada, y la consabida foto con el Pontífice. Como yo no formaba parte de la comitiva realmente, y esas cosas de protocolo son muy estrictas, sabía bien que no iba a haber una medallita para mí. Contaba a la gente en la fila, y las medallitas en la mesa, y para evitar una situación incómoda, me retiré discretamente de la fila. Un ujier, vestido a la Edad Media, comenzó a decirme: "*Prego. . . , prego. . .*", conminándome a que me volviera a poner en fila. El Papa me volvió a ver, como comenzando a sospechar que había una cosa rara, y no me quedó más remedio que resignarme a llegar a la mesa de medallitas sin que hubiera una para mí. Pero allí se volvió a repetir el milagro de la reproducción de los peces y los panes, porque al llegar yo a la mesa, había allí una medallita esperándome.

Broma aparte, creo que la mejor forma de ilustrar su distinción entre rango y jerarquía, es con él mismo, que tenía rango de General de Brigada y jerarquía de General de los Pobres, como se lo dice en una canción Luis Mejía Godoy.

Una vez, una vez cualquiera, sin ninguna importancia, pasando por un pueblo del interior del país, un niño de-

sarrapado y sin camisa lo reconoció y se le cuadró saludándolo militarmente. Ni jugando ni en serio. A la edad de ese niño, unos ocho años a lo sumo, no se puede hacer esa distinción. Pero el General le respondió el saludo mortalmente en serio, con una fibra militar que todavía hoy cuando la recuerdo se me hace un nudo en la garganta. No había la menor duda de que estaba respondiéndole el saludo a un superior.

Cuando terminó el reclutamiento solicité mi baja, tal y como lo había planeado, y advertido, desde un principio. Pero alguien me dijo que "no lo dejara solo". Y yo me quedé parado allí, bajo un árbol, sorprendido de esas palabras y sintiendo el peso de una responsabilidad que se posaba sobre mí y que ya no me abandonaría nunca. Ni siquiera con su muerte. Al contrario, después de ella ha ido creciendo, y ya me parece que es lo más serio que le queda al resto de mi vida.

El papel que la Guardia Nacional jugó siempre en la vida política del país, no difiere significativamente del que juegan los ejércitos latinoamericanos en general. Esto es, el de instrumento represivo armado de un Estado que a su vez es instrumento político de la patronal, la clase de los propietarios de los medios de producción y cambio. No me gusta llamarlos por su nombre propio, el de "burgueses", porque ellos mismos se han encargado de gastar y tergiversar el término. Pero es lo que son. Y en Panamá es una clase particularmente fuerte, porque la proletaria, que le hace contrapeso y puede neutralizarla, es relativamente débil. Esto porque la geografía del país ha determinado una economía de servicio y de tiendas, y no de industria, que es la que genera proletarios.

Apoyándose sin duda en esa fuerza, y a diferencia de otros países latinoamericanos, en Panamá la patronal no ha considerado en general necesario manejar directamente la Institución Armada. Ni tampoco, en general, oli-

garquizar a los altos oficiales, casándolos con sus hijas, haciéndolos socios de sus empresas y de sus intereses de clase. Son gente soberbia, de una soberbia barata y ridícula, pero de mucha altanería. Pensaron siempre, además, y acertadamente, que la ideología importada de la metrópoli tenía ya suficientemente envilecidos a los mandos altos y medios para que fuesen gustosos guardianes de la propiedad de los ricos, y de las ideas que la consagran literalmente como "sagrada".

Además de esto, hay una razón muy fundamental: La presencia física y armada del imperialismo en Panamá le da a nuestra burguesía la seguridad y protección que de otra manera habría tenido que pedírsela a sus propias Fuerzas Armadas. Desde principio de siglo éstas quedan relegadas, por ley, a ser un mero cuerpo de policía. Allí está 1925, año en el que los propietarios solicitan, y obtienen, con el consiguiente baño de sangre panameña, la intervención armada del ejército norteamericano para resolver un problema de huelga inquilinaria. Esto determina, por una parte, una burguesía sin nacionalidad, y por la otra, unas Fuerzas Armadas que han tenido que crecer despacio, comiendo en la cocina, con la consiguiente relativa, muy relativa, independencia. Pero ese poco de relativa independencia bastó para que de allí surgiera, oportunamente, y en la primera ocasión y pretexto que le dieron a la historia, Omar Torrijos y los militares torrijistas.

Decía que, hasta la llegada de Torrijos, los militares eran gustosos guardianes de las propiedades de los ricos. Gustosos, pero no gratuitos. A los militares les dejaron los patrones el hueso de la corrupción, la coima, reservándose para sí la de grueso calibre, la explotación institucionalizada, el robo protegido y legalizado por el Estado y la moral (?) del propietario. La corrupción de los militares, por lo menos, lleva en sí misma el freno de la ilegalidad. La de los patrones, en cambio, el acicate del triunfo y el aplauso cómplice del sistema.

Además, la corrupción de los militares, que el sistema de la patronal auspicia y promueve dándole a los militares unos sueldos ridículos, sirve para divertir la atención de la propia de ella. Ese es el papel que juegan los "moralistas" del sistema: El de *poodle* inglés, perrito que no muerde, porque eso sería romper el acuerdo tácito, pero que ladra y hace escándalo. Es una maniobra de diversión.

Esta solución cómoda y barata al problema de la repartición de la riqueza del pueblo, se facilitó mucho en Panamá. Desde la época de la colonia, Panamá ha sido país privilegiado para los comerciantes. Eso fue bueno cuando había que superar el feudalismo. Pero de allí para acá ha sido al revés.

Por esa condición geográfica e histórica a la que ya aludí anteriormente, Panamá ha sido siempre un país de servicios, que por eso mismo inculca en sus ciudadanos la mentalidad del sirviente, el *waiter*, y en sus soldados la del "perro bravo, no entre, propiedad privada". Los perros bravos ladrándole a los pobres, y los *poodles* ladrándole a los perros bravos. Es una imagen de mi país.

Contra el servilismo perruno a la patronal, y particularmente y en concreto a los patrones del Canal y de la Chiriquí Land Company, el General Torrijos predicó la dignidad, cuyo concepto para él fue tan político como moral. La reiteración casi obsesiva de los llamados en sus discursos y en sus conversaciones a la dignidad nacional y personal, es indicativo de cuán profundamente pensaba él que teníamos enraizada una servidumbre histórica y geográfica. Y que había que arrancar. Tanto la referente a la patronal doméstica, como la referente al imperialismo norteamericano. Torrijos siempre los identificó como dos caras de una misma moneda. "Imperialismo y oligarquía —decía—, es una redundancia, porque es decir lo mismo".

El General sabía, y lo tuvo siempre bien en cuenta, que nuestra dependencia de estos dos amos era profunda, casi congénita, y que por eso mismo nuestra liberación sería dolorosa. Admitir el carácter sagrado de sus propiedades, como lo proclamaban ellos, era admitir tácitamente que a ellos les asistía un derecho divino. No es casual que siempre tuviesen buenas relaciones con los "malos curas". Ni lo es tampoco el que el General haya querido robar, o rescatar, para su causa política de liberación nacional, una connotación religiosa. "La soberanía sobre la Zona del Canal es la religión de todos los panameños", decía.

Torrijos, por eso, despertó entre los que tuvieron siempre alma de *waiter*, un odio personal e íntimo que ni con su muerte se aplacó, y que en intensidad es sólo comparable al cariño que despertó en los que quieren mantener siempre de pie el alma y el pensamiento. Torrijos había osado alzarse contra el espíritu santo de los propietarios, y eso, para unos no tiene perdón de Dios, y para los otros fue una declaración de guerra, y de dignidad, nacional y personal. En el panameño, según Torrijos, también éstas son dos caras de la misma moneda.

La dignidad, en el General Torrijos, es mucho más que una cualidad moral. Es un arma de liberación. Y, además, un criterio político. Porque es cierto que "a la patria no se le pone condiciones", pero, por otra parte, ninguna causa justa nos exigirá jamás que sacrifiquemos nuestra dignidad. Podemos, pues, estar dispuestos a todo, por una causa justa, como la de la patria. Pero si la causa nos pide el sacrificio de nuestra dignidad, es absolutamente seguro que *ésa* no es una causa justa, que *ésa* no es la voz de la patria. Abraham debió haber concluido que la voz que le pedía el sacrificio de su hijo, no era la voz de Dios.

Si el ser humano es la causa final, el valor supremo, el objetivo, de la política o de cualquier otra actividad humana, entonces nada que atente contra él puede ser justo. Dicho de otro modo: El fin no justifica los medios. Los determina, los elige . . . , pero no los justifica. Un fin justo determina y elige siempre un medio correcto, a la altura del fin. Y por eso mismo el medio es síntoma, indicativo del fin. Es un problema agudo que se le plantea a los revolucionarios que necesitan financiar su lucha.

Para darle a las Fuerzas Armadas esa dignidad cargada de contenido político, Torrijos insistió en que debían “divorciarse” de los intereses de la oligarquía-imperialismo. Sólo entonces podrán unirse, “en segundas nupcias”, con los intereses populares.

“Es diabólico —decía— el talento de los explotadores, que ha sabido armar al pueblo contra el pueblo mismo”. Ese es el papel que juegan las Fuerzas Armadas. Y el que deben jugar es el de “cambiar la dirección de sus fusiles”. Es decir, cambiarse de bando.

Torrijos saca fuerza de la debilidad panameña y aprovecha el desprecio que la patronal criolla le tiene a los oficiales envilecidos, en quienes ha delegado la labor canina de cuidar sus propiedades. La patronal panameña además, como decíamos anteriormente, cuenta en última instancia con las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, y no le hacen falta las propias más que para la labor represiva en los barrios populares, y la perruna en los elegantes. Este desprecio le da a la Guardia Nacional una cierta capacidad de resentimiento positivo y hasta de independencia, que le permite, si no tomar decididamente el bando de los pobres, de los intereses populares, por lo menos “arbitrar” en la lucha de clases que estos sostienen contra la patronal. Y entonces Torrijos convierte el “arbitraje” en “negociación”. Es muy fundamental tener esto claro.

Si alguien pudiera ser neutral en un combate entre un explotador, con todas las ventajas, y un explotado, sin ninguna . . . , y si Torrijos hubiese sido ese alguien, seguramente se merecería el mote de "bonapartista". Los politólogos esdrújulos le dan ese significado al término. Algunos se lo aplicaron al General Torrijos. Algunos de estos algunos rectificaron después, cuando el pensamiento del General fue creciendo con el tiempo y haciéndose cada vez más claro y explícito. Y algunos otros sólo se corrigieron para añadirle al mote el apellido de "burgués". Es decir, el árbitro tomaba el bando de la derecha.

Nada más injusto y superficial que esto. Injusto porque es verdad que el General Torrijos no fue el árbitro imparcial y neutral como en algunas ocasiones, por razones tácticas, quiso presentarse. Pero su complicidad no fue con la derecha, aunque la derecha era la que casi invariablemente salía victoriosa. Gabriel García Márquez, en un artículo suyo, dio en todo el centro del blanco cuando descubre en el General una "complicidad de clase". Por supuesto que no con la clase de los propietarios.

Y superficial, porque quien se contenta con lanzar nombres desde la barrera, me refiero a ese de "bonapartismo", en lugar de ingresar en el equipo de su predilección, está jugando para el otro equipo. Ser intelectual no es una buena excusa para marginarse de la participación activa y material. Los que le reprocharon a Torrijos no hacer la revolución, son en parte responsables de haber dicho la verdad. Y están satisfechos de no haberse equivocado, porque para ellos la verdad es más importante que la revolución.

Para el General Torrijos, más importante que decir la verdad era transformar la realidad. No me importa que esto sea un lugar común de determinada filosofía. Aun-

que decir la verdad no sea lo más importante, no decirlo porque es un lugar común es una coquetería literaria.

Muchas veces me reprochó, pero siempre con una ironía que no perdía el carácter de cariñoso, el que yo, profesor de altas matemáticas, de álgebras modernas y abstractas, y filosofías profundas, estaba en condiciones de "resolver los problemas del Universo, pero no los de la comunidad". Yo me defendía alegando que lo ideal sería que los problemas de la comunidad fuesen los del Universo, las cuestiones universales. Pero ésa es una frase que ni a mí mismo me convence.

Abundan los textos suyos cuyo objetivo, más que el de descubrir la realidad, "develándola", levantando sutilmente el velo, el peplo que la cubre. . . /, era el de incidir virilmente en ella como un arado. No conoció Torrijos el delicado placer intelectual de nombrar las cosas con la palabra exacta y hecha a la medida. Es célebre el desparramo con el que inventaba palabras, tales como "escuelizar", "telefonizar", etc. . . ., para nombrar cosas que en ese momento no tenían a la mano un nombre conocido.

La realidad le planteaba al General un problema moral, no artístico. . . , político, no teórico. Y nunca escatimó instrumento para transformarla. Por ejemplo, y éste es otro punto fundamental para entender su pensamiento, el concepto de "verdad agradable", opuesto muchas veces al de la verdad objetiva, que él, contrariando los textos académicos, llamaba "lógica". Así, en **Soy un soldado de América Latina**, afirma tajantemente que la época de las intervenciones de los Estados Unidos ya había sido superada. Esto no mucho antes de lo de las Malvinas, Granada, y las amenazas a Nicaragua y El Salvador.

El General Torrijos, más amigo y novio de la realidad y su transformación, que de la verdad objetiva y de la con-

sistencia teórica, muchas veces decía las cosas, no como son, sino como deberían ser, precisamente con el propósito de que lo fueran, de que se muevan en esa dirección. Es una de las especies de verdad que él distinguía y que llamaba, no peyorativamente en este caso, "verdad agradable" (concordancia con lo que debería ser). Tan válida para él como la elemental "verdad lógica" (concordancia con lo que es). E igualmente como la muy importante "verdad social" (concordancia con los intereses de la clase social a la que se pertenece), y la "verdad íntima" (concordancia con uno mismo).

En *Soy un soldado de América Latina* se ilustra muy bien esa multivocidad del concepto de verdad, cuya distinción es uno de los aspectos formales más originales del pensamiento del General Torrijos. Le faltó, eso sí, lo que los textos académicos llaman "verdad lógica" (concordancia con el propio discurso). Quizás es lo que el General llamaba "corrección". Todos los que lo conocieron recuerdan la frecuencia, y el uso que le daba, a la expresión: "Es correcto".

En *Soy un soldado*. . ., como decíamos, se ilustra bien esa multiplicidad de sentidos que para él tenía la palabra y el concepto de "verdad". Por ejemplo cuando dice que "la verdad social del soldado está mucho más cerca de la verdad de su pueblo que de la verdad social de aquellos que lo dirigen".

En ese pivote se funda el proyecto militar del General Torrijos. No es el de darle el poder a los militares, sino el de quitárselo a los enemigos del pueblo. Está convencido de que los intereses de la mayoría de los militares son los mismos que los del pueblo. Son de la misma clase y tienen los mismos enemigos, dentro y fuera del país, porque también estos últimos son de una misma clase internacionalmente. De ellos es que deben defenderse y defendernos las Fuerzas Armadas, y no de un imagina-

rio enemigo en las fronteras, ni del famoso comunismo. Reprimir el comunismo fue la filosofía macartista que se tomó como pretexto para hacer de nuestros ejércitos "fuerzas de ocupación y no ejércitos nacionales".

Torrijos advierte que la revolución se hace con el ejército, o contra el ejército. Con el ejército, como fue el caso sólito de muchos países europeos, donde la revolución se impuso a punta de bayoneta, sin duda es la forma de menor costo social posible. Cuando se trataba de un precio o costo social, que siempre es en sangre, y en sangre aguada pero ardiente y heroica de pueblo, y de aquellos jóvenes que más profundamente sienten los dolores de la patria y de los humildes, el General Torrijos era infinitamente tacaño. Esa avaricia de lo que para él fue el tesoro máximo, es el factor determinante de esa larga paciencia suya en el problema de la negociación de los Tratados. Y es esa misma avaricia la que justifica el meollo de su proyecto político: El papel que deben jugar en él las Fuerzas Armadas. Es una de sus "verdades agradables" que aparece también en **Soy un soldado de América Latina**: "Muchos. . . , y son muchos más de los que ustedes piensan: . . . , soldaditos, sargentos, tenientes. . . , hombres que viven en la misma miseria en la que vive el pueblo, se están dando rápidamente cuenta de que la dirección de fuego y de ataque de sus fusiles debe ser apuntada hacia los que esclavizan y no hacia los que liberan".

Es un texto fundamental que amerita que se cuente la circunstancia en la que lo escribe. Habíamos ido a La Habana a la creo que VI reunión cumbre de los Países No Alineados. De alguna manera se enteró él de que se iba a pasar una resolución condenando al TIAR y al CONDECA, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, y Consejo de Defensa Centroamericano, respectivamente. El General Torrijos, que distingue entre los elementos de un organismo y el organismo mismo,

sabe bien que estos dos organismos han sido siempre represivos, pero piensa que en el futuro podrían jugar un papel revolucionario, y se opone a la resolución.

Allí en esa reunión estaban ya los sandinistas: Tomás Borge, Modesto, los hermanos Ortega . . . , no recuerdo quién más . . . , vestidos todos en uniforme de fatiga y todavía con el olor a pólvora y a muerte. Pero ahí no estaba Eduardo Contreras. Ahí no estaba Germán Pomares. Faltaban muchos. Faltaban los mejores. Porque todos ellos eran los mejores. Fueron la moneda con la que se pagó la esperanza que ahora tienen los nicaragüenses.

El General Torrijos, que conoció a muchos de los héroes y mártires que ahí no estaban, pero que ahí sí estaban, entonces, más que nunca, se aferró a su teoría de la "revolución barata", es decir, la que se hace "con el ejército", a un bajo costo social. Hacerla contra el ejército, tiene la virtud de que el triunfo que se logra es sin duda definitivo, porque nunca es más nuestra una cosa que cuando hemos pagado caro por ella. En ese mismo documento que comento dice: "Cuando un pueblo se decide a conseguir su liberación como remedio para sus males, no hay componente de fuerza que la pueda impedir. La liberación sólo la determina el costo social que el pueblo esté dispuesto a pagar por ella. Nicaragua es un buen ejemplo". Fidel Castro conoció el documento y mandó a parar la resolución.

Yo tenía una grabadora, pequeña, barata. Sesenta dólares me costó. Y tenía la costumbre de ponerla cuando él me dictaba algún trabajo. Es que algunas veces yo no le entendía bien y me daba vergüenza pedirle que me repitiera. Gracias a esa debilidad mía y a su dicción a veces borrosa, tengo ahora la mayoría de sus trabajos principales grabados con su propia voz. En particular, tengo **Soy un soldado** . . . , con la gran fortuna, porque es uno

de sus escritos más preñados de contenido revolucionario, de que quedó grabado con mucha claridad. Incluso se puede escuchar, al fondo, el canto de los pajaritos de ese hermoso parque habanero, El Laguito, en donde estábamos hospedados en una casa de protocolo para huéspedes ilustres.

Cuento esto porque quiero confesar algo que el pudor me debería hacer callar. Y es que en esa grabación tengo la versión original en la que el General dice una cosa que, por consejo mío, después quitó. Dice que el soldado le debe más obediencia a su clase social que al oficial que lo dirige. Esta es una idea muy subversiva que atenta contra el alma misma del ejército como institución. Yo le dije que estaba feo ser tan revolucionario así estando en Cuba, porque daba la impresión de que nos estábamos aprovechando de esa coyuntura. Y la quitó. En lugar de ayudarlo a mejorar sus textos, yo se los empeoraba.

Como la resolución abortó antes de nacer, el General Torrijos no tuvo ocasión de leer su trabajo, y permaneció inédito durante mucho tiempo. Cuando lo matan a él, yo saqué muchas copias y las distribuí entre sus familiares, el G-2, y otras personas, para asegurarme de que no se perdiera, porque, vanidosamente, pensé que, para matar también la herencia ideológica de sus escritos, me matarían también a mí que los guardaba.

Todo el poder que el General Torrijos quiso para él, y en parte tuvo, lo quiso sólo para poder dárselo al pueblo. La estructura de Poder Popular sobre la base de los Representantes de Corregimientos, tenía la finalidad de que un Estado económicamente poderoso, estuviese en manos populares. De otro modo habría estado propugnando un "capitalismo estatal" tan cruel e inhumano como el capitalismo dirigido directamente por la empresa privada.

Nunca logró consolidar del todo el Poder Popular, porque él mismo nunca tuvo todo el poder, contrariamente a lo que algunos equivocadamente piensan. Tuvo poder, pero ni mucho ni mucho menos todo. Tengo bien presente un mural que mandé a hacer, con dinero que él mismo me daba, por supuesto, en las paredes de la vieja aduana, en la Avenida B. El mural, grande, bonito, representaba la lucha de los sandinistas. Como uno de los pintores, Cáncer, así se hace llamar él, es bien pro-árabe, metió por ahí a un guerrillero palestino. Inmediatamente me lo mandaron a borrar. Cuando fui a plantearle la queja al General, me dijo: "El enemigo es poderoso". Pero me lo dijo con una cara que expresaba, por una parte, su impotencia, y por otra, su sorpresa de que yo no lo supiera. Primero me quedé un poco en el aire, porque no me esperaba esa reacción suya. Después me conmoví, viendo al supuesto "dictador" tan sujeto al poderío de los que se quejaban de haber perdido el poder. Era una clara confirmación del aforismo clásico de que "quien ostenta el poder económico ostenta el poder político". Porque ellos, los oligarcas, nunca perdieron el poder económico.

Tercos, seguimos insistiendo en pintar murales por la ciudad. Las paredes del Instituto Nacional, en la Avenida de los Mártires, tenía uno muy bonito. Incluso en la propia base militar de Río Hato hicimos uno muy bueno, con el águila imperial toda desplumada. Parecía un pollo. Pero, tercos también ellos, los fueron borrando todos. Y poniendo los suyos. ¡Qué diferencia! De mensaje, de calidad, de gusto. Aunque solamente fuese por razones de elegancia, habría que ser de izquierda. Por si no bastaran las razones morales y científicas, tenemos también estéticas. Entre otras cosas, como estúpido y malo, el enemigo es feo.

Al final nos vengamos, aunque sea un poquito. Después del triunfo de los sandinistas los pintores van a Nicara-

gua y hacen murales por todas partes. Sobre todo es muy bonito uno que hicieron en el aeropuerto, en la cafetería del aeropuerto, y que allí está todavía. Que borren esos. Puede que el General Torrijos, por el momento, haya perdido en Panamá. Pero en Nicaragua está en el poder, y con mejor salud que nunca.

PRINCIPIO DE OMAR

If something can go wrong, it will.

PETER'S PRINCIPLE

Tarde, bien tarde en la noche, caminábamos despacio por los pasillos oscuros de la Casa Blanca. Si a algo en el mundo se le podía llamar "las entrañas del monstruo", sus intestinos, sus celdas mentales, sin estar haciendo ninguna metáfora, era a esas oficinas, esos pasillos largos, con recovecos, divisiones y subdivisiones.

Nos habían dejado en una de las oficinas, creo que la de Bob Pastor, un joven integrante del Consejo de Seguridad Nacional. Y nos impresionó por lo modesta. Una modestia más indicativa de la eficiencia con la que manejan el mundo que de una supuesta virtud moral de sus ocupantes. Veíamos los mapas que colgaban de las paredes, los libros de consulta, una flor en un florero, fotos de familiares. . . Pero después de un rato, el General prefirió caminar.

En Nicaragua, la guerra rugía. Uno tenía la certeza de que ese silencio de tantas máquinas de escribir, y teléfonos, y teletipos. . . , todos ellos mudos a esa hora, con los labios apretados, callando, era un silencio nicaragüense. Quiero decir, que lo que no oíamos, pero sí veíamos con la imaginación, eran las bombas de 500 libras que Somoza había ordenado dejar caer desde helicópteros sobre los barrios populares de Managua, donde el pueblo insurrecto se había atrincherado. Lo que no oíamos, era ese crepitar característico que hacen los incendios. No oíamos los gritos de la gente. Pero con

la imaginación veíamos las bocas abiertas, a las que se les añadía, a la angustia del grito, la de la absoluta impotencia de su mudez. . . Fogonazos de fusiles disparando en silencio. . . Casas derrumbándose en cámara lenta. . . Esa clase de silencio era. Lo comparo solamente con el que produce el Guernica de Picasso.

Dos días atrás, el General me había llamado a su dormitorio. El nunca separaba demasiado las diferentes partes de la vida. El dormitorio, la sala o la cocina. . . , podían servir, indistintamente, para comer, dormir o trabajar. De manera que en su trabajo estaban presentes también sus otras actividades, al igual que había una presencia de su trabajo en todo lo que hacía: fumar, caminar, descansar, comer. . . Por eso comía rápidamente, la mayor parte de las veces de pie, sin ni siquiera sentarse, como quien estaba en la mitad de una faena, y trabajaba despacio, como quien estuviese comiendo o reposando. Todo estaba en todo. No había parcelas o cercas en su vida, ni era especialista en sentir, como él mismo lo habría querido, o pensar, o hablar, o hacer. Podía pensar con el corazón y el hígado, querer con la inteligencia y la razón, hablar con sus obras, con sus manos, y construir con sus palabras.

Allí, en su aposento-oficina, estaban también Rory González y Don Gabriel Lewis. Me dijo: "Yo sé que no tengo necesidad de decirle esto, mi Sargento, pero Carter me lo ha pedido y quiero cumplirle. Vamos a hacer un viaje a los Estados Unidos pero nadie debe saberlo". Asentí y me fui inmediatamente a mi casa a preparar un maletín.

Llegamos a Washington después del mediodía, en el jet-sito de la Fuerza Aérea. Allí nos recibieron, con mucho misterio, unos oficiales de la base de Andrews, y nos dieron dos carros. Rory y Don Gabriel se fueron en uno de ellos, y el otro lo tomamos mi General, la secretaria y

yo. En un tercero viajaban los agentes del Servicio Secreto asignados como escoltas de seguridad.

No sé por qué, en un momento dado, el carro de la seguridad iba por delante del nuestro. Entonces el General le pidió súbitamente al chofer que girara hacia la izquierda. Nos perdimos de los dos carros y entonces la secretaria, por indicación del General, fue guiando al chofer hacia la casa de una familia amiga suya, cuya dirección no conocía, pero a la cual sí podía llegar.

No era la primera vez que el General jugaba a perderse de la seguridad norteamericana. Algún tiempo antes, por ejemplo, en una recepción de la Embajada de Panamá en Washington, de pronto nos pidió a su escolta que lo sacáramos de allí sin que se dieran cuenta los agentes del Servicio Secreto. Había como sesenta de estos, en todas las salidas, por todas partes. Realmente era una orden imposible de cumplir. Un oficial nuestro, entonces, le telefoneó al Coronel Noriega, que se hospedaba en un hotel, para preguntarle qué podíamos o debíamos hacer, esperando de él, como Jefe de la Seguridad panameña, el permiso de exonerarnos de una tarea imposible.

Me dio mucho gusto cuando me enteré de que el Coronel le había respondido: "Cumplan la orden". Y quisimos cumplirla. Incluso hasta consideramos sacar al General escondido en el maletero de un carro. Pero no hubo forma. Para él fue una gran frustración. Y para mí también.

Hay que recordar que la carta más fuerte que usó el General Torrijos en la negociación de los Tratados fue la amenaza de destruir el Canal. Y quien puede destruir el Canal debe también estar en capacidad de burlar la vigilancia de unos agentes del *Secret Service*.

Así llegamos a la casa de esta familia y entonces llamé por teléfono a la Casa Blanca, para informarles que ya estábamos en Washington. Me preguntaron entonces la dirección del sitio en donde estábamos, para mandar a buscarnos. Y el General me dijo que les explicara que como Carter había pedido mucho secreto, ni él mismo sabía dónde estaba.

El lo dijo con humor, pero la verdad es que era rigurosamente cierto, porque en la casa no había más que un niño y una empleada humilde panameña que no sabía la dirección de la casa. No fue sino hasta que llegó la señora de la casa que pude yo informar dónde podían venir a buscarnos.

Carter recibió al General Torrijos en la entrada de la Casa Blanca. Tuvieron una entrevista larga, a la que no asistí, ni yo ni nadie, porque como Carter hablaba español, no necesitaban intérprete. Creo que fue puramente formal. El grueso de la negociación lo harían los asesores. Ellos son los que pelearían. Carter y Torrijos se reservaban para sí el papel de los buenos, los cariñosos, los personales. Por supuesto, lo que estaba sobre el tapete era la guerra de Nicaragua.

Los sandinistas y el pueblo en armas, tenían ya militarmente derrotado al ejército de Somoza. Lo que se iba a negociar era la rendición de Somoza. Los Estados Unidos, que desde siempre apoyaron a Somoza, y que en ese momento seguían apoyándolo, querían para el bastardo, hijo legítimo de ellos, y para su ejército, una rendición condicional. Y los nicaragüenses, para detener de una vez la hemorragia masiva de su pueblo, estaban dispuestos a dársela.

Eduardo Contreras había dicho una vez que ellos, los sandinistas, eran "implacables en el combate y generosos en la victoria". Y lo son realmente, las dos cosas. La

guerra de Nicaragua, como la civil española, tiene mucha poesía, mucha canción, muchas frases bonitas. No que se hayan hecho sobre ellas sino que ellas mismas las hicieron, y no solamente con palabras y guitarras.

La cosa es que Estados Unidos no quería que se repitiese el precedente cubano de mostrarle a los pobres de América un ejército de los ricos derrotado. Además, la derrota militar de Somoza era también una derrota militar de ellos. Hasta última hora, desde su base aérea de Howard en Panamá, estuvieron enviando los pertrechos de guerra con los que el ejército de Somoza masacraba al pueblo. Yo recuerdo que en un momento dado el G-2 nuestro amenazó a los Estados Unidos con hacer pública una relación detallada del suministro bélico que le hacían a Somoza. Eso salió en la prensa. No recuerdo los detalles, pero quedó bien claro que la inteligencia panameña tenía bastante información al respecto.

Se iba a negociar, pues, eso: la rendición condicional del ejército de Somoza. Los Estados Unidos pondrían el cese inmediato del apoyo militar a Somoza, y los sandinistas pondrían generosidad en la victoria. Carter sabe las relaciones estrechas que tiene el General Torrijos con los sandinistas, sabe que su credibilidad entre ellos no tiene límites, y cuenta también, yo estoy seguro, con la teoría del General de que no son los ejércitos los enemigos naturales del pueblo. Y cuenta también, yo estoy seguro, con cierta lealtad que él, Torrijos, como militar de carrera, debe profesarle a la institución militar.

Lo que Carter no sabe es que Torrijos le tiene un odio visceral a Somoza. Precisamente porque Somoza y su guardia pretoriana son el mejor argumento contra su teoría de que los ejércitos pueden jugar un papel revolucionario, como casi lo hace el del Perú, y como quería él que lo hiciera el de Panamá. Y yo no creo que Carter haya sabido tampoco cuán entrañable era el amor que el General le tenía a esos muchachos sandinistas suyos.

El equipo panameño estaba sentado, con una mesa grande y larga de por medio, frente, y contra, el equipo norteamericano. En el bando de ellos, y como capitán del equipo, estaba Brzezinski, que ocupa en la administración de Carter el puesto que dejó Kissinger: Asesor de Seguridad Nacional, Jefe del Consejo de Seguridad Nacional, y en consecuencia de todas las ramas de la inteligencia. Tenía un rostro helado de gangster duro e inmisericorde. Comentaba el General después que como Brzezinski era polaco de origen, tenía que ser más realista que el Rey, más gringo que el chicle. El tenía que demostrar que era norteamericano, y eso lo hacía un negociador difícil.

Esta descripción de Brzezinski puede parecer exagerada y parcializada. Pero la verdad es que realmente son así, como en las caricaturas. Siempre que he ido a los Estados Unidos y he tenido que compartir, por ejemplo, el carro con los agentes de seguridad gringos, me he hecho el que no hablo ni entiendo inglés, con el propósito de oírlos en su intimidad. Son tan estúpidos que caen en una trampa tan elemental como ésa. Y así he comprobado que las caricaturas políticas que de ellos hacen son bien realistas. Por ejemplo, si ven a un negro por la calle, dicen: "Mira, ahí va ese *mother fucker* hijo de la gran puta". Cuando el conflicto que tuvo el General Torrijos con la Chiriquí Land Company, al que le dedicaré después un capítulo, llegaron a Panamá unos miembros de la compañía que incluso tenían la cara cortada y el cigarrillo terciado, como en las películas. Yo tampoco lo creería, de no haberlo visto con mis propios ojos.

Los norteamericanos, ahora ya hablando en concreto, en reales y centavos, además de que se salvaguardara el ejército de Somoza, que ya estaba vencido militarmente, querían que se nombrara a dos miembros más en la Junta de Gobierno que tomaría el lugar de Somoza. Por su-

puesto, ellos mismos decidirían quiénes iban a ser esos dos nuevos miembros. No les bastaban la Violeta Chamorro y el Alfonso Robelo.

Ya estaban todos sentados cuando llegó Marcel Salamín procedente de Costa Rica. Allí se había entrevistado con Sergio Ramírez y traía la última palabra de los nicaragüenses: "No".

Los nicaragüenses no daban el brazo a torcer. Y no lo dieron, a pesar de que el General les decía: "No dos más. Veinte, si quieren. Lo importante es el poder". Tengo entendido que Fidel Castro les aconsejaba lo mismo, pero los nicaragüenses, desde un principio, aceptaban consejos, pero nada más que consejos. Para que el triunfo fuese de ellos, tenían que arriesgar que lo fuese también la derrota.

En un momento dado de la negociación, el General se levantó y nos llevaron a una oficina. Como dije al inicio, creo que la de Bob Pastor. Después nos pusimos a caminar por los pasillos oscuros de la Casa Blanca, en medio de un silencio al borde mismo de estallar.

Entonces le pregunté: "Mi General, ¿qué estamos cediéndole a esta gente?" Porque en toda negociación uno cede ciertas cosas para obtener ciertas otras. Y de pronto tuve miedo de que los norteamericanos fuesen a robarse lo que ya le había costado a los nicaragüenses las mejores vidas de su mejor generación. El propio Sandino, cuya presencia era espesa, casi concreta, en esa habitación donde se llevaban a cabo las "negociaciones", había dicho que "La soberanía no se discute. Se defiende con las armas en la mano".

Además, recordé una discusión que tuvo el General con unos jóvenes revolucionarios salvadoreños. El los incitaba a que negociaran, a que buscaran alianzas, a que triun-

farán primero, y después, todo lo demás. Incluso les trajo al Coronel Majano para que hablaran con él. Por supuesto, nunca sacrificando la revolución, ni la dignidad. Si eso era el objetivo final, ningún medio podía contradecirlo, porque él nunca pensó que el fin justifica los medios. Al revés, los medios son los que pueden envilecer el fin.

El hecho es que uno de los dirigentes revolucionarios salvadoreños lo acusó de querer "mediatizar" la revolución. Más me dolió a mí que al General. En un aparte, y a solas, le dije que debía explicarles lo que él entendía por "negociación". Así lo hizo y la sangre no llegó al río. El malentendido se disipó completamente. Pero dicen que de la calumnia siempre queda algo. Y a mí, aparentemente, algo me había quedado de aquélla. Algo que me afloraba entonces, a unos cuantos metros de donde se estaba regateando el triunfo de la revolución nicaragüense mía.

Mi fe en el General Torrijos, cuando lo hube conocido, era absoluta. Y sé exactamente lo que la palabra "absoluta" quiere decir. Pero también lo era mi confianza, quiero decir, mi posibilidad de hablar con absoluta sinceridad. Y por eso mismo me atreví a hacerle una pregunta que había que entenderla, en el fondo, como entendía él las cosas, y por el contexto ése en el que estábamos, como una especie de reproche de estar mediatizando una revolución que tanto y tanto estaba costando, y que tan nuestra era.

El no se ofendió, pero tomó muy en serio mi observación, porque la entendió bien, sabía que no era una pregunta. Y me llamó "Chuchú", algo más bien insólito en él. Nuestras relaciones fueron profundamente políticas y profundamente personales, pero sólo muy pocas veces íntimas. Por lo general me llamaba "Sargento". Y cuando quería expresarme cariño, o respeto por los valores

académicos que represento, me decía: "Mi Sargento". Una vez, en Cuba, estaba él con Fidel Castro, y al pasar por donde yo estaba, se me cuadró militarmente. Quién sabe qué habrá pensado Fidel, que se me quedó mirando. Yo estaba uniformado y apenas si lucía dos humildes rayitas de cabo. Pero bueno, como ya dije más atrás, también he visto al General de Brigada Omar Torrijos cuadrársele militarmente a un niño desarrapado al borde de la carretera.

La cosa es que esa vez, allí, en la mitad de la noche, y en la boca misma del lobo, me dijo: "Mira, Chuchú, en esa mesa no solamente estamos sentados nosotros y los gringos. Hay alguien más".

Me gustaría recordar con rigor cada una de las palabras que dijo, pero desgraciadamente no puedo. Y no quiero alterar en lo más mínimo una de las lecciones más profundas que recibí de él. Lo que sí recuerdo bien es que yo le cité un pensamiento de André Gide, en el que dice que en toda gran obra literaria está metida la mano de Dios. Lo que quiere decir André Gide es que no es solamente el proyecto del escritor lo que se plasma en una obra maestra, sino más, muchas veces lo que el escritor ni siquiera sospechaba. El caso clásico es Don Quijote. Hasta el punto de que Unamuno dijo que Cervantes no lo había entendido nunca

"Sí —me dijo el General—, pero no es la mano de Dios. Es la de la historia". Y de allí pasó a hablarme de que había que contar con esa mano, porque era una mano amiga. Cuando lo es. No al extremo de dejarle toda la responsabilidad de la obra, pero sí "contabilizarla" dentro de los aliados. Citó el aforismo de los católicos: "A Dios rogando y con el mazo dando", pero cambiado a: "En la historia confiando y con el mazo dando".

En esta conciencia histórica fundaba Torrijos su siempre presente optimismo político, y ese ritmo pausado, sin prisas, que tenía su manera de ser y de caminar hacia esa "especie de socialismo" que tenía propuesto como meta. "Si hay alguna forma de que las cosas salgan bien, se puede confiar en que saldrán bien". Es exactamente la posición opuesta a la del célebre principio de Peter: "Si hay alguna forma de que las cosas salgan mal, saldrán mal".

Más o menos por esa época al General le dio por leer el libro de Peter, que por razones no literarias pero muy profundas, estaba teniendo un gran éxito en los Estados Unidos. De alguna manera, el libro había dado en el clavo. Por eso, no es casual la semejanza y dualidad del pensamiento del General con el de Peter. El General Torrijos ve en el principio de Peter el reflejo, por lo demás correcto, de que el imperialismo no solamente no puede contar con la historia, sino que puede contar con que la va a tener en su contra, con que, si le da la más mínima oportunidad, va a hacer que las cosas le salgan mal. Peter había descubierto lo que ni los generales ni los dirigentes del imperio podían reconocer: Que son enemigos de la historia. Que no tienen razón.

El imperialismo no puede negociar, pero tampoco puede reconocerlo. El conocimiento profundo de esto fue una de las armas más poderosas con las que el General enfrentó los problemas de su país y del área centroamericana en general. Y una de las razones por las que, como se deja entrever claramente en el Documento de Santa Fe, había que eliminarlo. Si bien el proyecto de Contadora y la agudización de las contradicciones del imperialismo con Nicaragua no se habían aún materializado, se podían prever fácilmente y había que prepararse para las batallas del futuro. Porque ellos saben, y desgraciadamente no se equivocan en esto, que precisamente por ser enemigos de la historia y de la humanidad, ellos están en

condiciones mentales y materiales de aniquilar a la humanidad y por ende acabar la historia. No es lo deseable ni lo probable. Pero de que pueden, pueden. El optimismo político debe ser regulado. "En la historia confiando y con el mazo dando". Y está bien que así sea, para que el triunfo sea nuestro, no de Dios. Digo, de la historia, del destino.

Lo que no pueden es ganar. Pero yo no creo que tengan una conciencia clara de eso. Si la tuvieran, serían protagonistas trágicos, y quienes los han tratado saben que son gangsters, con la cara cortada y el cigarrillo terciado.

Torrijos, pues, había descubierto el talón de Aquiles del águila imperial: No pueden negociar. Pero tampoco pueden reconocer que no pueden negociar. Y por eso mismo se les puede obligar a negociar, y a perder. Esta es la filosofía con la que se hicieron las negociaciones de los Tratados del Canal de Panamá, e igualmente las relativas a Nicaragua, esa noche profunda, para mí inolvidable, en Washington.

Allí se pactó el cese inmediato del apoyo logístico a Somoza, contra la promesa de los sandinistas de que la Cruz Roja, y no la ira del pueblo, desarmarían a la Guardia de Somoza. Además, los sandinistas se comprometieron a nombrar como Ministro de Defensa a un coronel Larios, que por lo visto no estaba tan manchado de las atrocidades de esa Guardia Nacional de la que sin embargo formaba parte.

Sucedió entonces que los restos del gobierno nicaragüense que dejó Somoza en su huida, con un tal Urcuyo a la cabeza, cínica e inesperadamente desconocen los acuerdos de Washington. Y sin embargo los sandinistas cumplen con esos acuerdos, a pesar de que habrían podido alegar que ya no estaban en obligación de hacerlo. Y cumplen porque el pacto fue con los Estados Unidos, no con Somoza. Es decir, con el amo, no con el siervo.

La situación tiene parecido con la que se da en nuestros días, en que los sandinistas, que no están dispuestos a negociar con la llamada contra, sí lo están para hablar con los amos de ella.

Habría parecido providencial el exabrupto de Urcuyo, cuando, tras la fuga de Somoza, en lugar de cumplir con lo que se había pactado en Washington, el señor Urcuyo rompe el acuerdo y se declara Presidente él mismo. Se ve clarito por la televisión la cara de sorpresa y de disgusto que pone el Embajador de los Estados Unidos en Managua. No contaba con la torpeza de ese señor, ni con los caminos imprevisibles, las trochitas, las grietas por donde se cuele la historia. Dejaron una forma de que las cosas les salieran mal, y les salieron requetemal. El ejército somocista se desbandó, ratificándose así el triunfo armado de los sandinistas. "La mano de Dios", habría dicho André Gide. "La de la historia", le corrige el General Torrijos.

Pero contar con la historia, y esto hay que repetirlo, para el General Torrijos no es contar con el destino. Los enemigos de la humanidad están en condiciones materiales y mentales no sólo de ir contra la historia, sino que de acabar con el mundo, y en consecuencia con la historia misma. Su optimismo político, que tanto le gustaba lucir, era una forma de abordar y realizar tareas, pero nunca una sustitución de esas tareas.

Confundir lo posible o lo probable, con lo fatal, no tener bien presente la distinción entre la historia y el destino, le daría a ellos la grandeza de la tragedia, en el sentido clásico griego. Estarían luchando contra lo que irremisiblemente terminará venciéndolos, a pesar de que íntimamente se saben condenados a la derrota. Serían héroes trágicos y no los gangsters miserables que son. Y por otra parte, esa confusión haría de nosotros alegres y confiados personajes de una obra mala de Jacinto Bena-

vente, un autor bien malo, candidatos seguros para la derrota final.

Nunca tenía prisa. Los que le conocieron recuerdan esa velocidad lenta, pero sostenida, con la que vivía, pensaba y hacía todas sus cosas. Sabía que el tiempo era su mejor aliado y que mientras más tiempo le tomaba realizar una tarea, más oportunidad le estaba dando para que también el tiempo "metiera su mano". Cosa importante, porque la magnitud de la tarea lo requería. Eso explica "esa" velocidad con la que conducía "la máquina de cambios sociales". Imprimirle una mayor, como le pedían los jóvenes, tenía el riesgo de que "se desmantelara la carrocería". No importa que lo acusaran de ir despacio. Lo que contaba era llegar.

De lo que sí no podía acusársele era de estar simplemente modernizando el *statu quo*, emparchándolo, curándolo. Por el contrario, a esos mismos jóvenes los exhortaba a que fuesen radicales, a que arrancasen de raíz la hierba mala, no a que la podasen. "Al sistema hay que matarlo —les decía—. Aunque sea de poquito en poquito, para que no patalee demasiado".

Y para conseguir tiempo tenía un gran instrumento: la negociación. Porque el General Torrijos siempre concibió la negociación como un medio, un instrumento, nunca un fin. Su propósito era "darle tiempo al tiempo", tenderle un puente al tiempo, a la historia amiga, para que ésta lo pudiese caminar holgadamente y llegar a su propia realización: el triunfo. El triunfo radical, nunca la mediatización, nunca una sustitución del triunfo por un triunfito parcial o un premio de consolación. Así se lo dejó bien en claro a los jóvenes revolucionarios salvadoreños que no le habían entendido bien, al principio, cuando él los incitaba a la negociación.

Años después, convencidos por sus propias razones o por las de Torrijos, ellos mismos buscaron las negociaciones con el Presidente Napoleón Duarte. Sólo que entonces el enemigo no quiere negociar. Se ha dado cuenta de que no le conviene, y busca cualquier pretexto para no tener que reconocerlo.

Y así también se lo oí explicar a Maurice Bishop, de Granada, cuando lo conoció en Cuba y yo le serví de traductor. Al General Torrijos le gustaba que yo le sirviera de traductor porque, decía él, mi inglés era el único que él entendía perfectamente. Lo decía en broma. Si le gustaba que yo le tradujese es porque él sabía que yo sabía lo que quería decir, y que se lo respetaba al pie de la letra. Jamás haría, ni se me ocurriría hacer, lo que un traductor oficial suyo hizo en Israel con la traducción simultánea de un discurso suyo. El General Torrijos se refirió, ante el pleno del gobierno judío, a su "gran amistad con Kadafi y Boumedienne", y el traductor, un señor muy gordo llamado Carrasco, no lo dijo. Por supuesto que lo acusé.

Pero quiero volver a Bishop, en cuya revolución el General había puesto mucho cariño, y por cuya conducción se preocupaba. Desgraciadamente no se equivocó. Como digo, se conocieron en La Habana, para la Sexta reunión Cumbre de Países No Alineados. Bishop fue a visitarlo para pedir el apoyo de Panamá en la consecución de no sé qué puesto para Nicaragua. No llegaron a ningún acuerdo. Por supuesto no porque el General no fuese un entusiasta del proyecto nicaragüense, sino que precisamente por serlo, pero con otro ritmo.

Cómo va Panamá a regatearle un puesto a los sandinistas en un organismo internacional. Acaso no le dio su propio puesto a Miguel D'Escoto, que entonces ni siquiera tenía gobierno, para que, desde la delegación panameña ante la OEA, impidiera la intervención que los Estados

Unidos, a través de ese organismo títere, maquinaba contra la revolución sandinista. Esa fue una invitación expresa del General Torrijos al actual Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua revolucionaria. Por supuesto que Torrijos no le dijo nada de esto a Bishop.

Bishop, entonces, en voz baja pero con intención, le reprochó al General su política "doble": Progresista en el exterior, pero en el interior sujeta al capital financiero. Como no pude traducir la saña subterránea de sus palabras, en lugar de traducirla, se la comenté. No movió un músculo del rostro. Por el contrario, lo invitó a Panamá y le preguntó qué podía hacer por su proceso. Entonces Bishop, sin retractarse, porque lo pobre no quita la elegancia, y con esa sencillez que Torrijos permitía, porque con él era bien fácil ser sincero, le pidió unos *walkie talkies* y unos revólveres para su policía.

Además de eso, Torrijos le dio entrenamiento a su policía. Recuerdo que asistió al acto de su graduación en el cuartel de Tinajita. Era conmovedor ver la fibra, como se dice en la jerga militar, de esos policías populares que algún tiempo después se enfrentarían a los marines yanquis. Ya para entonces, la amistad que había comenzado con ironía y saña inglesa (Bishop estudió en Inglaterra), se había consolidado profundamente sobre la base de la confianza y el respeto mutuo, y la mutua admiración.

El General, como he dicho anteriormente, tenía clara conciencia de que por la misma razón que él podía negociar, el enemigo no podía hacerlo. No cuenta con la historia quien sabe que si hay una forma de que las cosas salgan mal, las cosas van a buscar, y encontrar, esa forma, por muy escondida que esté, para salir efectivamente mal. Con lo que sí puede contar es que la tiene en contra. No tienen a Dios a su favor, pero sí al diablo en su contra. No pueden negociar. Pero sí se puede

obligarlos a negociar. En primer lugar, porque no pueden reconocer que no pueden negociar, sin admitir que son los enemigos de la humanidad. Y en segundo lugar porque, desamparados de la razón, se sienten débiles y son cobardes. Esto es, hay que negociar amenazándolos.

Que es exactamente como lo hizo el General Torrijos en relación con los Tratados del Canal. Y porque nunca consideró estas negociaciones como el final del asunto, declara públicamente al pueblo panameño, por la radio y la televisión, precisamente el día en que se ratifican en Estados Unidos los Tratados, que ni nuestras Fuerzas Armadas, ni los estudiantes, ni el pueblo en general, "deben perder nunca la capacidad de destruir el Canal".

Jugué un pequeño papel en el proceso de conseguir los medios para destruir el Canal. Desgraciadamente todavía no se puede dar mucho detalle sobre eso. Pero que nadie dude de que todo estaba dispuesto, y bien técnicamente además, para hacer buena la palabra del General: Si el Senado norteamericano no ratificaba los Tratados, "al día siguiente no iba a haber Canal". Esa fue la granada con la que se negociaron los Tratados.

El tiempo de los pueblos, y el de los hombres, tienen escalas diferentes. Un año en la vida de un hombre, que puede estar pletórico de acontecimientos, es apenas una fracción de segundo en la de un pueblo. Sólo una profunda conciencia de clase, como seguramente tenían los constructores de las pirámides y de las grandes catedrales góticas, puede premiarnos con la superación de nuestra individualidad para pensar en la escala del pueblo. Torrijos sabía que no llegaría a ese año dos mil, eje fundamental de los Tratados. "El que se dedica a redimir injusticias sociales . . ., no muere de viejo en una cama", dijo en una ocasión. Como los constructores de catedrales y pirámides, sabía que no llegaría nunca a ver su obra terminada, además no era él quien la hacía. La ha-

cía su pueblo, su clase, su generación. El se consideró solamente un "vocero" de ellos, nunca el "protagonista". Pero nunca dejó de estar profundamente orgulloso de que el pueblo lo había hecho su vocero. Siempre estuvo bien consciente de la importancia y la distinción histórica que esa misión conllevaba.

La filosofía individualista, tan elogiada y practicada por los detractores de la filosofía de los pueblos, fue siempre objeto de menosprecio por parte del General. Un poco como el "machismo" que no es cosa de hombres precisamente, el individualismo se da en individuos débiles que para poder sonar de alguna manera, le ponen tilde a la palabra "yo". Cuando el General Torrijos me daba sus escritos para que se los pasara en limpio, me pedía siempre que le eliminara la palabra "yo". El hablaba de "alpinismo generacional", de clases sociales, de pueblos, de comunidades. . . Y los concebía no como una suma aritmética de unidades individuales, sino como un todo que se inyectaba en el individuo.

Al caso, recuerdo un ejemplo que puso para ilustrar esto. El ejemplo se lo ponía a una organización guerrillera que pretendía disolver completamente, a la hora del triunfo con el que ya contaban, al ejército enemigo que combatía:

Una cosa es un grupo, una clase, una organización, y otra muy distinta es la suma de los individuos que lo componen. El todo del grupo, la clase, etc. . . ., no es la suma de las partes. Es más. Por ejemplo, un matrimonio no es $1 + 1$, un hombre más una mujer. Es mucho más que eso, y puede disolverse sin que le pase nada al hombre ni a la mujer. Es un hombre, más una mujer, más un mundo de relaciones bien especiales. Se puede matar un matrimonio sin hacerle daño a los esposos. Y se le puede hacer mucho daño a los esposos sin que el matrimonio sufra absolutamente nada.

El error del movimiento revolucionario salvadoreño, en un principio, fue no hacer esta distinción. Destruir al ejército dando de baja a todas sus unidades, no es la mejor forma de destruir la función del ejército como brazo armado de la oligarquía. Además, el ejército nunca va a negociar su licenciamiento. En principio, se debe poder destruir la función del ejército sin dar de baja a ninguna unidad. Y esto sí debe poder ser negociable. “Los Macho ‘e Monte son mucho más, otra cosa, que cien soldados campesinos. Hasta el punto de que se puede cambiar a cada uno de esos soldados, y la brigada especial sobrevive el cambio”.

Es la conciencia de que se es Macho ‘e Monte, la conciencia de que se pertenece al pueblo, o a una clase social, la que nos permite vivir en el tiempo, la historia y el ritmo de ese pueblo. . . , de pensar en su escala y de negociar con la paciencia y el optimismo propios del principio de Omar.

OMAR TORRIJOS Y LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL

por Dalys Vargas
(Primera Mención de Honor)

*La autora ha sido activista del Frente de Trabajadores de la Cultura y del movimiento de solidaridad con los pueblos. Trabajó cerca del General Torrijos desde 1979. En 1983 obtuvo el Premio Literario Omar Torrijos, en la sección de monografías, con el trabajo **Nacionalismo, internacionalismo y liberación nacional: Ideas en borrador**. Es asistente de José de Jesús Martínez en la dirección del Centro de Estudios Torrijista.*

“Es muy triste creerse importante porque se tienen armas, y a veces significa nada más que uno está para obedecer órdenes de los más ricos o, lo que es peor, de otros de afuera”¹.

OMAR TORRIJOS HERRERA

I

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 lleva al gobierno de Estados Unidos a poner en marcha un nuevo plan para América Latina, destinado a recortarle terreno a la imitación del ejemplo revolucionario y proteger así los crecientes intereses económicos norteamericanos en el área.

En los mismos días en que se preparaba la invasión de Bahía Cochinos, con participación y apoyo del Presidente John F. Kennedy, el Jefe de Estado norteamericano pronunció un discurso en la Casa Blanca en el cual anunció un conjunto de medidas que, según sus palabras, tenían el propósito de “realizar la revolución de las Américas y construir un hemisferio en el que todos los hombres abriguen la esperanza de lograr niveles de vida adecuados y en el que todos puedan vivir su vida en un ambiente de dignidad y libertad”².

¹ “El tronco donde se rasca el tigre”, entrevista concedida por el General Torrijos a Stella Calloni en septiembre de 1977. **Omar Torrijos, imagen y voz**, Centro de Estudios Torrijista, Panamá, julio de 1985, p. 163.

² Hernán Ramírez Necochea: **Los Estados Unidos y América Latina, 1930-1965**, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1966, p. 137.

El 16 de abril de 1961, un mes después del discurso de Kennedy, la isla caribeña se proclamaba el primer Estado socialista en América, y la invasión para derrocar al gobierno cubano terminaría en un gran fracaso para la contrarrevolución.

El agresivo anticomunismo que caracterizó a la política exterior norteamericana al finalizar la Segunda Guerra Mundial, política de "guerra fría" contra la Unión Soviética, que tuvo entre sus máximos exponentes al Secretario de Estado John Foster Dulles (1953-1959) y al Senador J. McCarthy (1946-1957), tomaría un nuevo giro. Dado que los compromisos económicos de la Alianza para el Progreso, asumidos por Estados Unidos con América Latina en la Conferencia de Punta del Este, Uruguay, en agosto de 1961, estaban subordinados a la estrategia defensiva y militarista del Pentágono, el mismo paquete traía, como complemento, la ideología y las prácticas de la "Doctrina de Seguridad Nacional".

Prolongación de la mentalidad expresada en la Doctrina Monroe en 1823 (América para los norteamericanos), que sería continuada por el panamericanismo prohijado en Washington, la Doctrina de Seguridad Nacional se hacía eco de las advertencias sobre la necesidad de defender al Hemisferio de cualquier agresión extracontinental, con la novedad de que ahora se consideraba prioritario identificar al enemigo dentro de cada país, como agente de esa supuesta agresión extracontinental. También, como elemento nuevo, se recomendaba a los militares latinoamericanos participar en programas para el mejoramiento económico y social de los sectores más pobres de la población, a fin de prevenir cualquier brote de lucha armada.

Desde mediados de 1961, los ejércitos integrantes del Pacto de Río (Tratado Interamericano de Asistencia

Reciproca, TIAR, de 1947) comenzaron a entrenarse en tácticas guerrilleras y antiguerrilleras en la U.S. Army Caribbean School (USARCARIB), fundada en 1949 en la Zona del Canal de Panamá. A partir de 1963, la institución pasó a llamarse U.S. Army School of the Americas (USARSA), o Escuela de las Américas, y se convirtió en un centro especializado en la doctrina militar dedicada a combatir al "enemigo interior". Allí se brindó adiestramiento para lograr "niveles más altos de profesionalismo, mayores capacidades en el mantenimiento de la *seguridad interna* y una mayor contribución militar al desarrollo", según se explicaba en un folleto de propaganda de dicha escuela. Los manuales de instrucción comenzaron a difundir términos como "guerra revolucionaria", "guerra subversiva", "acción cívica", "contrainsurgencia", "guerra convencional" o "guerra no convencional" y "estrategia de reacción flexible"³.

Kennedy inaugura así la era de la contrainsurgencia, la cual se ofreció como especialidad en el Fuerte Gulick, en la Zona del Canal. Allí, los "boinas verdes", o Fuerzas Especiales norteamericanas, creadas también en 1963, tendrían como alumnos a muchos de los oficiales que alcanzarían importantes posiciones de mando en América Latina. Los mismos boinas verdes actuarían como "asesores", siempre disponibles dentro de los "equipos móviles de entrenamiento" (Mobile Training Teams, MTT), "unidades altamente especializadas en diversas técnicas militares (empleo de armas ligeras, mantenimiento de vehículos, construcción de caminos

³ Ver Renato Pereira: **Panamá: Fuerzas Armadas y política**, Ediciones Nueva Universidad, Universidad de Panamá, 1979, p. 113 y Andrés Campos: "El Comando Sur de EE.UU. en Panamá y la guerra especial de contrainsurgencia en Centroamérica", **Praxis centroamericana**, revista semestral No. 3, CEASPA; Panamá, julio-diciembre de 1983, pp. 132-133. El subrayado es nuestro.

y carreteras, guerra en la selva), con gran capacidad de traslado e improvisación de cursos didácticos” en cualquier país que los solicitase⁴.

Tal como la desarrollarían sus ejecutores en América Latina, el eje de la Doctrina de Seguridad Nacional sería

una nueva concepción de la geopolítica, la cual, en lugar de preocuparse de la influencia de los factores geográficos en la política general de un Estado, pretende configurar la geografía misma a partir de determinadas premisas políticas [. . .]. La geopolítica no es ya más una ayuda en una lucha entre Estados sobre y a propósito del espacio terrestre; en realidad juega su rol en una lucha política entre grupos internos por la hegemonía dentro de un Estado-nación [. . .]. Partiendo de la situación de “guerra fría”, todo esfuerzo nacional de descolonización, toda guerra nacional de liberación y todo proceso nacional de cambio social es medido y ponderado en función de su significado para uno u otro de los sectores que disputan la hegemonía mundial [. . .]. Toda la política nacional es concebida defensivamente y reorientada en función de la suprema meta de la seguridad, lo que exige el desplazamiento de los políticos por los estrategas [. . .]. Para la DSN, la consecución de los objetivos nacionales [sólo puede lograrse en] una guerra total y permanente, que en la medida en que la generalidad de las acciones no son estrictamente bélico-militares, se convierte [. . .] en una guerra de tipo psicológico [. . .]. Bajo esta forma de política, la sociedad se encuadra dentro de las exigencias de una guerra interna de carácter anti-subversivo contra el enemigo común [. . .]. El mito de la guerra es fuertemente socializado por la población por medio de la manipula-

⁴ Andrés Campos, *ibid.*, pp. 137-138.

ción de opiniones, situación que necesariamente deviene en la sensación de inseguridad de los individuos [. . .]. Este condicionamiento colectivo constituye el sostén para la imposición de sacrificios a la población, inherentes a este tipo de guerra. La suspensión de sus libertades y derechos individuales, la subordinación de sus expectativas, demandas y disputas a las necesidades de la guerra interna deben ser aceptadas como necesarias para la salvación del grupo social [. . .]. Algunos de los medios empleados son bien conocidos. La profusión de propaganda y el uso intensivo y extensivo de todo tipo de slogans, el férreo control de los medios de información y el uso discrecional de los mismos; y se manipula abiertamente el sistema educacional en todos sus niveles. Al lado de estos elementos, la DSN usa, además, preferentemente, otros dos: el terror y el campo de concentración [. . .]. La determinación concreta de los objetivos nacionales [que activan la doctrina] corresponde a los respectivos Consejos de Seguridad [. . .]. La falta de fundamento democrático del poder político y la carencia de límites sustantivos y de procedimientos a la voluntad político-jurídica del gobernante, colocan al Estado y a quien lo detenta por sobre el derecho⁵.

La ideología de la Seguridad Nacional le resultó sumamente conveniente a las oligarquías latinoamericanas durante la década de 1960 para reprimir el descontento social surgido de las condiciones de atraso y de miseria en las que tenían sumidos a sus pueblos. La insurgencia armada que se produjo en diferentes partes del Continente —destacándose la guerrilla dirigida por el

⁵ Alfredo Ruscio: **Militares latinoamericanos por la Patria Grande**, resumen del Foro sobre Defensa Nacional y Latinoamericana, convocado por la Unidad Argentina Latinoamericana (UALA). Obra inédita (1984), pp. 8-13.

Che Guevara en Bolivia—, fue prácticamente liquidada. Por su parte, el imperialismo norteamericano encontró en esa ideología una cómoda justificación para agresiones perpetradas con la intervención de su Agencia Central de Inteligencia (CIA), tales como la masacre de panameños realizada por el ejército norteamericano en 1964 (¡a manera de estreno de la “contrainsurgencia” enseñada en el propio Panamá!); el derrocamiento de João Goulart en Brasil ese mismo año; la invasión de la República Dominicana en 1965; el derrocamiento del Presidente boliviano, General Juan José Torres, en 1971, y su posterior asesinato, y el derrocamiento y asesinato del Presidente Salvador Allende en Chile, 1973.

La doctrina fue particularmente útil a Estados Unidos para contener el repunte de las luchas populares en la década de 1970, cuando América Latina pasó a ser de primera importancia para la economía norteamericana dentro del marco de la peor crisis experimentada por el capitalismo en su historia. Los Videla, Viola, Bánzer, Pinochet, Costa e Silva, Pacheco Areco, Stroessner y demás dictadores sanguinarios, alumnos aventajados de los militares norteamericanos y fieles creyentes en la Doctrina de Seguridad Nacional, metieron en la cintura estrecha del hambre y la opresión a sus pueblos, para permitir el saqueo de las riquezas de sus países y la inmisericorde explotación de sus trabajadores en manos de los monopolios transnacionales, en su mayoría norteamericanos. Todo ello en nombre de supuestos sagrados objetivos nacionales y en defensa de los “valores occidentales”.

La Doctrina de Seguridad Nacional fue promovida por el Departamento de Defensa de Estados Unidos precisamente en los años en que se intensificó la internacionalización de la producción capitalista a través de las empresas transnacionales, desde fines de la década de 1950.

Detrás de esas empresas vinieron los bancos transnacionales. En otras palabras, el capital financiero internacional, que entrelazaba intereses norteamericanos, europeo-occidentales y japoneses (en unidad y lucha de contrarios), succionando los capitales generados en los países subdesarrollados, completó su dominio hegemónico en todos los rincones del globo en donde impera el sistema capitalista.

Arturo Sist y Gregorio Iriarte enfocan esos años así:

Durante todo el período que comprende desde 1958 hasta el advenimiento de Carter, América Latina fue sólo marginalmente necesaria a la economía de los EE.UU. La actividad económica norteamericana encontró sus mercados más amplios y favorables en Europa y en Japón. América Latina y el Tercer Mundo sólo paulatinamente fueron tomando importancia desde 1960, como fuente de materias primas.

A partir de 1968 se fueron vislumbrando graves dificultades dentro del sistema económico capitalista: la fuga masiva de oro de los EE.UU., la inestabilidad y subsiguiente devaluación del dólar, las maniobras especulativas en el mercado de los "eurodólares". . . Fuera de estos problemas, el mundo capitalista entró en un período donde los términos quasi contradictorios de inflación-recesión aparecieron simultáneamente como indicadores inconfundibles de una crisis estructural y por lo tanto profunda y persistente⁶.

⁶ Arturo Sist y Gregorio Iriarte: "De la Seguridad Nacional al trilateralismo (Razones por las que el gobierno de Carter defiende la vigencia de los derechos humanos)", en **Carter y la lógica del imperialismo**, de Hugo Assman (editor) *et al.*, Tomo II, Colección DEI, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1978, pp. 216-217.

Omar Torrijos y otros oficiales jóvenes tomaron las riendas del Estado justamente en 1968, año éste —o el anterior, 1967— que diferentes estudiosos coinciden en señalar como el principio de una depresión económica internacional peor que la de los años '30, "stagflación" que, aunque ha dado paso a momentos de aparente recuperación, no se detiene y se profundiza a lo largo de la década de 1970, hasta alcanzar las proporciones que tiene hoy.

II

Pocos discuten en Panamá que el golpe de 1968 se produjo como resultado de la profunda crisis del dominio oligárquico, descontrol evidenciado en la campaña electoral de ese año. "En la crítica pugna electoral de 1968, escenificada por esa clase dominante, la Guardia Inter vino varias veces como árbitro final de los profundos desacuerdos oligárquicos"⁷. Sin embargo, el detonante inmediato fue "el instinto de conservación profesional"⁸: Los militares derrocan a Arnulfo Arias, a sólo once días de su ejercicio como Presidente de la República, cuando él decreta la jubilación de los dos primeros Comandantes de la Guardia Nacional, designa como Comandantes a dos oficiales que seguían en el escalafón militar, traslada a gran parte de los Mayores "a lugares en que no tenían sino un precario mando de tropas", y coloca a la Guardia Presidencial bajo órdenes del Edecán del Presidente de la República⁹. Al Teniente Coronel Omar Torrijos se le tenía preparado su desplazamiento a un cargo en el servicio exterior.

7 Humberto E. Ricord: *Los clanes de la oligarquía panameña y el golpe militar de 1968*, Colección Política y Sociedad en Panamá, No. 5, Panamá, septiembre de 1983, p. 133.

8 Renato Pereira, *op. cit.*, p. 117.

Humberto Ricord, *op. cit.*, p. 104.

Pero la irrupción en el poder fue posible debido a la completa pérdida de credibilidad pública en los clanes oligárquicos que controlaron el Estado desde su creación, enriqueciéndose ostentadamente, de espaldas a las necesidades básicas de una población cada vez más numerosa y más dispuesta a tomarse las calles para exigir sus derechos. El crecimiento económico de la década de 1960, que alcanzó la alta tasa promedio del ocho por ciento (8 0/0) anual¹⁰, reforzó la pésima distribución de la riqueza, y los pocos esfuerzos de modernización capitalista impulsados dentro del espíritu de la Alianza para el Progreso fueron rechazados obstinadamente por los grupos económicos tradicionales.

Por otro lado, los sucesivos gobernantes no habían podido resolver lo que la mayoría de los panameños habían reconocido como la contradicción principal de la nación panameña: la presencia colonial norteamericana en la Zona del Canal.

A lo largo del siglo, todas las clases sociales fundaron grandes expectativas en la recuperación del Canal, unas con la aspiración patriótica de reafirmar la soberanía y la independencia de Panamá, y todas con la esperanza de recibir los beneficios correspondientes al rescate del principal recurso natural del país. Los proyectos de tratados presentados por el gobierno en 1967 para establecer nuevas relaciones con Estados Unidos fueron repudiados por la opinión pública. Se consideró que no estaban a la altura del sacrificio de los panameños que murieron y fueron heridos en las jornadas de enero de 1964, año en que se produjo la ruptura de relaciones entre Panamá y Estados Unidos, sólo reanudadas cuando el

¹⁰ Partido Revolucionario Democrático, Comisión Económica: **Lineamientos generales para la formulación de una estrategia nacional de desarrollo 1985-1995**, Panamá, mayo de 1985, p. 5.

gobierno norteamericano se comprometió a entablar negociaciones con el objeto de acabar con las viejas causas de conflicto existentes entre las dos naciones.

Estas realidades explican porqué las tempranas pugnas entre los oficiales que se tomaron el poder en 1968 se resolvieron en favor de una orientación antimperialista y reformista, que se fue alejando del primitivismo de los "Postulados de la Revolución sin dictadura y la libertad con orden" anunciados por la Junta Provisional de Gobierno al cumplirse la primera semana del nuevo gobierno militar¹¹.

11 El documento comenzaba así: "Los siguientes son los postulados permanentes e invariables del Movimiento de la Restauración de la República, que tuvo su origen en la noche del 11 de octubre de 1968. PRIMERO: Adecentamiento efectivo e inmediato de la Administración Pública y repudio absoluto al comunismo". (Humberto Ricord, *op. cit.*, p. 137.)

Rómulo Escobar Bethancourt afirma que hubo "tres corrientes principales en la marea de acontecimientos del primer año de la revolución [. . .]. Las figuras cimeras de esas corrientes eran Boris Martínez, Ramiro Silvera, Amado Sanjur y Omar Torrijos [los cuatro, militares]. [. . .] a) La [corriente] que pugnaba por la implantación de un régimen militar estricto sin ninguna participación en el poder de otra fuerza orientadora o copartícipe de la responsabilidad, o sea el golpe consabido en América Hispana, que se traduce en una dictadura militar sin apertura ni término; b) La que pugnaba por la implantación de un régimen al estilo del derrocado, pero con nuevas caras de políticos; de tal manera el binomio Guardia Nacional-oligarquía se presentaría con un maquillaje que aguantaría algunos años, aunque no tocara la problemática fundamental que generó el golpe revolucionario como respuesta al deterioro acelerado de la situación sociopolítica del país; y, finalmente, c) Los dispuestos a realizar transformaciones sociales y políticas de carácter revolucionario, nacionalista y democrático y haciendo énfasis en el nacionalismo como tendencia ideológica frente al entreguismo tradicional de los gobernantes panameños ante la presencia colonial de los Estados Unidos en nuestro territorio". (Rómulo Escobar Bethancourt: **Colonia americana, ¡no!**, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1981, pp. 82-83.)

Por su preparación, la Guardia Nacional bien pudiera encontrarse en esos momentos en la élite de la contrainsurgencia en América Latina.

En efecto, de 3,369 militares latinoamericanos entrenados en el solo año de 1966 por los Estados Unidos en el extranjero, es decir, en las distintas escuelas de la Zona del Canal, 757 eran oficiales, clases y tropas de la Guardia Nacional panameña rigurosamente seleccionados, contra sólo 305 venezolanos, 241 peruanos, 214 colombianos, 158 brasileños y 59 guatemaltecos, todos estos últimos entonces implicados en operaciones contra guerrillas rurales y urbanas¹².

Dentro de la Guardia, el propio Omar Torrijos era quien más cursos había recibido en operaciones en la selva, guerra de guerrillas, operaciones de contrainsurgencia y cursos superiores de Comando y Estado Mayor, tanto en las escuelas norteamericanas en la Zona del Canal como en Estados Unidos. Ello, además de su educación como soldado de infantería en El Salvador, cuna de los militares que tan salvajemente han ahogado en sangre a su pueblo al servicio de las clases dominantes y de los intereses norteamericanos.

Además de las razones históricas ya señaladas para el predominio de una postura antimperialista, existen otras dos razones muy poderosas: 1) la extracción social, campesina y popular, de la mayoría de los miembros de la Guardia Nacional, sin excluir a sus oficiales, y 2) el resentimiento de las Fuerzas Armadas panameñas por la presencia castrante del ejército norteamericano.

¹² Renato Pereira, *op. cit.*, p. 114. El Dr. Pereira cita datos ofrecidos por Roberto F. Case en "El entrenamiento de los militares latinoamericanos en los Estados Unidos", *Aportes* No. 6, París, oct. de 1967, p. 55.

no en Panamá. No podemos perder de vista cómo estos elementos configuraron el importante papel del individuo —en este caso, Omar Torrijos— en la historia.

El General Torrijos siempre recordó su origen social con un sentimiento de lealtad. Vilma Ritter lo describe así:

Omar Torrijos Herrera había nacido en el seno de una familia de maestros rurales. Por su origen social, no tenía vinculaciones que lo unieran a la oligarquía urbana o a la jerarquía de la iglesia. Torrijos [. . .] nace y se educa en una de las provincias que reflejan con mayor fidelidad estructuras arcaicas tanto a nivel social como a nivel político. En Veraguas encontramos problemas comunes a otras naciones agrarias latinoamericanas: latifundio, marginalización del indio, control oligárquico del poder económico-político. La Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena en la ciudad de Santiago, capital de la Provincia de Veraguas, introduce un elemento modernizador [. . .]. Dicho centro educativo se convirtió en un semillero de la incipiente clase media rural y de las clases marginadas. Los jóvenes estudiantes de fines de los años treinta, del decenio del cuarenta, a través de las ideas comunicadas en este plantel fueron tomando conciencia de la condición humana de sus coterráneos, de la situación nacional. Hay que tener en cuenta también la circulación de las ideas socialistas y de otras corrientes de pensamiento surgidas después de la Primera Guerra Mundial. Testimonio elocuente de este clima intelectual es la producción literaria, periodística de los jóvenes veraguenses de este período. Poemas, novelas, cuentos, ensayos, reflejaban inquietudes sociales, manteniendo una permanente denuncia de las injusticias y de sus clamores nacionalistas. Este ambiente es evocado constantemente por el General Torrijos para racio-

nalizar sus preocupaciones de carácter social y nacionalista¹³.

Es un hecho conocido la participación del joven Omar Torrijos en las luchas reivindicativas estudiantiles de su tiempo, al igual que su militancia en un frente popular antifascista durante la Segunda Guerra Mundial. En Panamá, las manifestaciones antifascistas generaron un clima de simpatía por la URSS. Terminada la guerra, su ciudad natal, Santiago de Veraguas, fue uno de los poblados de mayor beligerancia en la movilización que conmovió a todo el país con el propósito de desmantelar los sitios de defensa norteamericanos que brotaron como hongos a lo largo de la República durante el conflicto mundial. La protesta popular culminó en el rechazo del Convenio Filós-Hines de 1947, que pretendió legalizar esas bases militares.

Los compañeros de infancia y de juventud recuerdan la marcada tendencia de Omar a defender a los más pequeños y débiles cuando eran humillados. (*“Tengo una cortada por aquí [. . .], un palazo por aquí, producto de riñas callejeras [. . .], producto de problemas que me buscaba con los más grandes por estar defendiendo a quien era humillado. Mi padre también; mi padre y mi madre nos inculcaron una actitud muy colectivista”*¹⁴). Hay quienes aseguran que el joven Torrijos ayudó a cortar cercas en confrontaciones de los campesinos con los latifundistas¹⁵.

13 Vilma Ritter: “Omar Torrijos Herrera y la teoría militar”, revista **Lotería**, edición especial de agosto-diciembre de 1981, Volumen 1, pp. 57-58.

14 “Omar, visto por sí mismo”, entrevista de televisión concedida por el General Torrijos a Fernando González Pacheco en julio de 1977. **Omar Torrijos, imagen y voz**, *op. cit.*, p. 121.

15 En entrevista concedida a la autora el 7 de septiembre de

El adolescente que obtiene una beca para estudiar en la Escuela Militar “Capitán General Gerardo Barrios” en 1947 —justamente en el año en que se crea el TIAR, y es rechazado el Convenio Filós-Hines en Panamá—, regresa como Subteniente e ingresa a la Policía Nacional el 19 de febrero de 1952, en plena guerra fría. La Policía operaba en su seno un proceso de transformación profesional bajo la comandancia del Coronel José Antonio Remón. Dicho Coronel, furibundo anticomunista, cuyo macartismo costó carcelazos a muchos luchadores populares, encaminó cambios en la institución para convertirla en ejército a partir de 1953, año en que toma el nombre de Guardia Nacional. Allí comienzan a acudir en número creciente jóvenes provenientes de diversas academias militares. Ellos comenzaron a rebelarse contra el empirismo prevaleciente y buscaron hacer respetar su condición profesional. Profesionalismo que, por otro lado, era estimulado en los cursos que recibían en las escuelas militares de la Zona del Canal¹⁶.

1984, Carlos Francisco Changmarín, al preguntársele sobre esto, señaló: “En Santiago, el Partido [del Pueblo] se funda en 1951, su primera célula. Pero anterior a esa fecha, se había fundado otra célula que no tuvo continuidad, y que la dirigió un señor que se llamó Miguel González, hermano de Manuel Celestino González, tío de Gerardo González. Miguel González es el que inicia en Veraguas la lucha campesina. Y el primero que intenta la organización obrera. Eso es un hecho. No era un hombre con suficiente formación ideológica, pero tenía, vamos a decir, una conciencia espontánea, antilatfundista, anticlerical y antimperialista [. . .]. Este hombre levantaba a los campesinos a la lucha [. . .]. Se dice que [Omar] lo acompañaba en las giras, como soporte que se dio muy típicamente en la [Escuela] Normal, de ligazón del estudiante con el movimiento campesino”.

¹⁶ En la entrevista concedida a F. González Pacheco, el General dice: “*Eramos los primeros oficiales que veníamos de academia, en una institución gobernada por empíricos; gente con un gran componente humano, pero con ciertos jefes ambicio-*

Renato Pereira describe la situación de esa Guardia Nacional así:

Todo el operativo de inteligencia de la Guardia Nacional —a diferencia del peruano, el colombiano y el uruguayo, por ejemplo, que comprendían la recolección, evaluación y explotación de datos múltiples, prácticamente sobre todas las clases, situaciones y problemas sociales aunque dirigido al mismo objetivo de la seguridad interior—, se concentraba [en Panamá] exclusivamente en los elementos calificados como comunistas y en las organizaciones estudiantiles, sindicales y campesinas. Durante no poco tiempo después del 11 de octubre de 1968, en los murales de la mayoría de los cuarteles de la Guardia Nacional seguían exhibiéndose las fotografías de los dirigentes populares bajo el rótulo: “Estos son tus enemigos, conócelos”. El SIM (Servicio de Inteligencia Militar), que en ausencia del más mínimo aparato de formación cultural, ideológica, política o científica, devino algo así como la “entidad cerebral” de la Guardia Nacional, estuvo siempre bajo la dirección práctica de un agente del DIA (Defense Intelligence Agency), del Pentágono, con oficina propia en los locales del servicio¹⁷.

... sos y deshonestos que tenían como premisa filosófica: ‘Mientras más brutos, más leales’. Y muchas veces tuve yo que hacer el papel de bruto, sin tener mayor vocación para ello. Llegué a entender que era mucho más fácil cambiar esas estructuras desde dentro que desde fuera. De allí fuimos formando un equipo de oficiales, y diecisiete años después, pudimos tomarnos el poder y tratar de corregir aquellas cosas que uno palpaba, que uno veía cuando comandaba pelotones de fusileros de orden público. Uno palpaba que aquella inquietud del pueblo, aquella rebelión del pueblo, tenía un alto contenido de verdad”. (Ibid., p. 122.)

¹⁷ Renato Pereira, *op. cit.*, p. 117.

La memoria colectiva guardaba el recuerdo de la situación todavía más humillante existente antes del Tratado Arias-Roosevelt de 1936. Por el interés norteamericano en construir el Canal, nuestra independencia fue mediaticada en 1903, y el ejército panameño fue disuelto tempranamente, dentro de las medidas tomadas para asegurar la "pacificación" del Istmo —pacificación que también le había costado la vida a nuestro héroe nacional, Victoriano Lorenzo—. La Constitución de 1904 le otorgaba a Estados Unidos la función de defender al país y de intervenir para conservar el orden público, reduciendo a Panamá a la condición de protectorado.

Al respecto, señala Vilma Ritter:

Lo relevante en el desmantelamiento del cuerpo militar nacional es que su disolución no impidió las intervenciones militares en la política. En lugar de ser una institución militar nacional que interveniría en los asuntos civiles y políticos, era el ejército de los Estados Unidos el que efectuaba esta tarea. Las facciones políticas nacionales adoptaron como práctica dirimir sus diferencias por el control del poder, recurriendo a intervenciones militares norteamericanas. Así, el fenómeno clásico de las intervenciones de los militares en la política que se daba en toda América Latina, en el caso de Panamá adoptaba una característica de evidentes signos paradójicos: una Nación que se decía sin ejército, recurría constantemente a una fuerza militar extranjera para moldear el espectro político interno [. . .]. Este tipo de intervención militar [. . .] no sólo afectaba el equilibrio institucional interno, necesario a la consolidación institucional de la República, sino que también propiciaba a mediano y largo plazo la profundización de un sentimiento antiimperialista en los nacionales, ya que la constante presencia de tropas extranjeras en el país [. . .]

aumentaba el resentimiento antinorteamericano en las más amplias capas de la población ístmica¹⁸.

En 1925, el ejército de Estados Unidos intervino en Panamá, a solicitud de la oligarquía, para reprimir sangrientamente una huelga de no pago de alquileres, la primera gran sublevación social de la nueva República. Los trabajadores protestaban por la grave situación de desempleo existente al finalizar las obras de construcción del Canal.

Torrijos deja temprano testimonio de su decisión de luchar por el rescate de la soberanía nacional:

En una declaración al diario norteamericano *Miami Herald*, hecha inmediatamente después del golpe y destinada a aclarar la posición del régimen militar con respecto a las negociaciones de un nuevo tratado con los Estados Unidos, él daba el tono: *"Los cinco mil miembros de la Guardia Nacional son ciudadanos panameños orgullosos de su nacionalidad y creo resumir su pensamiento al decir que ellos piensan que la patria es primero"*¹⁹.

Años después, dirá:

"A veces yo sentía, secretamente, vergüenza. Uno decía: 'Soy panameño', y no faltaba alguno que nos miraba como diciendo: 'Ah, si. . . , hijito de los gringos'. Era como si no existiéramos. Era como si no tuviéramos tierra debajo de los pies, como si este país, este verde, esas casas que tú ves ahí, esta gente, como si nada de esto existiera [. . .]. Eso es

¹⁸ Vilma Ritter, *op. cit.*, p. 55.

¹⁹ Renato Pereira, *op. cit.*, p. 126.

colonialismo. Esa sensación de no estar, de no saber cómo es uno en la realidad. Cuando uno puede caminar por donde quiere, comienza a saber también qué es lo que quiere y hacia dónde quiere ir"²⁰.

En 1974, el General Torrijos diría a jóvenes dirigentes argentinos, reunidos con él en su residencia de Farallón:

*"Ahora mismo tenemos soldados en el Medio Oriente [en la fuerza de emergencia de las Naciones Unidas] y están cuidando el Canal de Suez. Aunque no sea nuestro, estamos cuidando un canal, para que no salga otra generación traumatizada. Y todos se querían ir para allá. Porque tenemos el complejo de cuidar canales, ya que no podemos cuidar el que es nuestro"*²¹.

Sobre el entrenamiento en la Escuela de las Américas, les dijo:

*"No es fácil adoctrinar a un hombre. Y a nosotros menos, porque [a los norteamericanos] los tenemos aquí, dentro de nuestra propia patria"*²².

20 "El tronco donde se rasca el tigre", *op. cit.*, p. 154.

21 "Diálogo en Farallón", Omar Torrijos, *imagen y voz*, *op. cit.*, p. 51.

22 *Ibid.*, p. 50. En 1980, diría: "Un país ocupado es un país resentido. Y nosotros estábamos resentidos porque el Comando Sur que está en la Zona del Canal siempre nos utilizaba como primera línea de combate contra nuestro pueblo. Se fue creando otra mentalidad. Ellos tratan de cocacolarlo a uno. Quitarle identidad. Pero ahora ven que la cosa se les está yendo de las manos". Más adelante, puntualizó: "Dentro de cinco años, de acuerdo a los Tratados [Torrijos-Carter], la Escuela [de las Américas] desaparece". ("La revolución nicaragüense es un ejemplo", entrevista concedida a Neiva Moreira. Omar Torrijos, *imagen y voz*, *op. cit.*, pp. 197-198.)

Obviamente, la ocupación militar norteamericana chocaba con la tradicional función de los ejércitos —en este caso, las Fuerzas Armadas panameñas—, de defender la soberanía nacional. La existencia de la Zona del Canal de Panamá era una permanente provocación para los militares que reconocían como un deber fundamental defender la integridad territorial. Quedaría claro que, para Omar Torrijos, tomarse al pie de la letra las prédicas norteamericanas sobre el “enemigo interior”, en un país invadido por los propios predicadores, era como obligarlo a comulgar con ruedas de molino. Sobre todo a partir de la masacre de enero de 1964. Y particularmente después del contragolpe que trató de desplazarlo en diciembre de 1969, fracasada conspiración de algunos de sus compañeros de armas, manejados por la CIA, en contubernio con el Consejo Nacional de la Empresa Privada (CONEP).

III

Manuel Antonio Noriega ha señalado que “Torrijos transformó el fundamento velado de la Acción Cívica, [consistente en] buscar comunistas en las áreas rurales, en un plan de desarrollo comunal en donde la población tuviese su papel principal de ejecutor”²³.

Por su parte, Roberto Díaz Herrera ha escrito:

Es lógico que frente a los esquemas militares clásicos de Latinoamérica, el General Torrijos apareciera como un “apóstata” que contrariaba la doctrina regular de los ejércitos latinoamericanos, para los cuales su misión principal, aparte de la defensa de sus fronteras, era el ataque a la “subversión”, y

²³ Manuel Antonio Noriega: “Fundamentos y evolución de un jefe”, revista *Lotería*, *op. cit.*, p. 101.

subversión ha tenido para estos la equivalencia a la lucha contra las izquierdas únicamente. Lo que quiere decir que en sus ecuaciones no contaba para nada ni el abandono social de los gobiernos a los grupos marginados, ni la complicidad de los regímenes políticos y las Fuerzas Armadas con el capitalismo más cruel y frío, lo que a la postre ha significado desde mucho tiempo atrás una continua agresión de los grupos más recalcitrantes de derecha hacia los sectores más humildes²⁴.

El General Torrijos buscó establecer lo que por mucho tiempo llamó la "yunta pueblo-gobierno", en la cual la Guardia Nacional cumplía una amplia labor de apoyo al desarrollo económico y social del país. También promovió activamente la politización del Instituto armado, con un contenido de sensibilización social y en un sentido antimperialista. Desde los primeros meses de su consolidación en el mando, luego del fallido contragolpe de fines de 1969, el General Torrijos no vaciló en incorporar a su gobierno a conocidas figuras de la izquierda panameña, un buen número de los cuales habían militado en el Partido del Pueblo, partido comunista de Panamá. Con Torrijos al frente de la Guardia Nacional, el país estaría libre de presos políticos y la izquierda mantendría un espacio de acción bastante holgado.

El nuevo régimen abrió sus puertas en los más altos niveles a la participación de las cada vez más fuertes capas medias que, durante décadas, habían luchado por salir del marginamiento en el que las mantuvieron los gobiernos oligárquicos. En la lucha por la recuperación de la Zona del Canal, el General buscó preferentemente el

24 Roberto Díaz Herrera: "Breve reseña de Omar Torrijos H. y su impacto en la doctrina militar latinoamericana", *ibid.*, pp. 38-39.

apoyo de los sectores más humildes de la población, que alcanzaron importantes conquistas sociales, tales como las nuevas leyes de vivienda, la creación de los asentamientos campesinos, la ampliación en la cobertura de la seguridad social y de otros servicios de salud pública y la promulgación del Código de Trabajo de 1972. Dialogó con obreros, campesinos, estudiantes y amas de casa, en infatigables giras y encuentros personales. Fueron estos grupos los que llenaron mayoritariamente las filas de la nueva Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos, sistema de participación que superó en muchos sentidos a la vieja democracia partidista. También se acercó a los sectores empresariales, buscando incorporar los al gran frente anticolonialista que fue construyendo con tanto empeño.

Frente al exclusivo predominio de la empresa privada en la economía, propició la creación del sector estatal, el sector mixto y el sector asociativo. Esto tenía una importancia estratégica, ya que, si se sumaban a estos nuevos sectores los bienes e instalaciones revertidos de la Zona del Canal —posteriormente declarados de dominio público—, se abría un mayor espacio de maniobra política a los sectores interesados en un verdadero desarrollo nacional, sobre todo luego de la integración del fuerte contingente de trabajadores organizados de la Zona del Canal al resto de la clase obrera panameña, formando un solo cuerpo con un nuevo potencial de lucha.

La agresiva política exterior conducida por el General Torrijos sacó a Panamá del estrecho marco de la lucha bilateral con Estados Unidos, al aprovecharse al máximo los foros internacionales, sumar a nuestro país al Movimiento de Países No Alineados²⁵, establecer rela-

²⁵ No olvidemos que el propio concepto de no alineamiento rechaza la división del mundo en bloques defensivos y condena la participación en pactos militares, buscando la reducción de los gastos en armamentos, para canalizar esos recursos en beneficio del desarrollo económico y social de la humanidad.

ciones con países socialistas y promover la unidad latinoamericana. Esto último, dando pasos concretos tales como la participación activa de Panamá en la creación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y su liderazgo en la fundación y posteriores actuaciones de la Unión de Países Exportadores de Banano (UPEB). El apoyo de Torrijos al derrocamiento de Somoza y las conversaciones que sostuvo con los movimientos revolucionarios de todo el Continente sólo pueden entenderse como expresión de un profundo compromiso latinoamericanista, que partía de la conciencia de que nuestro pequeño país no podía aspirar a rescatar la Zona del Canal y realizar transformaciones sociales profundas sin una estrecha alianza y unidad con todas las fuerzas al sur del Río Bravo interesadas en hacer un frente común por la independencia y la verdadera democracia.

IV

Los anteriores señalamientos permiten entrever el marcado contraste de la filosofía política del General Torrijos con el simplismo anticomunista de la Doctrina de Seguridad Nacional. Adentrémonos más en el pensamiento de este militar tan diferente a *"esos que existen en la flora y fauna de América Latina"*, según dijera el propio General en alguna ocasión —agregando: *"No pertenecemos a esa zoología"*²⁶.

26 "En el Canal y en la historia", entrevista concedida a Ximena Ortúzar, **Omar Torrijos, imagen y voz**, *op. cit.*, p. 108. Graham Greene, presente en la firma de los Tratados Torrijos-Carter en Washington el 7 de septiembre de 1977, ofrece la siguiente anécdota, que retrata la frialdad de las relaciones entre el General Torrijos y los generales fascistas del Cono Sur: "En la tribuna, se encontraban otros ocho generales del hemisferio sur, observando cómo Torrijos firmaba aquel

El papel de las Fuerzas Armadas

“Ya muchos, y muchos más de los que ustedes piensan, muchos más soldaditos, muchos más sargentos, muchos más tenientes. . . , hombres que viven con la misma humildad. . . , dentro del mismo grado de miseria de que vive su pueblo, se están dando cuenta tempranamente de que la dirección de fuego y de ataque de sus fusiles tiene que ir dirigida hacia quienes esclavizan, y no hacia quienes liberan, a su pueblo. . .”²⁷

Tratado que no le gustaba y creo que muchos de los manifestantes por las calles de Washington los juzgaban a todos bajo el mismo rasero. Todos ellos eran generales, en cierto modo todos eran dictadores. Una protesta contra Pinochet los incluía a todos. Omar era plenamente consciente de ese peligro. Como ya he escrito, hubiera querido que sólo estuviesen presentes los líderes más reputados, pero Carter había insistido en invitar a todos los miembros de la Organización de Estados Americanos. La insistencia de Carter representó un triunfo para Pinochet, colocando en una posición incómoda a Torrijos.

“Una vez firmado el Tratado, Carter y Torrijos se dispusieron a saludar a los jefes de Estado que se encontraban en la tribuna. En América Latina un cordial abrazo es la forma habitual de saludo, pero me di cuenta de que Torrijos sólo abrazó a los líderes de Colombia, Venezuela y Perú, limitándose a estrechar la mano con circunspección a los de Bolivia y Argentina, mientras seguía avanzando en dirección a Pinochet. Pero Pinochet también lo había observado y en sus ojos brilló una mirada de perversa diversión. Al llegarle el turno estrechó la mano que le ofrecía Torrijos, al tiempo que le pasaba el brazo por los hombros. Si en aquel instante algún fotógrafo hubiese hecho funcionar su cámara, daría la impresión de que Torrijos había abrazado a Pinochet”. (Graham Greene: **Descubriendo al General**, historia de un compromiso. Traducida del inglés por Rosalía Vázquez. Plaza & Janés Editores, S.A., Barcelona, mayo de 1985, pp. 123-124.)

²⁷ De la transcripción del disco de larga duración Omar, en su propia voz (el General Torrijos prepara el documento “Soy

“Yo no creo que ninguna institución tenga nada de malo. Toda institución es tan buena o tan mala como los hombres que la dirigen. Y si vamos ahora a querer erradicar esas instituciones de mecanismos colectivos de participación de las Fuerzas Armadas, en esta época en que en las Fuerzas Armadas existe un despertar por el apoyo de los cambios sociales, estamos privando a estas instituciones castrenses de que puedan actuar colectivamente contra las fuerzas regresivas, contra la oligarquía explotadora. . . grupos políticos adueñados de un país, que se apoyaron en estas Fuerzas Armadas para enseñorear su imperio antisocial y someter a los pueblos, so pretexto de que estos no fueran sometidos por el comunismo”²⁸.

“Comenzamos ciertos oficiales, posiblemente los que más sobresentíamos la causa de nuestro pueblo, a darnos cuenta que, si de nosotros se hacía una radiografía, nuestra razón de ser la encuadraban principios casi dogmáticos. Se nos decía: Las Fuerzas Armadas tienen que defender la paz y el orden, las Fuerzas Armadas son esencialmente obedientes, las Fuerzas Armadas son la garantía de la Constitución. . . ¿Qué clase de paz y qué clase de orden? Tiene que ser esencialmente obediente, ¿a quién? ¿A su pueblo, o a quien te dirige?”²⁹.

“Llegamos a ver que, en determinados momentos, ya no éramos ejércitos nacionales, no éramos Fuer-

un soldado de América Latina”), que reproduce la voz del General. Hoja impresa sin numeración, San José, Costa Rica, julio de 1985.

28 *Ibid.*

29 *Ibid.*

zas Armadas nacionales, sino éramos Fuerzas Armadas que más obedecíamos a los intereses de una clase gobernante completamente impermeable a todo tipo de cambio. . . 'Tiene que respetar la Constitución y la Ley'. ¿Qué grado de participación tuvo ese pueblo en la confección de esa Constitución? ¿Qué grado de participación tuvo ese pueblo en la elaboración de esas leyes?"³⁰.

"El macartismo señalaba de rojo, o le ponía color político, a todo aquél que quería romper el statu quo [. . .]. El macartismo desarrolló una represión que constituyó casi que el pensamiento filosófico de muchos de los que nos dirigían. Una corriente de pensamiento exportada de países extranjeros para con nosotros, constituía una corriente exótica [. . .]. Cuando es tanta la represión, es mucha la respuesta [. . .]. Cuando se acusa, se tiñe de rojo o se tiñe de cualquier color a quienes propician el cambio, a quienes propician que no haya injusticia, a quienes propician una sociedad más justa y más distributiva, cuando usted le pone color a quienes propician ese modo de ser, entonces, uno llega a la conclusión de que ese color o de que esa tendencia del que propicia esto [. . .] es una tendencia sana socialmente, sana, sana, sana, y que el color que a ese hombre se le pone no puede ser malo, porque sus aspiraciones son buenas y sus intenciones son populares"³¹.

"Ahí fue donde llegamos al convencimiento de que la oligarquía peleaba hasta el último soldado, la oligarquía peleaba hasta el último estudiante. Cuando un soldado, un estudiante, un obrero y un

30 *Ibid.*

31 *Ibid.*

campesino se enfrentan, el único que pierde es la patria. Porque son humildes hijos de un sufrido pueblo, a quienes los han precipitado a enfrentarse para mantener el statu quo que ha explotado a sus padres y que ha explotado a su patria"³².

"Es increíble. . . , es increíble el grado de organización, la perfección de la organización que tienen los regímenes oligárquicos y antidemocráticos. Organizan a un pueblo en armas, que son las Fuerzas Armadas, Fuerzas Armadas de América Latina que están compuestas esencialmente por hombres sumamente humildes. Los adoctrinan, los adoctrinan, los adoctrinan, y los ponen a defender un sistema que los explota. En esto hay mucho talento, y mucho talento en poder conseguir organizar a un pueblo, armar a un pueblo, reclutarlo dentro de sus Fuerzas Armadas y luego ponerlo a reprimir las aspiraciones de sus padres, de su vecino y de su clase social"³³.

"Hay infantilismo, hay infantilismo castrense y hay infantilismo en la rebeldía de estos pueblos, porque, frecuentemente, frecuentemente, líderes de América Latina miran con odio. . . , definen con odio y con saña la misión de las Fuerzas Armadas. Nos tratan irrespetuosamente por el hecho de vestir un uniforme, sin considerar quién nos puso ese uniforme, quién nos hizo vestirlo y a qué obedece. Así como también hay infantilismo y hay irresponsabilidad en muchos generales, en muchos altos mandos de América Latina, cuando definen como bandoleros, como criminales, como asaltadores con fines lucrativos a quienes, ante la humillación y la

32 *Ibid.*

33 *Ibid.*

impotencia de sufrir la presencia de Fuerzas Armadas que no constituyen ejércitos nacionales, sino ejércitos de ocupación, les han cerrado todos los medios e instancias pacíficas para poder cambiar el esquema social y político de su pueblo por medios pacíficos"³⁴.

"¿Creen ustedes que un soldado, un teniente y un capitán viven como viven los políticos que los gobiernan? ¿No saben ustedes que ellos son, realmente, la suma, o el extracto, más humilde de ese pueblo? ¿Tienen ellos la culpa de que, en muchos casos, los hayan convertido en máquinas al servicio de quienes los manejan? [. . .] ¿Sabrán ustedes si este trabajo lo están haciendo placenteramente, o ya están sintiendo cierta repugnancia por lo que están haciendo? ¿Creen ustedes que todos son así? No. Les puedo decir, con toda seguridad, que todos no son así. Y que, en la verdad íntima de cada capitán, cada mayor, cada teniente, cada soldadito, cada cabo, cada raso, existe una verdad que está mucho más cerca de la verdad social de su pueblo que de la verdad social de quienes lo dirigen"³⁵.

"Panamá es un país en guerra contra el colonialismo y el subdesarrollo"³⁶.

"Trato de que [en la Guardia Nacional] se recuerde a esos ejércitos latinoamericanos que defendieron la independencia y a los que los pueblos seguían"³⁷.

34 *Ibid.*

35 *Ibid.*

36 Omar Torrijos: **La quinta frontera**, 2nda. ed., Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, 1981, p. 46.

37 "El tronco donde se rasca el tigre", *op. cit.*, p. 150.

“Defender la soberanía, la independencia verdadera, preocuparse por lo que el país produce, por los préstamos, por la economía, por lo que sembramos. Tener teorías propias de seguridad, que tengan como base esa realidad. Hay que recordar a los ejércitos latinoamericanos [independentistas] y volver a la unidad. Y también la unidad centroamericana, como soñó Morazán”³⁸.

“Si yo hubiera llegado por elecciones y por los ricos, la oligarquía, los que siempre manejan el poder, sin importarles el pueblo, los que han hecho ejércitos para que defiendan sus casas, sus riquezas, su plata en los bancos, y los mandan a tirar balas al pueblo. . . , bueno, si yo llego y quiero hacer algo justo, ellos llamaban a ese ejército, así pasaba antes aquí, y nos tumban”³⁹.

“Nuestro gobierno no surgió solamente contra unos gobernantes malos. Surgió también, y sobre todo, contra un sistema malo [. . .]. Al sistema hay que matarlo. Aunque sea de poquito en poquito, para que no patalee demasiado”⁴⁰.

“Hasta hacía muy poco, habíamos sido el brazo armado de la represión de la clase dominante y del imperialismo. Entonces reuní a mis oficiales para definir muy claramente qué tipo de gobierno queríamos y cómo lo íbamos a hacer saber a los panameños. Y decidimos: Vamos a trabajar para el pueblo; vamos a que no se siga más enfrentando

38 *Ibid.*, p. 163.

39 *Ibid.*, p. 159.

40 Omar Torrijos Herrera: “Hoja volante”, en *Papeles del General*, Centro de Estudios Torrijista, Madrid, 1983, p. 149.

al pueblo armado contra el pueblo sin armas; vamos a demostrar [. . .] que somos producto de una nueva generación de militares y que, si en el pasado tuvimos que servir a sus intereses, ahora estamos decididos a hacer de una vez por todas un gobierno distinto, digno y respetuoso del pueblo”⁴¹.

“Las Fuerzas Armadas, en general, están despoliticizadas. Creen que el país puede ser gobernado como un regimiento. En Panamá les dimos una nueva definición: [. . .] Forman parte de un plan de desarrollo. Los oficiales, tenientes, capitanes, mayores, etcétera, tienen cursos de formación política con orientadores de todas las tendencias. Militantes de todos los partidos [. . .] van a dar cursos de política a las Fuerzas Armadas. Van los conservadores, la ultraizquierda, la ultraderecha, los liberales, todos. Y así, las Fuerzas Armadas van conformando su propia personalidad”⁴².

“Las Fuerzas Armadas deben contribuir para el desarrollo. Y quisiera destacar una diferencia con respecto al caso del Perú: En Panamá, nosotros no irrumpimos en la vida pública como el ‘Gobierno de la Fuerza Armada’. Sólo había un coronel en el gabinete, en la cartera de Agricultura.

“Yo estuve hace unos años con el General Velasco Alvarado. Le dije que creía en su liderazgo, que creía en su revolución. Pero que no creía que esa revolución pudiera ser conducida exclusivamente por un sector de la sociedad, que era el sector uniformado. Le manifesté mi opinión en el sentido

41 “En el Canal y en la historia”, *op. cit.*, p. 94.

42 “La revolución nicaragüense es un ejemplo”, *op. cit.*, pp. 192-193.

de que debía ir incorporando a todas esas generaciones que se habían graduado en San Marcos o en La Molina, dos universidades que son un punto de referencia en el desarrollo de América Latina.

“Ninguna sociedad soporta un gobierno sectorial. Ni sólo de curas, ni sólo de periodistas, profesores o militares. Porque, en esos gobiernos, no hay intercambio, no hay confrontación de ideas. No hay creatividad”⁴³.

“Hay algo que muchos olvidan: Un militar puede aprender a reprimir —aunque no es ésa la función de un militar—, puede conocer mucho sus tácticas, pero hay un momento, hay un momento en que los ríos crecen. Si uno está en el monte, siente el ruido del agua cuando crece. Es un gran ruido, y aunque se utilicen todos los medios posibles, los más modernos, el agua crece, no se para, es algo natural. Es natural que llegue ese momento, si no se dan respuestas a los pueblos, a sus necesidades, al hambre, a la desesperación. ¿Tú has visto alguna vez la cara de los desesperados? Eso no se para con nada, yo te lo digo. . .”⁴⁴

“Que la izquierda entienda que las Fuerzas Armadas existen. Y que las Fuerzas Armadas entiendan que la izquierda también existe. Que los militares entiendan que no hay poder de fuego que pueda silenciar una revolución. Que la izquierda entienda que, si bien la revolución se puede hacer sin las Fuerzas Armadas, el costo social que hay que pagar es tan alto que, cuando se alcanza el triunfo, lo único que se garantiza es un apagón del liderazgo, porque los grandes dirigentes fueron muertos”⁴⁵.

⁴³ *Ibid.*, p. 194.

⁴⁴ “El tronco donde se rasca el tigre”, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁵ “La revolución nicaragüense es un ejemplo”, *op. cit.*, p. 210.

*"El proceso de cambios [en Centroamérica] es irreversible, aunque puede haber algunos retrocesos transitorios. Centroamérica cambia todos los días. Y no hay fuerza capaz de detener ese proceso. La fuerza de los pueblos es incontenible"*⁴⁶.

*"No creo que la fuerza que yo tenga emane de la suma de todos los fusiles de las Fuerzas Armadas. Si es que existe, ese poder nace del convencimiento de un pueblo que logré que me quisiera. Todo mi poder, suponiendo que lo haya, sería un poder con rasgos de mística y de espiritualidad. . ."*⁴⁷

La seguridad del Canal

La entrevista concedida por Diógenes de la Rosa a la autora de este trabajo el 10 de julio de 1985 es reveladora. El Dr. de la Rosa expresó, entre otras cosas:

No diría yo, deduciendo, tanto de mis conversaciones con él como de su propia actividad práctica, que él tuviera una perspectiva clara de lo que haría de hacerse, ni que tuviese planes concretos [para el año 2000], pero sí tenía, indudablemente, algunos conceptos guías, por decirlo así. Te voy a poner un ejemplo. Una vez, en una conversación, él dijo estas cosas: "Mira, yo no creo que el pueblo panameño pueda defender nunca el Canal, si se trata de defenderlo en una guerra contemporánea. En primer lugar, porque al Canal no nos lo van a destruir desde dentro; puede que un acto de sabotaje

46 *Ibid.*, p. 215.

47 "Omar Torrijos", entrevista concedida por el General Torrijos a Joaquín Soler Serrano en 1981. **Omar Torrijos, imagen y voz**, *op. cit.*, pp. 221-222.

lo destruya, pero si estamos frente a un enemigo internacional, y ese sería el enemigo, al Canal nos lo destruyen desde fuera, con un proyectil teledirigido. De manera que defensa del Canal, como defensa del Canal, nosotros no la podemos hacer”.

Pero, es más, en esa conversación, dijo esta cosa, que yo no sé si fue en Farallón o en Calle 50, no recuerdo, porque habían muchas conversaciones con él que se desarrollaban incidentalmente, a partir de cualquier cosa, y él entonces hablaba. Pero sí dijo esto muy claramente: “Yo no creo que nosotros debemos crear un ejército en sustitución del ejército norteamericano, porque eso sería un absurdo. No tendría sentido que gastáramos en mantener un ejército como el que han tenido los norteamericanos, primero, porque el ejército que ellos tienen aquí es el ejército que ellos necesitan para sus necesidades globales, geopolíticas, y ésa no es nuestra necesidad. Nosotros no podemos ser jamás un poder geopolítico. Entonces no tiene sentido que, si ellos tienen aquí diez mil, veinte mil, treinta mil efectivos, nosotros vayamos a tener lo mismo, porque eso consumiría todo lo que nos va a producir el Canal, y mucho más, y eso no tiene sentido”.

El estaba muy claro en eso, y yo sé que se lo dijo a otras personas [. . .]. El pensaba que el Canal lo defendería el pueblo panameño internamente, el pueblo panameño, con guerrillas. . . , con sabotaje. . . , pero nunca a base de un ejército. Eso hay que decirlo. Eso sí lo tenía claro. Y lo conversó un día y yo sé que lo conversó con muchas otras personas más. Y eso es esencial⁴⁸.

⁴⁸ Transcripción de la grabación de la entrevista concedida por Diógenes de la Rosa a la autora de este trabajo.

Algún tiempo después de la ratificación de los Tratados Torrijos-Carter, el General le dice a William Jorden, ex-Embajador de Estados Unidos en Panamá (1974-1978):

“Yo siempre les dije a los altos oficiales del Pentágono, cuando conversaba con ellos, que el Canal era tan indefenso como un niño recién nacido. . . Que esa gran obra, producto del estupendo ingenio del conocimiento humano, había nacido diseñada como una obra de intercomunicación pacífica, y que, precisamente, ese diseño, que permite que un barco de cualquier marina del mundo y de cualquiera bandera pueda transitar de un océano a otro en ocho horas, conspira contra la idea de que el Canal sea un objetivo estratégico de represalia [. . .]. Convirtieron el Canal en un objetivo estratégico de represalia al instalarle un Comando, uno de los ocho comandos estratégicos que tienen los Estados Unidos. La existencia de ese Comando convierte al Canal en algo más indefenso de lo que realmente es. Lo convierte en un objetivo estratégico de represalia, porque él es un objetivo estratégico de ataque”⁴⁹.

49 “Entrevista por William J. Jorden”, en **Omar Torrijos, imagen y voz**, *op. cit.*, p. 174. Lo dicho se valora en su justa dimensión si se tiene en cuenta que el General Torrijos se había interesado profundamente en la lucha de los sandinistas por derrocar a Somoza. Aunque la entrevista con Jorden se produce antes del triunfo de la revolución en Nicaragua, Torrijos sabe que la intensidad de los conflictos en toda la región, y el consiguiente afán intervencionista norteamericano, van en ascenso. En la obra **Soy un soldado de América Latina**, elaborada en 1979, subraya que la presencia injerencista de las bases militares de Estados Unidos en nuestro país constituye un factor de inseguridad y de desestabilización para una paz basada en la justicia social: **“QUE NADIE SE EQUIVOQUE, QUE NADIE CAIGA EN EL ERROR, GRAVE Y PELIGROSO, DE PENSAR QUE LAS BASES MILITARES**

Más adelante, en la misma entrevista, le diría a Jorden:

“Si una generación tiene que morir para que la próxima viva en un país libre, hay que hacerlo . . . Y [habrá sido] a nuestra generación a quien cupo el honor de ofrendar su vida para que las generaciones que vienen vivan en un país integrado, con una sola geografía y con una sola bandera. Y no bajo la humillante presencia de policías arrogantes y agresivos que en nuestro propio territorio encarcelan, apalean, empujan e imponen leyes que el pueblo panameño desconoce y que no ha contribuido a hacer.

.....

“A veces llegué a preocuparme de que, en semejante imperio, existieran mentalidades que creen en el uso de la fuerza como primera razón de la existencia de los Estados Unidos.

.....

“Todas las tropas que tengan ahí, todas las tropas que puedan tener, nunca serán suficientes para impedir que el pueblo panameño destruya el Canal, si quiere destruirlo. Porque la mejor defensa del Canal es que el pueblo, sus habitantes ribereños, vean en esa obra una obra suya . . . , vean en esa obra una obra de paz . . .”⁵⁰

[YANQUIS] UBICADAS EN LAS RIBERAS DEL CANAL SON CAPACES DE PROTEGERLO Y DE GARANTIZAR EL LIBRE TRANSITO POR EL. SOLO LA PAZ SOCIAL DE LA REGION PUEDE HACER ESTO”. (Centro de Impresión Educativa, Panamá, 1981, p. 36.)

⁵⁰ “Entrevista por William J. Jorden”, *op. cit.*, pp. 176-178. Después de la ratificación de los Tratados Torrijos-Carter en Estados Unidos, el General reveló que había estado en marcha un plan para sabotear el Canal si los Tratados hubie-

Por último, le señaló al ex-Embajador de Estados Unidos:

“Estoy casi convencido de que los Estados Unidos no andan buscando amigos. . . , no les interesa tener amigos. . . , sino lambones. Ellos prefieren a un lambón que a un amigo [. . .]. Los Estados Unidos siguen siendo los abanderados de todas las causas injustas en el Hemisferio”⁵¹.

Hablando ante la comunidad marginal de Curundú, a un paso de la antigua Zona del Canal, dijo:

“Si [los norteamericanos] están tumbando árboles, porque hasta los árboles les parecen intrusos, que se acuerden de que los intrusos son ellos”⁵².

Dijo a Ximena Ortúzar, periodista chilena, en 1976:

“Lo he gritado aquí y afuera; cada vez que alguien me escucha, lo grito: ¡Basta de banderas intrusas y de catorce bases militares en el corazón de Panamá!

.....

ran sido rechazados por el Congreso norteamericano —lo cual nos habría llevado a la lucha armada de liberación. En discurso transmitido por radio el 18 de abril de 1978, el mismo día de la ratificación, el General dijo: *“Quienes mejor pueden defender el Canal somos los panameños, porque somos los que en un momento dado estamos en condiciones de destruirlo. Y aquél que puede destruirlo y no lo destruye, lo está defendiendo. Y esa capacidad de destruir el Canal es una capacidad a la cual las Fuerzas Armadas, al igual que las futuras generaciones, no deben renunciar nunca”.* (Ideario, Omar Torrijos, selección y prólogo de José de Jesús Martínez, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1982, p. 73.)

51 “Entrevista por William J. Jordan”, *op. cit.*, p. 179.

52 “En el Canal y en la historia”, *op. cit.*, pp. 106-107

*"Cuando se cierren todos los caminos, entonces el pueblo panameño demostrará ante el mundo que tiene la valentía suficiente para sacar por la fuerza a esos intrusos que están allí por la fuerza. De que se van, ¡se van!"*⁵³.

En 1980, señaló:

*"Yo estaba preparado para sacarlos [a los norteamericanos] a bombazos, sacarlos a bombazos. . . No hubiera sido político, pero sí había condiciones. El Canal es totalmente indefenso. Tan indefenso como un niño recién nacido. Es una obra para la paz, para el comercio, para el intercambio, para fines pacíficos. Es indefendible. Y nada hubiera podido hacer contra la voluntad de los nativos (los panameños)"*⁵⁴.

Otros pensamientos que expresó sobre este tema:

*"No estamos buscando solamente un tratado, estamos buscando nuestra soberanía"*⁵⁵.

*"No hay que olvidar que un tratado es algo que se puede quemar en una plaza pública, pero, en cambio, la voluntad de los pueblos no se quema, ni se apaga, ni se puede poner de rodillas"*⁵⁶.

"En Estados Unidos, tienen que entender que esto del Canal es como un vestido, un saco que alguien

53 *Ibid.*, pp. 108, 109 y 111.

54 "La revolución nicaragüense es un ejemplo", *op. cit.*, p. 195.

55 "En el Canal y en la historia", *op. cit.*, p. 109.

56 "El tronco donde se rasca el tigre", *op. cit.*, p. 152.

hizo en 1903 para un niño muy pequeño. Y esto no se puede seguir usando después, tantos años más tarde. Entonces puede convertirse en una camisa de fuerza, y a los pueblos no les gustan las camisas de fuerza [. . .]. Todo lo injusto es una camisa de fuerza, y los pueblos siguen creciendo y la camisa estalla"⁵⁷.

"También me llaman dictador los que saben que quiero la soberanía y la independencia de Panamá. Y eso, eso se castiga todavía muy duro. Ser digno, independiente, luchar contra la injusticia, se castiga muy duro"⁵⁸.

La seguridad del pueblo

*"No nos hacemos ilusiones de que el Pentágono, por un sentido humanitario, retire esas bases [. . .]. Las bases no son una alucinación nuestra, son una presencia real, que tiene cascos, tiene cañones, ametralladoras y aviones de bombardeo apuntándole a un pueblo que no tiene vocación de hacerles daño, pero que está perdiendo la paciencia. Y no vaya a suceder lo que en Vietnam. . ."*⁵⁹

*"Para el panameño el colonialismo no es un concepto distante. Los conceptos abstractos no matan. Para el panameño el colonialismo es un hecho concreto que se le ve, que se le mira y que establece un sistema defensivo que apunta al centro de su corazón"*⁶⁰.

57 *Ibid.*

58 *Ibid.*, p. 160.

59 "En el Canal y en la historia", *op. cit.*, p. 111.

60 Omar Torrijos: **La quinta frontera**, *op. cit.*, p. 75.

*"Siempre fue violenta la situación en Panamá. La cláusula a perpetuidad en los Tratados del Canal era violencia, y de la grande. Eso no se podía aceptar. Era inhumano. Las cosas a perpetuidad no son de este mundo, están fuera de este mundo, de la realidad. El colonialismo es una gran violencia. O mejor, podría decir que son muchas violencias juntas"*⁶¹.

*"La bala que extinguió físicamente a Amílcar Cabral hirió profundamente los sentimientos de todos los que luchamos por una patria entera, dueña de sí misma. Hoy fue Cabral, mañana podremos ser otros. El colonialismo está considerado hoy como un crimen de la misma naturaleza que el genocidio. Amílcar Cabral luchó para erradicar ese crimen de su tierra natal; nosotros, en Panamá, entendemos la causa de Amílcar"*⁶².

*"Soy un convencido de que los pueblos se liberan de dos formas: a través de un acuerdo o a través de la lucha. Si no conseguimos ese acuerdo, nos sacrificaremos, para heredarles una patria libre. Pero antes, agotaremos los esfuerzos por evitar la lucha, porque eso significaría un alto costo social, que pagarían quienes siempre lo han pagado: los estudiantes, los obreros, los campesinos [. . .]. Si es necesario [. . .], entrenaremos batallones panameños que estén dispuestos a dar la lucha de liberación, si el tratado no se logra"*⁶³.

61 "El tronco donde se rasca el tigre", *op. cit.*, p. 150.

62 "Una jornada de trabajo con el General Omar Torrijos", entrevista concedida a Luis Báez en 1973. Omar Torrijos, *imagen y voz*, *op. cit.*, p. 44.

63 "En el Canal y en la historia", *op. cit.*, p. 110.

*“Nos planteamos la soberanía territorial como una meta irrenunciable, pero, junto a eso, nos hemos preocupado por generar riquezas, pero con una distribución justa . . .”*⁶⁴

*“Nosotros teníamos por motivo y por destino terminar con las causas de conflicto y descontento que arrojaban al pueblo a las calles”*⁶⁵.

*“Nuestro pueblo [. . .] está convencido de que apelando al humanitarismo de estos grupos [oligárquicos] no se producirían cambios, a lo sumo se conseguirían dádivas”*⁶⁶.

*“Irresponsablemente, determinados altos mandos de América Latina definen la sana rebeldía de un pueblo como grupos de bandoleros, de inmorales y de asaltantes, y digo que esto es irresponsable porque, dada la alta jerarquía que estos hombres ocupan, no debieran, tan deportivamente, calificar de bandoleros a quienes, impulsados por la negativa de la sociedad o del esquema político, se ven obligados a propiciar el cambio, cuando se les han cerrado todas las instancias políticas, todas las instancias pacíficas, de participación en la vida política y social de su país”*⁶⁷.

“El movimiento de 1968 fue el de un grupo de

64 *Ibid.*, p. 112.

65 *Ibid.*, p. 108.

66 “Una jornada de trabajo con el General Omar Torrijos”, *op. cit.*, p. 41.

67 De la transcripción del disco de larga duración Omar, en su propia voz, *op. cit.*

oficiales nuevos que tomaron el poder como única respuesta a la situación existente, que era de injusticia, en la cual se perseguía y reprimía a un pueblo que salía incluso a las calles para defender sus derechos. Porque había problemas graves que era necesario enfrentar y solucionar. Pero la respuesta de la oligarquía era reprimir. . . Siempre he tenido la honestidad de decir que, antes del movimiento, éramos instrumentos de represalia del imperialismo y la oligarquía, que son la misma cosa. Y cuando comprendimos esa situación, decidimos trabajar en favor de ese pueblo que tanto habíamos perseguido. He dicho, y seguiré diciendo, que me hice revolucionario reprimiendo revolucionarios”⁶⁸.

“Todos los pueblos son buenos, los malos somos los gobernantes; ningún pueblo tiene vocación de ser malo; somos los gobernantes los que podemos ser malos o buenos”⁶⁹.

“No me gusta la violencia que se ejerce contra los más humildes, contra los indefensos. He tratado de que esto quede como parte de las Fuerzas Armadas de mi país: que los militares trabajen junto al pueblo, que se conozcan los problemas de ese pueblo, lo que realmente pasa aquí o allá. En realidad, yo lo que trato es de hacer una revolución también entre nosotros [los militares]”⁷⁰.

“En realidad, yo creo en la violencia con que hay que luchar contra las cosas que son violentas, co-

68 “En el Canal y en la historia”, *op. cit.*, pp. 92-93.

69 “Omar, visto por sí mismo”, *op. cit.*, p. 120.

70 “El tronco donde se rasca el tigre”, *op. cit.*, p. 149.

mo el hambre, la ignorancia, el atraso, la miseria, el colonialismo, la injusticia"⁷¹.

*"Esta pobreza heredamos nosotros, y es contra esta pobreza que tenemos que pelear duro. Todo lo demás son palabras. Esto es contra lo que tenemos que pelear, y no contra unos pobres hombres y mujeres indefensos que sólo quieren respeto y dignidad"*⁷².

*"¿Dónde está un enemigo en las fronteras panameñas? Nuestros enemigos son el hambre, las enfermedades, el desempleo, el analfabetismo"*⁷³.

*"Es increíble. . . , increíble. . . , su indiferencia [la norteamericana] ante la tragedia, la desgracia, la sangría. . . , una sangría demencial, que está sufriendo el pueblo de Nicaragua. El Continente latinoamericano sabe perfectamente bien que ése [Somozas] es un hombre educado por la Infantería de Marina [de Estados Unidos]. . . , impuesto hace casi 50 años por la Infantería de Marina en ese país [. . .]. Digo esto porque, cuando menciono esos casos, se molestan, no les agrada oír esa verdad"*⁷⁴.

"Desde el triunfo de la revolución, Cuba ha estado sometida a un incesante y cruel bloqueo que era una verdadera vergüenza para todo el Hemisferio. Es lógico que Cuba agudizara su proceso revolucionario en estas condiciones. Los norteamericanos

71 *Ibid.*, p. 150.

72 *Ibid.*, p. 157.

73 **Ideario, Omar Torrijos**, *op. cit.*, p. 93.

74 "Entrevista por William J. Jordan", *op. cit.*, p. 179.

deben convencerse de que los cubanos son un pueblo que nunca se dejará pisotear"⁷⁵.

*"Yo prefiero que los estudiantes panameños sean castristas a que sean castrados"*⁷⁶.

*"Actualmente El Salvador tiene una violenta lucha de clases, con la diferencia de que ahora los dos lados están armados"*⁷⁷.

Sobre la muerte

Aunque estaba bien curado de espantos, al General Torrijos lo impresionaba el simplismo con el que algunos militares, sobre todo en el caso de Centroamérica, pretendían *"acabar con la pobreza acabando con los pobres"*, como decía en tono burlón.

Al estudiar sistemáticamente sus discursos, entrevistas concedidas por él, su obra escrita y otros documentos que recogen su palabra, el torrijista descubre el hecho conmovedor, espeluznante, de que Omar Torrijos anunció su propia muerte como quien ve desfilar su propio cortejo fúnebre y siente orgullo de no haberse inmolado en vano. Vivía su compromiso social como un sentimiento tan íntimo y cotidiano, y conocía tan bien a los enemigos de su pueblo, que no le causaba extrañeza la idea de morir violentamente. Pero esa pre-

75 *"Omar Torrijos"*, entrevista concedida a J. Soler Serrano citada, pp. 223-224.

76 Citado por Jaime Paz Zamora, en testimonio sobre el General Torrijos. **Comandante de los pobres**, Centro de Estudios Torrijista, Madrid, 1984, p. 103.

77 *"La revolución nicaragüense es un ejemplo"*, *op. cit.*, pp. 200-209 (hay fotos que interrumpen el texto entre las páginas 201-208).

disposición al máximo sacrificio no es asumida en actitud de endurecimiento o de cinismo ante el hecho de la muerte.

Es decir, estamos frente a un militar que no sólo consideraba brutal y estúpido aplicar las fórmulas de asesinato, tortura y genocidio contenidas en la filosofía de la seguridad nacional enseñada en los manuales e instrucciones norteamericanas, sino que estaba dispuesto a dar su vida combatiendo por ideales diametralmente opuestos. Oigámoslo:

“Estamos cumpliendo con uno de los más grandes objetivos, y es terminar con la ignominia de esos tratados a perpetuidad. Es lo posible [. . .]. Nosotros, que estamos tan aplastados, nos levantamos para hacer lo posible [. . .]. Y eso posible nos cuesta muchos muertos. Ese poquito posible nos cuesta muchos muertos”⁷⁸.

“Tenemos ideales muy claros, y he dicho muchas veces que aún no se ha descubierto el proyectil que pueda matar un ideal. La dignidad no se alquila. Y eso es lo que este gobierno defiende: la dignidad soberana de Panamá. Y lo hacemos con un lema: Muertos o de pie, ¡jamás de rodillas!”⁷⁹.

“Hay que tener siempre en cuenta quiénes somos los que estamos negociando: de un lado, los Estados Unidos, nada menos que los Estados Unidos [. . .]. Del otro lado, los que comprometimos nuestra vida en esta lucha integral de liberación”⁸⁰.

78 “El tronco donde se rasca el tigre”, *op. cit.*, p. 160.

79 “En el Canal y en la historia”, *op. cit.*, p. 113.

80 *Ibid.*, p. 108.

“Aquél que está determinado a morir por ustedes, recibe en reciprocidad la manifestación de adhesión que estamos viendo hoy, que nunca se ha visto, y que para mí es totalmente emocionante. . .”⁸¹

“. . .un General Torrijos que está dispuesto a cualquier tipo de sacrificio, siempre que la mayoría del pueblo panameño encuentre su felicidad, encuentre normas justas de gobierno. . .”⁸²

“Unos meses antes del triunfo en Nicaragua, citamos a todos los grupos sandinistas, para unificar criterios. Terminamos con una cena. Había catorce comandantes. De los catorce, mataron a cuatro. Cada vez que un muchacho de esos moría, a mí se me desgarraba el alma”⁸³.

81 Omar Torrijos Herrera, discurso en la Plaza 5 de Mayo, 11 de octubre de 1971. Transcripción de la grabación magnetofónica en los archivos del Centro de Estudios Torrijista.

82 *Ibid.*

83 “La revolución nicaragüense es un ejemplo”, *op. cit.*, p. 212. Tomás Borge, único sobreviviente de los fundadores del FSLN y actual Ministro del Interior de Nicaragua, ha escrito sobre el General Torrijos: “Qué decir sobre su relación personal y política con el Frente Sandinista de Liberación Nacional, con sus dirigentes, muchos de los cuales cayeron en el combate arrancando lágrimas de dolor a Torrijos”. (Entrevista concedida a Efraín Reyes Medina, periódico **Bayano** No. 93, Panamá, febrero de 1982. Cita tomada de la reproducción en **Comandante de los pobres**, *op. cit.*, p. 143.) El propio Tomás Borge tenía la cara congestionada de llanto el día del funeral del General Torrijos, según lo presencié la autora de este trabajo. José de Jesús Martínez, amigo personal y miembro de la escolta de seguridad del General Torrijos, ha testimoniado lo siguiente: “[El General] vivía, y con mucha intensidad, en ese despacho suyo al que se le llamó irónicamente ‘el bunker’, porque desde él enviaba y recibía mensajes durante la guerra de liberación de Nicaragua. Allí recibió la noticia de la muerte de Germán Pomares, por quien tuvo que llorar, más de rabia que de tristeza. Y la de

“En todo dirigente hay muchos componentes. Es probable que se me identifique con estas dos figuras [Fidel Castro y el Che Guevara] en el profundo cariño que tuvieron por su pueblo, en su gran vocación para inmolarse en aras de los demás, en aquel pensamiento de que el desarrollo debe alcanzar a todos”⁸⁴.

“Pienso que algún día voy a morir violentamente, y eso no me asusta. Yo digo que ‘me van a pasar la factura’, porque me atreví a hacer cosas nuevas, distintas. Eso se paga caro. Algún día me van a entender, van a entender lo que quise hacer”⁸⁵.

“Yo recuerdo que siendo Capitán, mi generación, mi misma generación de muchachos que yo había dejado en mi pueblo, en Santiago, se sublevó. Hizo un conato de guerrilla. Entonces se dispuso que, como yo era de esa región, fuera a sofocar ese conato. Efectivamente, el primer saludo fueron ráfagas y ráfagas. Yo fui gravemente herido y allí murieron cuatro. Yo vi después por televisión cuando enterraban a esos muchachos. Yo estaba totalmente convencido de que en ese entierro, en esos féretros, en esa carroza, estábamos enterrando a los muchachos, pero no estábamos enterrando la causa del descontento que les obligó a sublevarse. Aquella vez dije: ‘Qué equivocados están los que

tantos otros ejemplares guerrilleros, que admiraba y quería”. (José de Jesús Martínez: **Aproximación al General Torrijos**, Segunda Mención del Premio Literario Omar Torrijos Herrera, 1983. Cita tomada de la página 72 de la edición de las obras ganadoras de la Sección Monografía. Editorial Mariano Arosemena, Panamá, 1983.)

84 “Omar Torrijos”, por J. Soler Serrano, *op. cit.*, p. 225.

85 “El tronco donde se rasca el tigre”, *op. cit.*, p. 164.

*creen que ya desapareció el brote de guerrilla. Ahora viene más fuerte, porque es un brote abonado'. Porque ahí se portaba un féretro que ya era un estandarte, ya era algo místico. Qué equivocados están quienes creen que cuando entierran a un líder entierran al movimiento'*⁸⁶.

V

En resumen: Estos pensamientos rasgan el aire panameño tenazmente a lo largo de la década de 1970 y principios de la de 1980, . . . dejando vibraciones en movimiento. Estudiados en su conjunto, muestran una notable coherencia. Son ideas que niegan sistemáticamente, en todos los planos —global, regional, nacional, social—, los conceptos sobre la seguridad nacional elaborados por el imperialismo.

Cuando, por ejemplo, el General sostiene la posición de que las Fuerzas Armadas de América Latina deben "actuar colectivamente contra las fuerzas regresivas, contra los grupos políticos adueñados de un país, que se apoyaron en estas Fuerzas Armadas para enseñorear su imperio antisocial y someter a los pueblos, so pretexto de que estos no fueran sometidos por el comunismo", le está diciendo *no* a la manipulación norteamericana y a sus instrumentos dentro de nuestros países, que pretenden justificar y perpetuar la explotación y la miseria en esta parte del mundo sobre la base de la pugna entre el "Este" y el "Oeste".

Esta postura global del General Torrijos tiene su expresión en el plano regional, cuando insiste en que no son

⁸⁶ Omar Torrijos: **Nuestra Revolución**, recopilación del Departamento de Información del Ministerio de Relaciones Exteriores, con presentación de Juan Antonio Tack. Panamá, diciembre de 1974, p. 165.

las bases militares yanquis, sino la paz social de la región, paz con justicia social, la única garantía para la protección del Canal y del libre tránsito por el mismo. Como la Nicaragua de Somoza en su momento, hoy El Salvador de Duarte, la Honduras ocupada por los norteamericanos y la presencia colonialista en territorio panameño constituyen verdaderas amenazas para la seguridad nacional de los países del área, dentro de este orden de ideas. El enemigo no está necesariamente en las fronteras. Más bien, los pueblos latinoamericanos deben actuar unidos, por encima de esas barreras, para liberarse y apoyarse en su fuerza conjunta.

En el plano nacional, el primer requisito para la paz y la seguridad será, entonces, que los norteamericanos se vayan del Canal. Y después, para mantener esa paz y seguridad, será preciso dar el uso más colectivo a los bienes revertidos, sin sustituir al "amo blanquito" con un "amo chocolate". Y sustituyendo al ejército yanqui con un ejército verdaderamente nacional, que actúe al servicio de los intereses populares.

Pero ello no le basta. La filosofía de la seguridad nacional que predica Torrijos ordena acabar con las cosas que constituyen la raíz de la violencia: el hambre, el desempleo, las enfermedades, el subdesarrollo. Qué lejos de las consecuencias sociales de la Doctrina de Seguridad Nacional norteamericana, que aconseja acabar violentamente con todo aquél que se rebele contra las injusticias —comenzando con el propio General Torrijos— y que se ensaña incluso con la población civil indefensa.

El propio General Torrijos sintetiza su posición de la manera siguiente:

"PANAMA NO PUEDE ACEPTAR COMO NORMA DE DERECHO INTERNACIONAL LAS CONSIDERACIONES POR LOS LLAMADOS IN-

TERESES VITALES O DE SEGURIDAD NACIONAL, Y NO PODEMOS ACEPTARLAS PORQUE SABEMOS LA HUMILLACION QUE HE-MOS SUFRIDO A TRAVES DE SETENTA AÑOS DE VIDA REPUBLICANA [. . .]. SEGURIDAD SIN IGUALDAD ES SOLO PATERNAL CONTROL AUTORITARIO, PROTECCIONISMO, COLONIALISMO, Y ESTO ESTA EN CONFLICTO CON LOS SENTIMIENTOS DE LIBERACION DE LAS NACIONES Y DE LOS SERES HUMANOS⁸⁷.

Omar Torrijos fue un hombre supremamente consciente de la geopolítica en el mejor sentido: Como hombre de su tiempo, como auténtico fenómeno social de un diminuto país tan sensible al devenir internacional, supo ver los principales problemas panameños en el contexto de la situación mundial.

A partir de nuestras particularidades internas, vio cómo la lucha por nuestra liberación nacional y social se enlazaba íntimamente con la suerte de todos los pueblos de América Latina y, más allá de nuestro Continente, con los esfuerzos de las mayorías oprimidas en todo el llamado Tercer Mundo. Con ojos llenos de Panamá, miró la realidad del mundo tal como existía después de los procesos de independencia en Africa, el auge en Europa de nuevas corrientes solidarias con América Latina, o por lo menos dispuestas a hacer alianzas contra

⁸⁷ Discurso ante el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, Panamá, 15 de marzo de 1973. El subrayado es nuestro. Obsérvese que expresa esto en 1973, ante un auditorio convocado por él, por su política de reivindicación nacional, en un contexto latinoamericano que se encamina a la progresiva entronización del fascismo (Chile, Uruguay, Argentina, además de las dictaduras ya existentes en el Sur y en Centroamérica, todas sustentadas ideológicamente en esos llamados intereses vitales o de seguridad nacional).

el imperialismo norteamericano; la gran derrota de Estados Unidos en Vietnam y la bancarrota moral de Washington, evidenciada en el Watergate de Nixon; el masivo alcance de los medios de comunicación social; el acelerado avance de la tecnología, lámpara de aladino celosamente guardada por los ricos de la tierra; el descubrimiento, por parte de los países productores de materias primas, de la gran fuerza de la unidad; la alta peligrosidad de la proliferación nuclear, unida al desenfrenado armamentismo, devorador de las riquezas de la humanidad; el irreversible fortalecimiento de la comunidad socialista, con Cuba ya definitivamente en su seno; el reto de Europa Occidental y Japón a la hegemonía norteamericana y, sobre todo, la internacionalización de la economía capitalista, como proceso global que rompe las barreras nacionales y enfrenta a los países industrializados con los países dependientes. Y sacó conclusiones científicas: *"Aunque parezca contradictorio, nuestro nacionalismo es internacional"*⁸⁸. *"El nacionalismo panameño no se define en términos de otra nación [. . .], se define en términos del imperialismo colonial. Por eso los árabes, los hindúes, los africanos, cualquier hispanoamericano, puede ser nacionalista panameño"*⁸⁹. Y actuó en consecuencia.

La propia historia de los ejércitos latinoamericanos abundaba en ejemplos brillantes de dignidad y de insubordinación frente a los designios imperialistas. Podía inspirarse —y, en efecto, se inspiró— en Bolívar, San Martín, Morazán y otros tantos patriotas del siglo pasado que unieron el imperativo de la defensa nacional a ideales de justicia social y de unidad latinoamericana.

88 Ideario, Omar Torrijos, *op. cit.*, p. 69.

89 Omar Torrijos Herrera: "Informe del viaje a Sri Lanka", en **La quinta frontera**, 2da. ed., Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1981, p. 37.

Del presente siglo, conoció las doctrinas de seguridad que fueron madurando en el seno de los ejércitos de países como Argentina, Perú y Bolivia, antes de la década de 1960. Esas doctrinas, si bien no respondían enteramente a la lógica del poder en manos de las clases populares, sí representaban posturas antimperialistas, que ligaron la defensa nacional a la independencia económica y al bienestar social de las grandes mayorías, mucho antes de que Estados Unidos impusiera su receta antinacional⁹⁰.

90 Los militares peruanos crearon en 1950 el Centro de Altos Estudios del Ejército, que en 1954 adoptó el nombre de Centro de Altos Estudios Militares (CAEM). Desde esa institución, "penetraron en el estudio de la realidad peruana y llegaron a extraer conclusiones peligrosas para los sectores poseedores". Partiendo de la percepción de que un país débil no puede sostener a un ejército poderoso, el CAEM estableció como doctrina que la "defensa nacional es no sólo guerra, sino fundamentalmente bienestar general, el que obviamente no podrá obtenerse en otra forma que mediante el desarrollo económico y social". Cuando los norteamericanos impulsaron sus programas de acción cívica y el estudio de obras sobre la guerra revolucionaria y sobre los métodos para derrotarla, la jefatura del ejército peruano respondió que no cifraba sus esperanzas en la represión, sino que "lo que correspondía resolver con urgencia en cada Estado es preservar al hombre [. . .] y defenderlo con los medios que conduzcan a la elevación de su dignidad". Estas concepciones los llevaron a la nacionalización de los principales recursos naturales, entre las "acciones orientadas a crear una base sólida para el desarrollo industrial independiente". (Véctor Villanueva: "El Centro de Altos Estudios Militares (CAEM). Síntesis y adaptación por Roberto Cruz. Revista *Tareas* No. 32, Panamá, julio-agosto de 1975, pp. 118-128, 129 y 136.)

Por su parte, desde la década de 1920, los militares argentinos comenzaron a respaldar estudios para promover el desarrollo de la industria en función de la defensa y de la independencia económica nacionales. "La conciencia industrialista que maduró en las Fuerzas Armadas tiene origen profesional. En la guerra de nuestra época, guerra total, el potencial material militar depende del potencial material del

El General Torrijos cultivó la esperanza de que los militares latinoamericanos se sumaran en número creciente a las luchas populares, dispuestos a ofrecer su propia vida para ahorrarle sangre y sufrimientos al pueblo, quebrando así la columna vertebral de la dominación norteamericana en América Latina⁹¹.

conjunto del país. Requiere la movilización de todos los recursos nacionales. La sociedad agropecuaria, por rica que sea, está indefensa en el mundo de la sociedad industrial. Y la carrera armamentista entre los países de América Latina es artificiosa en tanto se basa en las compras de materiales a Europa o a los Estados Unidos, y no en el autodesarrollo económico de cada uno de ellos. Los países al entrar en guerra quedarían a merced de los proveedores extranjeros, o sea del apoyo de las potencias industriales a uno, a otro o a ninguno de los beligerantes. [. . .] Así como resulta inconcebible la defensa nacional sin la industrialización, ambas son inseparables del rescate de manos foráneas de los comandos económico-financieros, lo que implica el cambio de la estructura socioeconómica del país y la reorientación general de su política interna". (Rodolfo Puiggrós: **El peronismo: sus causas**, 3ra. ed., Ediciones Cepe, Buenos Aires, 1972, pp. 118 y 120.)

- 91 "Este también ha sido el Continente de Cárdenas y de Arbenz, de Yon Sosa y de Turcios Lima, de Caamaño y de Larrazábal, de los insurrectos de la Base de Cienfuegos, de Carúpano y Puerto Cabezas, el Continente de Prestes y Lamarca, Velasco, Torres, Seregni y tantos otros [. . .]. [El General Torrijos] jamás asimiló la sedicente Doctrina de la Seguridad Nacional, sino que fue uno de sus críticos más avezados. En la elaboración de esa crítica, y en la construcción de una doctrina militar liberacionista, tuvo numerosos interlocutores de su misma profesión, en varios países latinoamericanos". (Nils Castro, en el prólogo a la obra de Omar Torrijos: **Soy un soldado de América Latina**, 2da. ed., Centro de Estudios Torrijista, Panamá, febrero de 1984.)

Del 17 de septiembre al 1ro. de octubre de 1984, militares y civiles provenientes de trece países latinoamericanos realizaron el Primer Foro sobre Defensa Nacional y Latinoamericana, en Buenos Aires, dentro de este espíritu. Allí, "por primera vez, hombres de Latinoamérica debatieron [. . .] sobre

Puso el ejemplo cuando participó en el derrocamiento de Somoza y en las tareas de reconstrucción posteriores; igualmente, pasó a la acción cuando trató de tender puentes entre algunos militares salvadoreños y la guerrilla⁹².

Con el estallido del problema de la deuda externa, se ha demostrado que el General siguió el camino correcto cuando condujo a Panamá a una participación de primer orden en el ámbito internacional. Mientras muchos, estableciendo una falsa dicotomía entre lo externo y lo interno, le reprocharon que estas energías no estaban volcándose a la "patria doméstica", y que se estaba metiendo a Panamá "en líos en los que no tiene arte ni parte", otros consideraban que, con su internacionalismo,

la doctrina hegemónica de la 'Seguridad Nacional', cuestionando el sistema interamericano vigente sometido a los Estados Unidos, y planteándose la meta de la constitución de la Organización de los Estados Latinoamericanos (OELA) [. . .]. En lo inmediato, estamos abocados a la creación de un organismo regional para la defensa [en sustitución del TIAR], la Unidad Latinoamericana y del Caribe (ULAC)". (Julio César Urien, Presidente de la Unidad Argentina Latinoamericana, en el prólogo a **Militares por la Patria Grande**, *op. cit.*, páginas sin numeración. Cabe señalar que la citada obra ha dedicado un capítulo a Panamá, destacando el ejemplo de Omar Torrijos.)

⁹² Hay una referencia indirecta a estas gestiones en "La revolución nicaragüense es un ejemplo", *op. cit.*, pp. 209-210. Igualmente, señala José de Jesús Martínez: "En una de las paredes [del 'bunker' mencionado en la cita No. 83 que antecede] se había colocado un mapa grande de Nicaragua que con banderitas y rayas y círculos de colores, iba materializando las noticias que llegaban. Allí el único pensamiento que cabía era el de terminar, ganando, una guerra bien concreta. Cuando se ganó la guerra de Nicaragua, se sustituyó el mapa por uno de El Salvador. Y entonces lo asesinaron [al General Torrijos]". (**Aproximación al General Torrijos**, *op. cit.*, p. 73.)

Torrijos se hacía de la vista gorda, para no comprometerse del lado de los sectores populares en la lucha de clases interna. Hoy vemos cómo el propio Fidel Castro ha declarado, con insistencia y lujo de detalles, que considera "más esencial en lo inmediato la lucha por el nuevo orden económico mundial", tarea estratégica del momento⁹³. El Presidente cubano también prevé el fortalecimiento de las corrientes patrióticas y democráticas entre los militares latinoamericanos, como resultado del agravamiento de la situación económica mundial⁹⁴.

93 El dirigente cubano ha señalado que "si no se logra ese nuevo orden económico mundial, los terribles problemas de nuestros países no podrían resolverse simplemente con cambios sociales. Los cambios sociales, repito, incluso en un país pobre pueden traer mejor distribución y resolver importantes problemas, entre ellos dignificar la vida humana cuando se pone fin a horribles injusticias y desigualdades sociales que pueden tener lugar lo mismo en países muy ricos que muy pobres, pero considero la cuestión, la premisa de luchar por el nuevo orden económico mundial lo más importante en este momento para los países de América Latina y del Tercer Mundo, porque es lo que puede llegar a traducirse en la creación de condiciones para una independencia real, una soberanía real, e incluso el derecho, y no sólo el derecho, la posibilidad objetiva de realizar cambios sociales". (Fidel Castro: **La cancelación de la deuda externa y el nuevo orden económico internacional como única alternativa verdadera. Otros asuntos de interés político e histórico.** Texto completo de la entrevista concedida al periódico **Excélsior** de México. Editora Política, La Habana, 1985, pp. 137-138.)

94 "No veo riesgos de regreso a la ola de golpes militares de derecha, represivos y fascistas, que sólo por excepción podrían producirse en algunos países aisladamente; más bien vislumbro como posible que en caso de grandes conmociones sociales en algunos países, de las propias esferas militares surjan líderes con espíritu patriótico y un sentido realista de la situación, dispuestos a promover los cambios sociales junto al pueblo. En circunstancias mucho menos críticas, figuras surgidas de las filas militares, como Omar Torrijos en Panamá y Velasco Alvarado en Perú, enarbolaron las banderas de las reivindicaciones nacionales y las reformas sociales". (Fidel Castro, *ibid.*, p. 162.)

Ante el creciente y cada vez más insoportable empobrecimiento de los países pobres, con la correspondiente concentración de la riqueza en los países ricos, el Presidente del Perú, Alan García, ha exclamado que la seguridad de ellos (del imperialismo) es la inseguridad de nosotros⁹⁵. Creemos que el General Torrijos habría estado completamente de acuerdo con esto, como también habría acogido sin la menor vacilación la propuesta de realizar en Panamá una reunión de presidentes latinoamericanos para buscar soluciones al problema de la deuda. No olvidemos que el General trató de reunir un segundo Congreso Anfictiónico en Panamá en 1976 —infructuosamente, debido, precisamente, a la resistencia de los gobernantes latinoamericanos seguidores de la Doctrina de Seguridad Nacional⁹⁶.

El General Torrijos no llegó a presenciar el ocaso de esa ideología aberrante, cuando la Doctrina Monroe y todas sus variantes fueron desenmascaradas en el bochornoso episodio de la Guerra de las Malvinas, acontecimiento que también precipitó el desenmascaramiento y la caída de los abanderados de la Doctrina de Seguridad Nacional en Argentina, estrepitosamente fracasados en su proyecto económico y militar levantado sobre miles de desaparecidos, torturados y asesinados.

95 Cfr. discurso pronunciado por el mandatario peruano ante la Cuadragésima Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 23 de septiembre de 1985. En ese "nosotros" de Alan García, podemos incluir a los pueblos de los propios países industrializados, quienes también pagarán el precio de la aberrante dilapidación de los recursos de la humanidad en aventuras guerreristas y arsenales nucleares, si estalla el conflicto final.

96 Ver, al respecto, la obra de Paul B. Ryan, **La controversia del Canal de Panamá**, traducida del inglés por Ma. Elisa Moreno Canalejas. Editores Asociados Mexicanos, S.A., México, 1979, p. 171.

Durante la presidencia de Carter, apareció en el horizonte una mala estrella para los regímenes de "seguridad nacional", fortaleciéndose, preferentemente, la estrategia de la "democracia restringida" o "democracia viable" (viable para los intereses de los monopolios norteamericanos, en la medida en que se produjera una apertura democrática, pero conjurando cualquier peligro de "recaída" hacia vías revolucionarias). Ello no significa que los norteamericanos hayan abandonado la idea de defender sus intereses a sangre y fuego, utilizando la colaboración de las fuerzas antipatrióticas más oscuras. Allí están los postulados del Documento de Santa Fe de los asesores de Reagan, engendro plagado de la terminología guerrerista de la Doctrina de Seguridad Nacional, plan que viene cumpliéndose punto por punto y que contempla para nosotros la permanencia del Pentágono en Panamá a través de la Junta Interamericana de Defensa, la ocupación de las riberas del Canal por las corporaciones transnacionales, la aplicación de las fórmulas del Fondo Monetario Internacional y la participación de Panamá en campañas psicológicas y bélicas contra la autodeterminación de los pueblos centroamericanos, todo ello a costa de nuestra propia autodeterminación. Reagan y los intereses que representa buscan hundirnos en una situación de máxima inseguridad, en nombre de la "seguridad nacional" norteamericana.

El ideario torrijista se alza como una poderosa acumulación de dignidad y patriotismo para cerrarle el paso a la desolación y la muerte que se enseñorearán en nuestro país si el plan imperialista sigue realizándose. Omar Torrijos nos exige avanzar por el camino de una creciente participación popular en las decisiones del Estado, hacia la descolonización total, y más allá, hacia la construcción de una sociedad libre de explotadores y explotados. Resuena la voz del General, que les dice a los trabajadores:

“Si estuvieran organizados, ¡cuántas conquistas se hubieran logrado! Sin embargo, ya tienen algo”⁹⁷.

Y a los campesinos:

“Saben que, en la proporción en que se organicen, tendrán la tierra”⁹⁸.

Y a todos nosotros:

“Yo creo que es mejor que cambie la mentalidad del pueblo, para que aprenda a defender sus conquistas”⁹⁹.

“Algunos me dicen: ‘Omar, no te vayas a vender a los gringos’, o me dicen: ‘Omar, no vayas a darle la razón a los ricos’. Ese es el cambio más grande”¹⁰⁰.

Panamá, 10 de octubre de 1985.

97 “Diálogo en Farallón”, *op. cit.*, p. 54.

98 *Ibid.*, p. 56.

99 “El tronco donde se rasca el tigre”, *op. cit.*, p. 159.

100 *Ibid.*, p. 162.

SEMBLANZA DE UN LIDER

*por Jesús Alfredo Pérez Rodríguez
(Segunda Mención de Honor)*

El autor es técnico estadístico en la Dirección General de la Pequeña Empresa, del Ministerio de Comercio e Industrias. Obtuvo el Premio Carlos Gardel 1985, otorgado por la Embajada de Argentina en Panamá, con el ensayo La música popular y la integración de América Latina. La Embajada de España en Panamá premió su trabajo Isabel la Católica y América. También ha publicado el ensayo Universidad, conciencia crítica de la República.

“Nos hemos empeñado en grandes realizaciones que obligan a mantener un principio de unidad para que estas conquistas sigan teniendo vigencia y para poderle garantizar a nuestro pueblo que el pasado bochornoso del cual todos nos avergonzamos, no regresará”.

OMAR TORRIJOS

Introducción

En algún momento del tiempo y espacio de la historia de una nación, se forja una revolución que sin dejar de depender de la corriente ideológica que la empuje, es motivada por la inquietud y anhelos de un pueblo que exige cambios para su bienestar y tranquilidad. No puede haber revolución sin participación popular. Es así que, como respuesta a una crisis, brota un líder, que lucha por el sentir y voluntad del pueblo.

Nuestra nación no ha escapado a esta realidad, y es así que durante los meses que culminaron con las elecciones de 1968, se palpa la negativa del pueblo panameño a que el régimen tradicional continúe gobernando sin encontrar respuesta a la crisis que confronta la nación.

Y así, de esta repulsa popular, se manifiesta como una respuesta la figura del General Omar Torrijos Herrera, como vanguardia de una generación que exige nuevos cambios para mejorar la realidad nacional de aquellos tiempos.

Ante la nueva conducción nacional, en el pueblo renace la fe hacia sus gobernantes y su espíritu se transforma hacia la nueva concepción “yunta pueblo-gobierno”,

que no es sólo una expresión gráfica, ya que responde a las necesidades de las zonas marginadas, a los que nunca recibieron beneficios, a los poblados precarios, olvidados por mandatarios anteriores. Así, el nuevo gobierno centra su atención, más que nada, hacia ese hombre del campo, huérfano de protección. Vemos así cómo se crea una imagen de bienestar popular, a través de la prosperidad general, la modernización y transformación de la fisonomía de las áreas rurales y urbanas; se crean asentamientos campesinos que con una dirección técnica apropiada explotan y cultivan la tierra; se crean obras de infraestructura a través de selvas y montañas; finalmente, se produce una conciencia nacionalista y soberana.

Esa es la obra, realidad que responde a una concepción del hombre, del líder que, en sus diálogos con el pueblo, se solidariza con él, y actúa con acción y reflexión para solucionar los problemas que lo agobian.

El destino de este gran hombre era el de ser líder, dirigente, y un ejemplo para América Latina.

Perfil de un hombre y estadista

La historia de la vida de un gran personaje no se puede reducir a la simple recopilación cronológica del camino o de las etapas en la vida de éste. Se trata de analizar o profundizar en la relación histórica entre el hombre y el panorama social dentro del cual se forma, piensa, actúa y muere. Ese ambiente social moldea a los hombres y sobreviene en su vida; de la misma manera, unos más que otros, los hombres coinciden en el panorama social y lo transforman.

Por lo tanto, la tarea de investigar la vida y obra del General Omar Torrijos Herrera requiere de un análisis concienzudo y directo de las fuentes.

Por una parte, se trata de respetar la necesaria rigurosidad científica en la investigación, lo que obligará a quien analice su biografía a recorrer la totalidad del tejido y la geografía patria que lo envuelve: desde la burguesía panameña hasta los estratos más bajos; desde Coclesito y Nuevo Tonosí hasta la urbe metropolitana. Por otra parte, la obra del General Torrijos como militar, como gobernante, como líder político, nacional e internacional, sigue abierta y en plena evolución, dependiendo su realización final de otros hombres. El balance y el juicio histórico sólo podrá realizarse cuando su obra se tuerza al punto de ser irreconocible la paternidad o cuando ella se haya sedimentado, fundiéndose con la historia patria y quedando como hito de la nación panameña.

El General Omar Torrijos Herrera nació en Santiago, cabecera de la provincia de Veraguas, considerada como la población más pobre, con más elevado porcentaje campesino en precarias condiciones de salud y mayor índice de analfabetismo. Nació el 13 de febrero de 1929, octavo hijo de los doce que tuvo el matrimonio formado por don José María Torrijos Reilmayr, oriundo del Valle del Cauca, Colombia, y doña Joaquina Herrera de Torrijos, dama de una familia de Santiago, Veraguas, ambos maestros de enseñanza primaria durante más de treinta años en docenas de caseríos campesinos y poblaciones rurales del interior del país. Parte de la infancia del General Torrijos transcurrió en los humildes caseríos campesinos en donde sus padres laboraban como maestros.

El General hizo sus estudios primarios en la Escuela Dominio del Canadá e inició sus estudios secundarios en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, de su pueblo natal, respondiendo al interés de sus progenitores, que deseaban que fuera maestro de escuela, como ellos y como la mayoría de sus hermanos. Cursaba el tercer año de estudios magisteriales cuando ganó una be-

ca para hacer estudios militares en la Academia Militar Capitán General Gerardo Barrios en El Salvador, en donde obtiene los títulos de Sub-Teniente de Infantería y Bachiller en Ciencias y Letras.

En la Academia Militar de San Salvador se le considera como un líder de su grupo, por su interés en el estudio de los problemas socioeconómicos y políticos de los pueblos centroamericanos, por su capacidad organizativa y sus dotes de conductor y por su profundo sentido del compañerismo. El orgullo nacionalista y la preocupación por las masas populares le ganan el mote de "Indio Omar" entre sus compañeros.

Aquellas incipientes condiciones estudiantiles adquieren relevancia desde su ingreso a la Guardia Nacional de Panamá el 19 de febrero de 1952, seis días después de haber cumplido 23 años de edad, institución en donde hizo carrera hasta ser General de Brigada. Aquí él llamará la atención de sus superiores por su fervorosa dedicación, su capacidad de mando y su espíritu de superación. Tres años después, exactamente el 21 de mayo de 1955, es ascendido a Teniente, y el 5 de noviembre de 1956 alcanza el grado de Capitán. Cuatro años más tarde, el 3 de octubre de 1960, asciende a Mayor e ingresa a la plana superior directiva de nuestro Instituto Armado. El 1º de julio de 1966 se le promueve a Teniente Coronel y se le asigna la responsabilidad de la Secretaría Ejecutiva de la Comandancia. Casi tres años después, el 11 de marzo de 1969, llegará a General de Brigada.

Prestó servicios en todos los departamentos y secciones de la Guardia Nacional, entre los cuales podemos mencionar: Capitán Jefe del Departamento de la Guardia Nacional en Tocumen, Mayor Jefe de la Guardia Nacional en la Zona Atlántica, Colón y Chiriquí, Secretaría Ejecutiva de la Comandancia General de la Guardia Na-

cional, Jefe de Estado Mayor y finalmente Comandante Jefe del único Instituto Armado del país.

Su vida militar le trajo un valioso cúmulo de experiencias que lo relacionaron con figuras relevantes del acontecer político del área, lo que muchos consideran fue la efervescencia que germinó en sus dotes de dirigente.

Participó y fue distinguido con representaciones de la Guardia Nacional en conferencias, congresos y reuniones internacionales, misiones especiales en el exterior y becas de estudios especializados en guerra de guerrillas, operaciones selváticas, operaciones anti-insurrecciones y cursos superiores de Comando y Estado Mayor, hasta convertirse en el oficial de más alta formación académica y técnica dentro de las Fuerzas Armadas panameñas. Misiones especiales que le fueron encomendadas dieron oportunidad al General Omar Torrijos Herrera de adquirir conocimientos, relaciones y orientaciones de carácter más amplio en cuestiones socioeconómicas y políticas. En efecto, representó a Panamá en comisiones especiales, como cuando fue observador militar de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en el enfrentamiento fronterizo entre Honduras y El Salvador, y en el conflicto entre Honduras y Nicaragua.

Representó al país en varias reuniones de Jefes de Estado Mayor del Istmo centroamericano en Guatemala, y en las conferencias de ejércitos americanos celebradas en los Estados Unidos; en la Sexta Conferencia de Ejércitos Americanos en Lima, Perú, y en Buenos Aires, Argentina. Integró la representación de Panamá en la Séptima Conferencia de Ejércitos Americanos.

Cuando el gobierno iniciado el 11 de octubre de 1968 rompió los moldes constitucionales y trató de instaurar un régimen dictatorial, el entonces Teniente Coronel Torrijos Herrera asumió la responsabilidad de la organi-

zación y desarrollo del proceso revolucionario, para rescatar los derechos constitucionales y restaurar el orden y la seguridad en la nación. Así le corresponde la jefatura máxima del Gobierno Revolucionario. Pero sus naturales dotes de estadista y su profundo respeto por el orden civil quedan de manifiesto cuando reclama la colaboración de profesionales, técnicos, intelectuales y otros elementos civiles independientes para formar el nuevo gobierno.

Establece, como sistema de vigorosa autenticidad democrática, la consulta popular directa y el diálogo abierto con todos los sectores de la opinión pública.

Como consecuencia de esa profunda y amplia auscultación de las ideas, opiniones y sentimientos nacionales, adopta como objetivo máximo del proceso revolucionario la bandera de la recuperación plena y efectiva de los derechos soberanos y jurisdiccionales sobre la integridad del territorio nacional, incluyendo la hasta entonces llamada Zona del Canal, ocupada por el poder político, económico y militar de los Estados Unidos. Convierte esa gesta reivindicadora de la dignidad y la independencia en la religión que une, no solamente a los panameños, sino a todas las naciones del Continente, con la simpatía y la solidaridad de casi todos los pueblos del mundo.

Durante su vida como dirigente, algunos lo elogiaron y respaldaron, mientras que sus contrarios lo deploraron en todas las formas. Sin embargo, cabe admitir que salió airoso en su lucha.

En 1969, el 16 de diciembre, se sacudió de un intento de derrocamiento por parte de un grupo de oficiales subalternos.

El General Omar Torrijos Herrera, hasta el momento, ha sido el único ciudadano panameño que una Constitución

Nacional menciona textualmente. En efecto, la Constitución Nacional promulgada en 1972, en sus disposiciones transitorias establece, en el Artículo 277, lo siguiente:

“Se reconoce como Líder Máximo de la Revolución Panameña al General de Brigada Omar Torrijos Herrera, Comandante Jefe de la Guardia Nacional. En consecuencia, y para asegurar el cumplimiento de los objetivos del proceso revolucionario, se le otorga, por el término de seis años, el ejercicio de las siguientes atribuciones: Coordinar toda la labor de la Administración Pública; nombrar y separar libremente a los Ministros de Estado y a los Miembros de la Comisión de Legislación; nombrar al Contralor General, al Subcontralor General de la República, a los Directores Generales de las entidades autónomas y semiautónomas y al Magistrado del Tribunal Electoral que le corresponde nombrar al Ejecutivo, según lo dispone esta Constitución y la Ley; nombrar a los Jefes y Oficiales de la Fuerza Pública de conformidad con esta Constitución, la Ley y el Escalafón Militar; nombrar, con la aprobación del Consejo de Gabinete, a los Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, al Procurador General de la Nación, al Procurador de la Administración y a sus respectivos suplentes; acordar la celebración de contratos, negociación de empréstitos y dirigir las relaciones exteriores”.

La Constitución de 1972 también establece que: **“El General Omar Torrijos Herrera tendrá, además, facultades para asistir con voz y voto a las reuniones del Consejo de Gabinete y del Consejo Nacional de Legislación y participar con derecho a voz en los debates de la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos y de los Consejos Provinciales de Coordinación y de las Juntas Comunales”.**

Calificado por unos como **“dictador”**, por otros como **“líder”**, el General Torrijos, a pesar de mantenerse tenaz

en su lucha por obtener un tratado que redimiera a Panamá del documento firmado en 1903, se mantenía caballeroso con sus contrarios en el debate por sus principios.

Efectuó por todo el país lo que llamó un "patrullaje doméstico", y, en su helicóptero, uno de sus medios de transporte favoritos, cargó por toda la República con dirigentes de otras naciones. Torrijos recorre frecuente e incansablemente toda la geografía del país, desde los barrios pobres de las ciudades hasta las más apartadas aldeas indígenas y campesinas. Su relación directa, franca y amistosa con la gente de todos los niveles y condiciones, desde los ricos empresarios y líderes políticos hasta los líderes obreros y trabajadores campesinos, incluyendo a los estudiantes y amas de casa, lo lleva al conocimiento de que sólo un sistema auténticamente representativo de todos los sectores de la comunidad nacional puede consolidar el cimiento para un proceso revolucionario que, al más bajo costo social, avance hacia el desarrollo socioeconómico y cultural del país, con participación de toda la población y con una más equitativa distribución de las oportunidades y de las utilidades.

Durante uno de sus patrullajes domésticos en Chitré, por ejemplo, el 14 de julio de 1978, dijo: "Hay que capacitarnos, para ver cuál es el voltaje que va a tener la luz del siglo que se avecina".

El 10 de noviembre de 1977, llevó a Ailigandí, San Blas, al Senador norteamericano Robert Byrd, Jefe de la Mayoría Demócrata del Senado.

El miércoles, 18 de enero de 1978, en Contadora, reúne al Comité Senatorial norteamericano integrado por los Senadores Charles Percy, Jacob Javits, Clifford Case, John Sparkman, Frank Church, Claiborne Pell y Paul Sarbanes.

Algunos calificaron al General Torrijos como "una figura folklórica", y mundialmente se hicieron famosas sus frases tales como "En la lucha por la recuperación de nuestra soberanía en la Zona del Canal, nos encontrarán de pie o muertos, pero nunca de rodillas", y "Yo no quiero entrar a la Historia, yo quiero entrar en la Zona del Canal".

Otra de sus frases fue: "El vacío político que va a dejar nuestra victoria sobre la Zona del Canal de Panamá debe ser llenado con una campaña de lucha en el frente económico interno que nos dé la victoria del desarrollo".

Ante todo, el General Torrijos fue un hombre que poseía una gran visión sobre el futuro de la República. Así, con grandes ideas bullendo en su cerebro, inicia una serie de actos y realizaciones que seguirán repercutiendo hasta después de su muerte.

Así, crea una nueva estructura política que parte de los corregimientos, como células poblacionales básicas, para integrar la base del Poder Popular, que adopta la forma de Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos, con ramificaciones en las Juntas Comunales y Locales, los Consejos Municipales y las Juntas Provinciales de Coordinación.

Su origen familiar y su propia formación magisterial imprimen especial interés a la gestión de estadista del General Torrijos por la ampliación y mejoramiento del sistema educativo. Con la asistencia y asesoramiento de técnicos y expertos en la materia, desarrolla un vigoroso programa de creación y construcción de escuelas y colegios, lo que multiplica a través de los años tanto la población escolar como el número de educadores. Impulsa un proceso de reforma educativa integral, que enfatiza el cultivo de las tendencias vocacionales, la formación profesional y técnica, la capacitación

para el trabajo productor y la alfabetización. El sistema educativo se fortalece con el Seguro Educativo que permite sistematizar la educación sindical y los programas de becas individuales y comunitarias, así como los préstamos para la formación y aprovechamiento de los recursos humanos.

El perfil del General Torrijos se caracteriza por su profundo sentido humano. Su conducta y sus actividades evidencian una amplia capacidad de comprensión, lo que le permite entender la situación y necesidades, las aspiraciones y problemas de todos los sectores de la comunidad.

Así, con la misma gallardía y decisión con que se enfrenta al poder y la influencia de la nación más grande y poderosa del mundo para rescatar los derechos que a su patria corresponden en la llamada Zona del Canal, asimismo, concede amplia amnistía a todos sus adversarios políticos y ofrece generosas oportunidades para sus más enconados enemigos.

Institucionalizado constitucionalmente el nuevo sistema democrático de gobierno, fundado en la expresión directa de la voluntad popular, restaurada la participación de los partidos políticos y culminada la gesta reivindicadora de la soberanía con la entrada en vigencia de los Tratados Torrijos-Carter, el General Torrijos entrega la plenitud de la responsabilidad gubernamental a los civiles, y se repliega a las funciones que le corresponden como Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas.

Así, sin revueltas y sin presiones, sin que sea necesaria la apelación a la violencia, el proceso revolucionario, considerado como una causa popular que se desarrolla sin sangre y sin dolor, realizado con un equipo profundamente compenetrado con los más elevados ideales patrióticos y constructivamente conducido por un líder que

se identifica con su pueblo, inicia una nueva etapa democrática pluralista, para seguir avanzando hacia la grandeza de una patria que es de todos y a la que todos nos debemos plenamente. Inesperada y prematuramente el General Omar Torrijos Herrera muere el 31 de julio de 1981, mientras realizaba un vuelo en el FAP 205 entre Penonomé y Coclesito. Fue elevado a General de División póstumamente, proyectándose así su figura y su obra como la luz que iluminó y guió a la Patria panameña.

Realizaciones del proceso revolucionario

Decir “proceso revolucionario” es decir Omar Torrijos, ya que él fue la cabeza de los cambios que se suscitaron con la revolución a lo largo y ancho de la nación panameña. Él es el creador de la doctrina que promulga una transformación de la realidad física, mediante la creación de obras de infraestructura que llenaran las necesidades del país. La realidad económica y social también fue tocada: **Se aumenta la producción y se distribuyen los ingresos equitativamente, se incentiva la cultura hacia el pueblo, se conscientiza a la masa con respecto a su papel nacionalista y soberano en la Zona del Canal.**

Son incontables los aportes de la revolución torrijista, pero trataremos de exponerlos brevemente en sus aspectos más importantes.

Primordialmente, el sector salud jugó un papel de importancia, ya que el Gobierno Revolucionario asumió plenamente la responsabilidad de garantizar y proteger a la población urbana y rural sobre la base del lema “Salud igual para todos”. Esto era, ante todo, un reto que había que encarar, desplegando recursos para asegurar que en el rincón más apartado llegara la atención médica y sanitaria. Ante todo, se incorporó a las comunidades, por medio de los Comités de Salud, a la organización y

desarrollo de planes y programas de medicina preventiva. La higiene ambiental, la sectorización de los servicios médicos, la prevención masiva por medio de la vacunación general, los huertos comunales para mejorar la nutrición, el programa nacional de acueductos para agua potable, pronto comenzaron a producir frutos positivos. Se procedió a erradicar la tuberculosis, la difteria, el sarampión, la varicela y otras epidemias que azotaban de muerte a la población infantil.

A la fecha, se puede observar cómo se multiplicaron los Centros de Salud en todo el país, poniéndose así al alcance de las comunidades la atención básica, tanto preventiva como curativa, que necesitaban los niños y los adultos. La Caja de Seguro Social ha creado clínicas en todas las poblaciones importantes y ha construido modernos hospitales en Changuinola, Puerto Armuelles y David, ampliando y modernizando los de Colón, Santo Tomás en Panamá, Santiago, Penonomé, Chitré y Las Tablas.

Es más, la Policlínica Especializada, anexa al Hospital General de la capital, ha triplicado la capacidad de esta institución, incorporando equipos, instalaciones y sistemas de la más avanzada tecnología médica, incluyendo la medicina nuclear.

El proceso torrijista fue el creador de la integración entre el Seguro Social y el Ministerio de Salud, tratando así de reformar los estatutos de la Seguridad Social, eliminando el concepto de "caridad", para poner todas las instituciones de salud al servicio, no solamente de los asegurados, sino también de sus hijos, padres, esposas o compañeros, así como del resto de la comunidad.

Con respecto al programa nacional de acueductos para agua potable, el proceso revolucionario, a través del Ministerio de Salud, ha construido alrededor de mil

acueductos rurales, dirigidos a poblaciones de menos de 500 habitantes, lo que significa que un gran porcentaje de la población campesina e indígena cuenta ahora con agua potable, con la cooperación del propio esfuerzo comunal. Simultáneamente, el Instituto de Acueductos y Alcantarillados Nacionales (IDAAN) ha construido alrededor de cien acueductos urbanos para otras tantas comunidades de mediana población.

Durante la dirigencia torrijista se ampliaron, modernizaron o reconstruyeron los acueductos de David y Santiago, de Chitré y Las Tablas, de Penonomé y otras poblaciones, en las que también se han construido o ampliado los sistemas de alcantarillados.

La ciudad de Panamá ha sido dotada de una planta potabilizadora propia en Chilibre, que fue planeada y construida por profesionales, técnicos y especialistas panameños, con recursos panameños, para liberar al país, también en ese aspecto, de la dependencia extranjera. La planta potabilizadora de Chilibre tiene capacidad para satisfacer la demanda del consumo local hasta más allá del año dos mil, y está considerada como un modelo en su género en América Latina.

Se han construido sistemas para el tratamiento de las aguas negras y se avanza consistentemente hacia la ampliación del alcantarillado para liberar a los barrios aledaños a Panamá y Colón del anticuado sistema de tanques sépticos. Panamá ocupa uno de los primeros lugares en América Latina en cuanto a la disponibilidad y pureza de agua potable como base para asegurar una salud igual para todos, en la ciudad y en el campo.

Omar Torrijos sabía que el sector agropecuario es uno de los integrantes de la base económica del país. Por lo tanto, él centró su atención hacia el campesino con cuyas manos se labra el progreso del país. Así, defi-

nió una política agropecuaria nacionalista a base del mejor y más efectivo aprovechamiento de los recursos naturales y los recursos y capacidades humanas. Las instituciones estatales aplicaron un criterio desarrollista, que impulsó y dinamizó las labores del nuevo Ministerio de Desarrollo Agropecuario y de otras entidades similares. Para hacer efectiva dicha política, se desarrollaron los programas de reforma agraria, pero no limitados a la simple distribución de las tierras improductivas, sino a la reubicación de la población en asentamientos campesinos, juntas agrarias y cooperativas agropecuarias, dotadas de tierras adecuadas, programas crediticios y asistencia técnica. Así se hizo posible la mecanización agrícola que elevó el nivel de vida y de trabajo de los agricultores campesinos motivados por adecuados precios de sostén y por el inapreciable sistema de mercadeo. Para estimular el desarrollo agroindustrial, se rescataron las tierras de las empresas fruteras extranjeras. Se crearon empresas como los ingenios azucareros de la Corporación de la Victoria y las corporaciones de producción y exportación de bananos (COMUNBANA).

Se nacionalizó la empresa de producción de Cítricos de Chiriquí; la ganadería recibió estímulos muy efectivos que facilitaron desde la importación de sementales para el mejoramiento del ganado hasta la exportación de vaquillas y ganado de carne, además de la industrialización y adecuado precio de sostén de la leche, tanto para satisfacer el consumo local como para aprovechar las oportunidades de exportación.

Se intensificaron y ampliaron los programas de capacitación profesional y técnica, de asistencia crediticia y científica, de sistemas de mercadeo, de tasas preferenciales de interés en los préstamos para la producción y de estímulos para la exportación, los cuales están fortaleciendo tanto el nivel de vida y de trabajo como la significa-

ción económica de la agricultura y la ganadería panameñas.

Años antes del proceso revolucionario, los presupuestos fiscales destinaban, supuestamente, decenas de millones de balboas para la construcción de carreteras, caminos de penetración, calles y demás necesidades vitales de la comunidad, en cuanto a comunicaciones y transportes, obras que luego eran invariablemente postergadas en el marco de la politiquería.

Pero con la intervención posterior de la revolución torrijista se crearon políticas desarrollistas y de integración, las cuales prestaron atención especial al transporte terrestre, por medio de una combinación de obras realizadas por la administración directa del Ministerio de Obras Públicas, con la cooperación comunal, y por contratos otorgados por licitaciones públicas muy bien supervisadas. El programa de carreteras y caminos se trazó teniendo en cuenta las capacidades productoras de las regiones y las urgencias de salud y educación de los habitantes. Las partidas destinadas a carreteras y caminos se utilizaron con sentido de inversiones reproductivas, para estimular la producción agropecuaria, asegurando facilidades de transporte en todas las épocas del año.

Así, en los últimos años, se ha quintuplicado la extensión de carreteras en relación con las construidas antes de 1968, y se ha reconstruido, ensanchado y modernizado la carretera central que, en grandes tramos, como el de Arraiján a Coronado, estaba casi totalmente en mal estado para transitar.

Se ampliaron y reconstruyeron, entre otras, la carretera transístmica de Panamá a Colón, la de Divisa a Las Tablas —en la que administraciones pasadas malgastaron muchos millones escandalosamente—; se construyó la de Paso Canoa a Puerto Armuelles, la de Pedasí a Tonosí y

Las Tablas-Tonosí, la de David a Boquete y la de Tocumen a Chepo.

También, hacia la frontera con Colombia, contamos con la carretera que comunicará por tierra a la Comarca de San Blas. El proceso torrijista fue iniciador del primer tramo de la autopista metropolitana que va de La Chorrera a Arraiján, y de la carretera transístmica que va de Bocas del Toro a Chiriquí.

Una extensa red de carreteras comunica a las principales regiones productivas de Los Santos, Coclé, Chiriquí, Herrera y Veraguas. Centenares de caminos vecinales impulsan la producción agropecuaria, que tradicionalmente se había estado reduciendo en su capacidad de crecimiento y desarrollo en las áreas rurales del interior del país, a la vez que se ha reducido la migración campesina hacia las ciudades de Panamá y Colón.

El gobierno revolucionario también se ocupó del problema habitacional, que no solamente era señalado tradicionalmente como uno de los más críticos en el país, sino también como uno de los de agravamiento más acelerado.

El General Omar Torrijos Herrera siempre decía: "La vivienda es factor determinante en la unión de la familia", y por eso creó una política habitacional, impulsada y desarrollada por medio del Ministerio de la Vivienda, con la cooperación de la Caja de Ahorros, la Caja de Seguro Social, el Banco Nacional, el Banco Hipotecario y otras entidades estatales. Ha significado más de treinta mil soluciones de vivienda para otras tantas familias humildes integradas por cerca de doscientas mil personas.

Las barriadas "bruja" van desapareciendo y transformándose en barrios modernos; nuevos trazados de calles y aceras son pavimentados para darles un carácter urbano

higiénico y saludable. Los tendidos eléctricos son mejorados y las corrientes de agua son dragadas y saneadas. Al lado de las originales comunidades de "casas brujas", los nuevos moradores encuentran habitación cómoda, segura y barata en las numerosas urbanizaciones construidas por el gobierno revolucionario, cada una de las cuales está dotada de calles pavimentadas, agua potable. Los ruinosos caserones de inquilinato han ido desapareciendo, al construirse viviendas que albergan a millares en el Chorrillo, Marañón, Santa Ana y Curundú. Paralelamente, se ha estimulado la construcción y edificación de inmuebles para la clase media y media alta, creando incentivos muy atractivos para los inversionistas en edificaciones de nuevas barriadas que van desde la exención del impuesto de inmueble a muy largo plazo, hasta reducciones en otras líneas de impuestos relacionados con la industria de la construcción.

La creación de la empresa estatal Cemento Bayano ha contribuido a reducir el impacto de la inflación en los costos de la construcción, favoreciendo no solamente el mejoramiento de la vivienda, sino también la generación de oportunidades de trabajo para profesionales, técnicos, artesanos y obreros de todos los niveles.

La educación también estuvo en la mira del proceso revolucionario, ya que, según lo demostraba el censo de 1970, más de doscientas mil personas, sin contar las de edad escolar, no sabían leer ni escribir. La gran mayoría de esa población analfabeta estaba constituida por campesinos, indígenas, empleadas domésticas, obreros no calificados y otros elementos de similar condición socio-económica. Por tal motivo, el proceso revolucionario panameño reconoció como una de sus primeras prioridades a la educación, y, para atender este objetivo, adoptó nuevas medidas y organizó científicamente esfuerzos dispersos que se habían realizado de manera tradicional en la escuela panameña, como los huertos escolares o

las antiguas escuelas de agricultura y carpintería, dando lugar al surgimiento de un concepto moderno de formación integral del individuo.

Se crearon escuelas primarias completas en todas las regiones de la República, se construyeron centenares de edificios capaces de convertirse en ejemplos de funcionalidad y eficacia y en centros de atracción y orientación para las comunidades. Se institucionalizaron programas de distribución de calzados para todos los niños en el país y de uniformes escolares gratuitos o a mínimo costo. Se extendió, por mandato constitucional, la educación gratuita y obligatoria a nueve años, se crearon decenas de ciclos básicos de producción, que ampliaron y tecnificaron la enseñanza de acuerdo con las realidades y posibilidades del ambiente. La educación media se extendió a cinco veces su capacidad anterior, agregando bachilleratos vocacionales e industriales que respondían a las demandas de los planes y programas de desarrollo integral.

La Universidad de Panamá triplicó su número de carreras y de profesores, y cuadruplicó su cantidad de estudiantes, principalmente en las áreas de ciencia y tecnología, fortaleciendo sus extensiones regionales en el interior de la República. Al mismo tiempo, se crearon carreras técnicas intermedias, más cortas y de menor costo, que capacitan a los jóvenes para trabajar productivamente en condiciones más dignas y eficaces.

La Reforma Educativa amplió las oportunidades para realizar estudios mejor adaptados a las necesidades y aspiraciones de la comunidad, capacitando para el trabajo productor y alentando el aprovechamiento de estudios técnicos y científicos. Para mayor efectividad de la enseñanza, se editaron millones de libros que se distribuyeron gratuitamente. Mediante el establecimiento del Seguro Educativo, ha sido posible invertir decenas de mi-

llones de balboas en becas de estudio a todos los niveles, dentro y fuera del país, y en préstamos para que estudiantes y profesionales amplíen, mejoren y profundicen sus conocimientos.

Entre las cavilaciones del General Torrijos, se encontraba la necesidad de aprovechar el potencial hidroeléctrico, ya que como él decía: "Donde no hay electricidad, no hay desarrollo".

Durante largos decenios, el Estado panameño soslayó el problema de la energía, otorgando a empresas extranjeras y privadas concesiones para servicios de utilidad pública tan fundamentales como la producción y suministro de energía eléctrica, incluyendo las comunicaciones telefónicas. Como consecuencia de esa situación, tales servicios se prestaban con criterio exclusivamente comercial, de manera que, tanto el alumbrado eléctrico como los teléfonos, se prestaban solamente en aquellas comunidades cuyas condiciones aseguraban mayor rentabilidad a las inversiones.

Cuando la poderosa transnacional, Compañía Panameña de Fuerza y Luz, se quedó corta, hasta en lo relativo al mantenimiento de instalaciones y equipos en las ciudades de Panamá y Colón, el Gobierno Revolucionario se vió obligado a intervenir la empresa para garantizar los servicios a los habitantes de esas ciudades. Al nacionalizarse lo que hasta entonces fue monopolio extranjero, se elevó el Instituto de Recursos Hidráulicos y Electrificación a la posición de máximo organismo independiente y soberano para el desarrollo energético del país. Así se hizo realidad el millonario proyecto de la construcción de la hidroeléctrica del Bayano, seguido años más tarde por el de La Estrella-Los Valles. Actualmente se encuentra funcionando la Hidroeléctrica Edwin Fábrega, antiguamente denominada "Fortuna", cuyos primeros avances de construcción los inició el gobierno revolu-

cionario. También se realizaron estudios correspondientes al proyecto Teribe-Changuinola, para 1988. Se desarrolla también el programa de mini-represas en las provincias centrales y en Chiriquí.

Con la desaparición de las empresas privadas de electricidad en las poblaciones del interior, se procedió a la consolidación y robustecimiento del servicio del IRHE, a la integración nacional del servicio y suministro de energía, con los más modernos equipos e instalaciones. De esa manera, no solamente se ha multiplicado la capacidad del servicio, sino que se ha reducido en un 60 % la dependencia de la energía generada por petróleo importado. La ampliación eléctrica incluye a todas las poblaciones importantes de la República y a centenares de comunidades rurales, con el consecuente mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de sus habitantes.

Así ha sido posible dar un vigoroso impulso al desarrollo de las empresas y actividades comerciales e industriales, que ahora cuentan con toda la energía que requieren sus nuevas instalaciones industriales, como parte fundamental de la infraestructura para el desarrollo integral de la nación panameña.

Entre las realizaciones más trascendentales del proceso revolucionario se encuentra el establecimiento de un nuevo sistema político fundado en una auténtica participación. La Constitución de 1972 garantizó la soberanía del Poder Popular, dando oportunidad de representación a cada una de las comunidades de la población, por medio de las Juntas Comunales y Locales, los Consejos Municipales, los Consejos Provinciales de Coordinación y la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos, complementada con el Consejo Nacional de Legislación.

Se estableció la ciudadanía política desde los 18 años de edad, para hacer posible la participación de la juventud. El Organismo Ejecutivo, cuyo Jefe será elegido por medio del sufragio popular directo, funciona a base de consulta directa con los diferentes sectores de la comunidad, para dar participación a todos los ciudadanos en la determinación de los planes y programas de gobierno. Al Poder Popular, surgió el representante de la comunidad, del Corregimiento, histórica y vivencialmente una célula olvidada de la población istmeña.

Para los políticos que sólo conocían el país en cifras estadísticas, era absurda la representación homogénea de comunidades con diferente número de pobladores, no equiparables en su medición demográfica. No atinaban a entender que hasta la menor comunidad panameña, representada en el corregimiento, tenía un denominador común, pese a su disparidad de población: las mismas y exactas necesidades y la falta de una comunicación directa con el gobierno. De esta realidad surge el poderío y la fuerza del Poder Popular, que, como se ha comprobado, se modifica en la institucionalización de nuestras organizaciones políticas, pero ya no podrá desaparecer, porque el hombre del pueblo no lo dejará desaparecer. También se debe al proceso torrijista la creación de una estructura legal para el funcionamiento de los partidos políticos, sin eliminar las elecciones directas de Representantes de Corregimientos, estableciendo la participación de las bases partidistas en la selección de los candidatos de cada partido.

Se han creado amplias facilidades para la inscripción de partidos representativos de las diferentes corrientes de opinión, así como de candidaturas independientes, garantizándose la participación pluralista en la vida política de la República.

Esto incluye la posibilidad de recibir asistencia económica estatal, para evitar la preponderancia del poder económico en el manejo de la opinión pública.

El gobierno torrijista abrió el compás hacia la liberación interna del pueblo, a través de la libertad de expresión.

La independencia de los medios de comunicación social, la creación de entidades que permiten al Estado y a todos los sectores de la comunidad utilizar tales medios para ejercer la libertad de expresión, defender los derechos del pueblo, brindar servicios de educación y orientación, han sido logrados parcialmente por el gobierno revolucionario. Se han aprobado, con base en los proyectos propuestos por profesionales de las ciencias de la comunicación social, las disposiciones legales que buscan garantizar el libre pero responsable ejercicio del periodismo, incluyendo un Código de Ética.

Se han creado la Dirección General de Información del Estado, la Televisión Educativa y la radio estatal. Se ha ampliado la cobertura nacional de los medios de comunicación social, lo que contribuye a la creciente integración de la sociedad nacional en todo el territorio del país.

Paralelamente, se facilita la creación de nuevos órganos periodísticos, mediante la exoneración de equipos, y se abren canales para el cumplimiento independiente de la misión orientadora e informativa.

Tanto los partidos políticos como las organizaciones sindicales, estudiantiles y de cualquiera otra índole, ejercen libremente su derecho de expresión y se manifiestan, sin más limitaciones que las impuestas por el respeto a la propiedad y al derecho ajenos.

En cuanto a la información internacional, se adelantan los planes tendientes a crear servicios informativos inde-

pendientes, adaptados a las realidades y derechos del Tercer Mundo, a la vez que se hacen los primeros esfuerzos para dotar al Estado de sus propios sistemas informativos, para ampliar y consolidar el prestigio, la dignidad y la independencia de la nación panameña.

Cuando todavía los políticos tradicionales seguían cuestionando la lógica de la representación por corregimientos, se le da prioridad al gran problema generacional: el Canal y la Zona del Canal.

La existencia de la llamada Zona del Canal, que con sus bases militares constituye un enclave colonial que viola la soberanía panameña e impide el desarrollo orgánico e independiente del país, ha sido la causa de un estado de situación que no podía terminar sino con la unión nacional, sentimiento dinámico y militante, que sustenta y realiza la revolución nacional.

De estos hechos irrefutables, surgen los fundamentos esenciales y los objetivos primordiales de la revolución panameña: integrar al país mediante la unión nacional, atributo esencial de la soberanía, y reivindicar el atributo bajo jurisdicción foránea.

La revolución entiende que el desarrollo es para el hombre istmeño y no para las estructuras del Estado. Ese mismo concepto se aplica a la figura del Canal. El Canal no es para determinadas corporaciones, sino para los panameños, tiene que ser tangible, navegable, digerible y potable. El General Torrijos, como todo dirigente político, sabía, por experiencia, que en Panamá los problemas del Canal han impuesto y tumbado gobiernos.

A mediados de la década de 1970 se inician las negociaciones, y Omar Torrijos, con su equipo de hombres, empieza a escardar en el gran mundo americano e internacional en busca de apoyo.

Nunca antes gobierno alguno en el Istmo fue más firme en mantener una acción monolítica en cuanto a política internacional, que durante los años de las negociaciones.

Por las consideraciones expuestas, el problema del Canal no es cuestión que atañe únicamente a nuestras relaciones con los Estados Unidos de América, sino que concierne a la comunidad internacional; en primer lugar, porque debe tener una solución de justicia, que consagre la igualdad jurídica de los Estados, principio esencial del Derecho Internacional, y luego porque el Canal, en nuestro concepto, debe ser un instrumento al servicio del desarrollo y de la cooperación de todos los pueblos del mundo.

Por tal motivo, a nuestra causa ganamos el respaldo continental de los pueblos y gobiernos de nuestra América, total e incondicionalmente. Nuestra lucha ha servido para que los dos grandes principios que profesa la América Latina, libre determinación y no intervención, tuvieran oportunidad de realizarse en forma efectiva y categórica. Anteriormente, esos principios eran letra muerta incorporada a la carta orgánica de la OEA, al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y a las funciones de la Comisión Interamericana de Paz.

El día 15 de marzo de 1973 se cumplió la predicción de Simón Bolívar, quien dijo que Panamá alguna vez sería "la capital del mundo". El Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas abrió sus sesiones en esa fecha en la ciudad de Panamá.

Asistieron a esa reunión 15 miembros del Consejo, en representación de 132 Estados del mundo, 9 Cancilleres americanos, más 50 observadores de organismos internacionales, 150 funcionarios de la ONU y más de 300 periodistas, que cubrieron la información univer-

sal. El General Omar Torrijos Herrera, Líder Máximo de la Revolución Panameña, pronunció un discurso en el que dio a conocer al mundo sus convicciones revolucionarias en esa hora profunda de la historia humana, y la realidad de Panamá y su permanente lucha en defensa de su soberanía sobre el Canal. Fue así como la conciencia mundial vetó a los Estados Unidos, el único país que vetó el proyecto de resolución por medio del cual el Consejo de Seguridad, haciendo cumplir la Carta de la ONU, recomendaba una solución de justicia para el problema del Canal de Panamá.

La política exterior de la revolución panameña se cumple también a través de las visitas que hacen a la República de Panamá numerosas delegaciones de dirigentes políticos, sindicales, empresarios y profesionales. El General no ofrece formales conferencias de prensa en gabinetes refrigerados; invita a sus visitantes a recorrer el país para constatar directamente la gran transformación que opera la revolución panameña.

Otra de las batallas que libró el General Omar Torrijos en el campo nacionalista, fue con respecto a las transnacionales que explotaban las riquezas del país.

En los países del trópico húmedo como la República de Panamá, entre los recursos naturales más importantes están los que dan productos alimenticios. Una de las empresas transnacionales más importantes, la United Fruit Company, con sus diversas empresas herederas y subsidiarias, se ha beneficiado fabulosamente con la explotación del banano, dejando para el país ínfimas sumas en pago de salarios y de impuestos. El General Torrijos propuso una acción multinacional de los países productores de banano, con el objeto de lograr mejores y más justos beneficios de esa explotación agrícola.

La llamada Guerra del Banano comprometió a varios países de América Central y de América del Sur. El go-

bierno de Panamá, en uso de sus atribuciones soberanas, decretó un impuesto de un balboa por cada caja de banano exportado de Panamá. La compañía explotadora apeló a las maniobras tradicionales, pero terminó acatando la disposición del gobierno y formuló una oferta para que el Estado panameño comprase esa empresa.

Fue, indudablemente, una victoria de la acción soberana de Panamá, en defensa de sus derechos económicos, que exigen obtener un mayor beneficio por la explotación de sus recursos naturales.

Finalmente, en 1977, Omar Torrijos entra a la historia del mundo, precisamente por haber entrado a la Zona del Canal, para hacerla desaparecer, asimilándola al resto del país, y paralelamente, dándole al pueblo un reloj de precisión que marcará con exactitud las 12 al mediodía del 31 de diciembre de 1999, para que el Canal revierta, definitivamente, a la propiedad de todos los panameños. Si en materia social tuviéramos que identificar la reconquista de la Zona del Canal, podría decirse que ha sido la operación más sutil y limpia, pero no por eso menos definitiva, de rescate de los territorios y bienes que constituyen nuestro patrimonio histórico. Con algo más: el aval de una seguridad y una protección internacional que nos libra de la rapiña y de los peligros de los grandes conflictos internacionales. Y a un mínimo costo social.

Concluida la realización más trascendental de la historia panameña, Omar Torrijos, como símbolo de las Fuerzas Armadas y como líder de un movimiento nacional, se repliega y deja que los civiles realicen en el país lo que el destino histórico les tiene señalado, ya que él, como militar y dirigente político, realizó lo que ningún civil hubiera realizado sin el concurso del poder y la organización militar: mantener el necesario control sobre quienes conspiraban arteramente contra el rescate de la so-

beranía y la jurisdicción dentro y fuera de la "quinta frontera".

Así, cuando el 1º de octubre de 1979 Omar Torrijos se convierte en el "gran ausente" en Albrook Field, empieza a hacerse real su repliegue en una nación gobernada por civiles.

Los mandos ejecutivos del gobierno quedan en manos de la civilidad. Paradójicamente, la acción gubernamental sólo se entorpece con el repliegue de Torrijos, porque muchos civiles, dígase lo que se diga, todavía se sienten inseguros sin las manos del General en el timón. Algunos no querían creer en el repliegue del General Omar Torrijos, pero hay algo que no se puede soslayar. Ayer, Omar Torrijos tuvo todos los poderes, y más poder que gobernante alguno haya tenido en Panamá, y entregó un país soberano. Ahora, él tiene la gloria histórica de que el pueblo panameño puso en sus manos todos los poderes, y él los devolvió a los civiles del Istmo.

Quizás éste sea su tributo, por haber decidido dar un golpe de Estado que hizo a un lado el poder civil, pero que se convirtió en auténtica revolución, en una esperanza, que sin duda alguna hubiera vuelto a frustrar la oligarquía panameña.

No se puede negar que el General Omar Torrijos Herrera ha dejado un gran vacío.

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 00057 6466

El Instituto Nacional de Cultura estableció desde 1983, en forma permanente, el Premio Literario Omar Torrijos, como una contribución al enriquecimiento de la bibliografía referida a asuntos y personalidades de nuestra América y al fortalecimiento de las ideas latinoamericanas, esencia del pensamiento torrijista.

Los trabajos que aparecen en este volumen fueron premiados en el concurso correspondiente a 1985, en la sección de monografías. Ellos constituyen un valioso aporte al conocimiento de la vida, obra e ideario del General Omar Torrijos. Por ello hemos creído conveniente recogerlos aquí, como inapreciables fuentes de información y puntos de referencia de mucha utilidad para la historiografía del Líder de la Revolución Panameña.

Integraron el jurado calificador de esta sección del certamen el Licenciado Humberto López Tirone y los profesores Modesto Tuñón y Moisés Torrijos Herrera.

